



CRÓNICA HISPANO-AMERICANA

POLITICA, ADMINISTRACION, CIENCIAS, LITERATURA, ARTES, AGRICULTURA, COMERCIO, INDUSTRIA, ETC., ETC.

COLABORADORES: Señores Amador de los Ríos, Alarcón, Arce, Sra. Avelleda, Sres. Asquerino, Auton (Marqués de), Alvarez (M. de los Santos), Arnó, Ayala, Alonso (J. B.), Araquistain, Anchorena, Albuñar, Ardanz, Ariza, Arrieta, Balaguer, Baralt, Barzanallana (marqués de), Becerra, Benavides, Bona, Borao, Borrego, Bueno, Bremon, Brton de los Herreros (Manuel), Blasco, Calvo Asensio (D. Pedro), Campoamor, Camus, Canalejas, Cañete, Castelar, Castro y Blanc, Cánovas del Castillo, Castro y Serrano, Calavia (D. Mariano), Calvo y Martín, Cazorro, Cervino, Cheste (conde de), Collado, Cortina, Corradi, Colmeiro, Correa, Cuesta, Cueto, Sra. Coronado, Sres. Calvo Asensio, (D. Gonzalo), Castañaga, Dacarrete, Diaz (José María), Durán, Duque de Rivas, Echevarría (J. A.), Espín y Guillen, Estrada, Echegaray, Equiz, Escosura, Estrella, Eulate, Fabié, Ferrer del Rio, Fernandez y Gonzalez, Fernandez Guerra, Fernandez de los Ríos, Fermín Toro, Flores, Figuerola, Figueroa (Augusto Suarez de), García Gutiérrez, Gayangos, Gálvez de Molina (D. Javier), Graells, Gimenez Serrano, Giron, Gomez Marin, Güell y René, Güelvenzu, Guerrero, Incenga, Harlsensbusch, Iriarte, Zapata, Janer, Labra, Larra, Larrañaga, Lasala, Lezama, Lopez Guizarro, Lorenzana, Lorente, Lafuente, Macanaz, Martos, Mata (D. Guillermo), Mata (D. Pedro), Mañé y Flaquer, Merelo, Montesinos, Molins (Marqués de), Muñoz del Monte, Ochoa, Olavarría, Orgáz, Ortiz de Pinedo, Olzaga, Palacio, Pasaron y Lastra, Pascual (D. Agustín), Perez Galdós, Perez Lirio, Pi y Margall, Poe, Reinoso, Retes, Revilla, Ríos y Rosas, Rivera, Rívero, Romero Ortiz, Rodriguez y Muñoz, Rodriguez (G.), Rosa y Gonzalez, Ros de Olano, Rossell, Ruiz Aguilera, Sagarminaga, Sanz Perez, Sanz, Salvador de Salvador, Salmoron, Sanromá, Selgas, Segovia, Serrano Alcázar, Sellés, Tamiyo, Trueba, Tubino, Ulloa, Valera, Velez de Medrano, Vega (Ventura de la), Vidart, Wilson (baronesa de), Zapata, Zobel, Zaragoza, Zorrilla.

PRECIO DE SUSCRICION.
 España: 6 pesetas trimestre, 20 año.—Europa: 40 francos por año.—Ultramar: 12 pesos fuertes oro por año.
 PRECIO DE LOS ANUNCIOS.
 España: 4 rs. línea.—Resto de Europa: 1 franco línea.—Ultramar: 4 rs. sencillos línea.—Reclamos y comunicados precios convencionales.

Madrid 28 de Abril de 1881.

La suscripción en provincias se hará, como en Madrid, en las principales librerías, y directamente en nuestras oficinas, acompañando su importe en libranzas del Giro Mútuo, letras, ó sellos de Comunicaciones; optando por este medio deberá hacerse bajo certificado.
 Redaccion y Administracion, Carrera de San Jerónimo, 31.

SUMARIO.

Revista general, por D. Miguel Moya.—El Presidente de la República Argentina Julio A. Roca, por D. Héctor Florencio Varela.—Rusia, por D. Eusebio Asquerino.—Politica ultramarina, por D. Bernardo Portuondo.—Las Revoluciones: lo que las trae y lo que se las lleva, por D. Tomás Rodríguez Pinilla.—Caída del hombre y su rehabilitación, por D. Juan Estéban Zamorra.—Recuerdos de la patria del poeta Coleridge, por D. Tristan Medina.—De la locura y su tratamiento, por D. J. M. Esquerdo.—El Mediterráneo, por don Emilio Castelar.—Berryer, por D. Enrique Ucelay.—La balanza mercantil, por D. M. A. Montejó.—La Pelenera (narración popular), por D. Eugenio de Olavarría y Huarte.—Suelto.—Anuncios.

REVISTA GENERAL.

Se han despedido para un viaje de un año las vigiliat y los ayunos, y nos han dejado tarjeta de visita las corridas de toros. Confesemos que no las hemos recibido con toda la alegría que ellas esperaban y los revendedores hubiesen querido. El domingo de Pascua, así que oyeron al clarín sonar para que la puerta de la cárcel del primer toro de la temporada se abriese, las nubes empezaron á decir ¡agua vá! y á los pocos momentos la plaza parecia un estanque. Unos toreros se descalzaron; otros se subieron á la barrera para librarse de la inundación; hasta hubo quien pensó en pedir las lancharas del Retiro, por si eran precisos sus auxilios.

Pero el tiempo debía permitir, sin embargo, que hubiese corrida. De otro modo no se explica que el cartel de anuncio dijese: «se celebrará una corrida de toros si el tiempo lo permite.» Con la misma razon podría escribirse de ahora en adelante en ellos: «No habrá más cogidas que cuando los toreros lo consientan.»

Aquella tarde tocaba Sarasate en el Príncipe Alfonso, y el teatro, como la plaza, estaban llenos. El amor propio del eminente violinista debió quedar satisfecho al saber esto, pero su amor á la tauromaquia le hacia de seguro preferir los volapiés á los conciertos de Saint-Saens. Sarasate, sin embargo, no perdió todas las suertes: tambien en el Circo del Príncipe Alfonso se tomaban varas.

La cuestion turco-griega, cuyo desenlace parecia fatalmente encomendado á la guerra, ha concluido pacíficamente. El Gobierno griego siente que las potencias hayan creído necesario sustituir á la decision de la conferencia de Berlin una nueva limitación que deja fuera de la madre patria poblaciones de nacionalidad griega. Pero deseosa

de que la paz se mantenga, Grecia está dispuesta á entrar en posesion de los territorios cedidos, á condicion de que las potencias le garanticen que la toma de posesion se efectuará sin derramamiento de sangre y en plazo breve.

Esta es, en resumen, la proposicion de las potencias, ya aceptada. Si el desenlace no es tan favorable á Grecia como esta, y con ella la opinion de Europa deseaba, hay que reconocer la imposibilidad en que se hallaban las potencias, dada la negativa de la Puerta, para obtener mayores ventajas en favor de Grecia, sin provocar una guerra que convenia impedir. De todos modos, la solucion algo tiene de ventajosa. Grecia no ha realizado totalmente sus legítimas ambiciones. Pero se consolará considerando que la guerra de Oriente en que no tomó parte, le ha proporcionado mayores y más valiosos beneficios que á los beligerantes.

La crisis italiana, larga y laboriosa, consecuencia del propósito que la derecha de la Cámara tiene de imposibilitar la vida de todo Gobierno, ha tenido una solucion que satisface por completo las aspiraciones de la opinion pública. Puestos de acuerdo los jefes de la izquierda el patriotismo aconsejaba admitir la dimision del Ministerio Cairoli, y el rey así lo ha hecho despues de oír la opinion del jefe del partido conservador. Despues de esto no es difícil profetizar lo que va á suceder. Si la proposicion de censura Damiani es rechazada, como es de esperar, dado el compromiso que han adquirido los jefes de las fracciones de la izquierda de votar á favor del Ministerio, la continuacion del Gabinete Cairoli, que hoy parece algo violenta, adquirirá la sancion parlamentaria y con ella la fuerza que de otro modo no tendria. Así quedará subsanado el mal efecto de un voto de coaliccion poderoso á derribar un Ministerio, pero impotente para servir de base á la constitucion de uno nuevo.

Continúa la concentracion de fuerzas sobre la frontera tunecina. El Gobierno del bey de Túnez ha mantenido y confirmado su protesta contra el paso de las fronteras tunecinas por las tropas francesas, añadiendo que sus soldados no las atacarán, pero que tampoco podrá impedir á las tribus levantadas á que se defiendan. Además de esto, se dedica con actividad extraordinaria á movilizar el ejército regular. Aun cuando el motivo aparente de esta reunion de fuerzas es la sujecion de los rebeldes krumirs, se adivinaron en ella desde luego propósitos de resistencia á la entrada de las tropas francesas. Los últimos despachos anuncian, sin embargo, que una columna mandada por el general Jorgerot ha penetrado ya en ter-

ritorio tunecino, pero sin encontrar resistencia alguna.

Un ilustre hombre de Estado y novelista célebre, Disraeli, ha muerto á los 76 años de edad, despues de haber ocupado los puestos más envidiables de su país, de regentar un partido que le miró con desden cuando en 1832 pretendió por vez primera ser diputado, y de dejar escritas muchas y muy notables obras que le han valido reputacion extraordinaria.

En su biografía hay que elogiar muchas grandes cualidades y que combatir no pocos errores y arrepentimientos. Pero se admiran siempre dos virtudes; la del talento y la de la constancia. Con la muerte de Disraeli pierde el partido conservador inglés un jefe é Inglaterra uno de sus hijos ilustres. Disraeli no padeció nunca, sin embargo, el desvanecimiento que tan claramente se advierte en muchos hombres políticos, y que á tan deplorables extremos les lleva. Muchas veces lo decia: «Yo no soy más que un caballero de la prensa.»

Comprendemos que la prensa inglesa esté de luto.

**

Como siempre en análogas circunstancias acontece, al decreto de convocatoria para las elecciones municipales, que deberán verificarse en los tres primeros dias del próximo Mayo, han seguido una actividad política extraordinaria y un movimiento de organizacion en los partidos, que demuestran cómo los descubrimientos maravillosos del régimen representativo influyen en la vida social y cómo cuando la puerta de la legalidad se abre para todos los partidos todos los partidos miran con horror invencible el camino de la violencia.

Los partidos políticos, creacion moderna, señalan segura del progreso social; consecuencia precisa de esa discusion misteriosa de todas las opiniones, de la que nace la luz de la verdad; camino abierto para que la inteligencia, libre de todo temor, pueda elevarse hasta la sublimidad y arrancarla el secreto de sus grandes milagros; paréntesis que encierra las dos tendencias en que constantemente ha penetrado el mundo caminando hácia el progreso, no son, como se ha dicho, una epidemia que nació de los horrores de la revolucion; no son un síntoma funesto, no son un obstáculo al progreso y engrandecimiento de las sociedades. Los que eso dicen quieren privar de luz al mundo para ver si ciego puede caer en el despotismo de que se juzga enteramente redimido.

Negar la existencia de los partidos políticos, seria negar el progreso de los pueblos y abando-

nar á las sociedades en manos de una tendencia única que las llevase necesariamente á la utopía ó las condenase á la inacción.

Consultemos á la historia y ella nos dirá que allí donde los partidos políticos alcanzan mayores garantías y privilegios, es donde las instituciones gozan de mayor estabilidad, los derechos de más sincero respeto y la riqueza pública de más rápido engrandecimiento; interroguemos á la razón y ella nos responderá, que negar las ventajas que los partidos producen, equivale á adorar fanáticos á uno de ellos, declarándole infalible y á condenar injustamente á todos los demás, suponiéndoles de errores y de idealidades imposibles; preguntemos á la educación y la oiremos decir reconocida, que en los partidos políticos tiene su más activo y seguro propagandista, porque ellos ponen en contacto las distintas clases sociales, unen en un ideal común á individuos de muy distinta posición y de muy diversa cultura, los hacen comunicarse, y de esta relación constante resulta un beneficio para la cultura de las clases ménos ilustradas; veamos, por último, lo que en este juicio deponen la vida política, y es indudable que ella declarará que tiene su existencia en la lucha de todas las opiniones, porque de todas ellas nace siempre, una, respetada por todos, como que en ella ven su obra, la cual marca el camino que el Estado ha de seguir si ha de representar fielmente las generales aspiraciones.

No en otra parte, que en este deseo de llevar á la vida pública todos los esfuerzos individuales abriendo los más dilatados horizontes que el mezquino y exclusivista de trabajar cada uno por su propio engrandecimiento olvidando el de los demás, ú oponiéndose á que se realice, está el fundamento de los partidos políticos. Entre las dos tendencias á cuyo impulso se mueven las sociedades, la que les lleva á conquistar reformas y la que les detiene para que se aseguren de las reformas conquistadas, aparecen todos los partidos políticos previniendo las necesidades de la sociedad, satisfaciéndolas cuando aparecen para no dar lugar á un conflicto y allanando la solución del conflicto si se presenta.

Conviene, sin embargo, tener muy presente que entre el partido, la escuela y la facción hay señaladísimas diferencias. La escuela persigue un ideal que no está en la vida, que se pierde en las regiones del infinito, que se mancharía con el contacto de la tierra. El partido sabe que este es el mundo de lo relativo, y no sueña; si la realidad le impone sacrificios, los acepta, porque cada sacrificio de los partidos es un paso en el camino de su gloria, como cada sacrificio de los pueblos es un paso en el camino de su libertad. La facción no tiene ideales; ve las cosas por el lado del egoísmo grosero y pone sus sacrificios á pública subasta: como Saturno á sus hijos, es capaz de destrozar sus propias obras si esto puede valerla más que el conservarlas. La escuela, si es enemiga de la libertad, sueña con poder detener la eterna carrera del tiempo; si la defiende, no se contenta con ménos que con hacer por ella del mundo un paraíso, y de los hombres ángeles. El partido, cualquiera que sea el espíritu que le anime, cree trabajar siempre por el engrandecimiento posible de la sociedad actual. La facción domina siempre que un pueblo camina presuroso á la decadencia, y su imperio es siempre precursor de grandes conflictos para las naciones.

La escuela crea los filósofos; el partido los hombres de Estado y los hombres de Gobierno; la facción esos mercaderes políticos que tienen por cuna la casualidad y por sepulcro el olvido, si no el desprecio de la historia.

Para los primeros, admiración; para los segundos, obediencia; para los últimos, ni un voto cuando se trata de elecciones.

Es verdad. El Manifiesto del Sr. Castelar á los demócratas gubernamentales era como un desenvolvimiento de las afirmaciones contenidas en la carta á Mr. Girardin. Su síntesis fácilmente está hecha. Por su forma, el nuevo Manifiesto posibilista es admirable, como escrito con aquel brillante estilo que inútilmente quiere imitarse del gran orador. Por su fondo, merecedor de enérgicas censuras por cuanto que en él se prefiere la unión con los ministeriales á la unión con los verdaderos amantes de la democracia.

Existe, dice el Sr. Castelar, un Gobierno á quien prometimos benevolencia y no podemos olvidar esta promesa. La fidelidad á nuestra palabra nos obliga tanto como la persuasión de que servimos los intereses liberales. El Gobierno ha concluido con la reacción comenzada en circunstancias bien tristes hace ya seis años y ha iniciado un período de libertad práctica que nos restituye propios, pero regateados derechos. En su presencia y en su concepto no existen partidos legales é ilegales como existían por nuestro mal en no lejanos tiempos. Si emprendiésemos una oposición implacable, tocando á rebato la campana del motín cuyos ecos tan bien suenan en nuestros partidos, dados á tomar la complejidad de facciones por culpa de nuestra larga servidumbre, apareceríamos á los ojos de la propia conciencia indignos de la libertad. La política de desesperación, justificando reacciones eternamente amenazadoras, concluiría por llegar al suicidio. En virtud de esta reflexión, donde no seamos nosotros mayoría y necesiten los liberales de nosotros para vencer á los conservado-

res, el deber nos obliga y constriñe á dar los votos que tengamos al candidato liberal, y así como el directorio, inspirándose en sus principios y curándose de vuestros intereses os lo dice sin reserva, vosotros, demócratas gubernamentales, lo cumpliréis sin vacilación. Que ningún acto nuestro aparezca jamás cómplice ni directo ni indirecto de la reacción; que ningún obstáculo encuentren en nosotros los desarrollos naturales de la libertad; que las tendencias pesimistas, congénitas á nuestra exageración meridional, acaben; que las coaliciones con los retrógrados, por ser, como nosotros, oposición, jamás vuelvan; que los pueriles desahogos cedan al deseo pertinaz de conservar las instituciones democráticas ya alcanzadas y á adquirir las instituciones democráticas que aun nos faltan. No caigamos en la tentación de derribar Gobiernos tolerables para sustituirlos por Gobiernos intolerables, trayendo con la victoria la ruina.

Así, aconsejamos á nuestros amigos, añade el señor Castelar, el mayor empeño en la organización de esa democracia gubernamental, á cuyos candidatos deben votar en primer término, sin complacencias serviles con todos cuantos nos denuestan y excomulgan; que el valor cívico ha de menospreciar, si quiere prevalecer, las traidoras balas de la calumnia y de la envidia. Nada de común tenemos con la utopía que trajo en sus entrañas los cantones rebeldes; nada con la vacilación, que abandonando añejas y desautorizadas teorías, aún posee subterfugios sofisticos para cohonestar sus inconsecuencias manifiestas; nada con la vaguedad que, partiendo de la Constitución del 69, ignora dónde se dirige y nos ofrece por toda esperanza la incertidumbre, ó sea, el mayor de los males en política; nada con la revolución á toda costa y á toda prisa, en todo tiempo y en todas partes, que nos condena á una guerra civil perpétua, en la cual puede perderse no tan solo el derecho que hemos allegado, sino la patria en que hemos nacido: veamos quiénes quieren la democracia gubernamental y los procedimientos legales, y vote-mos á esos solamente, considerando preferibles derrotas venidas de nuestra entereza y nuestro convencimiento, á triunfos alcanzados por la debilidad y el miedo.

No vamos á juzgar el Manifiesto del Sr. Castelar. Es un nuevo paso en el camino de los arrepenimientos con tanta severidad juzgados por la democracia española y á nuevo acto nueva censura. Diremos, sí, una cosa. Que el documento de que nos ocupamos más que Manifiesto de los demócratas gubernamentales debería llamarse el Manifiesto de Saturno.

La política se prepara para las elecciones con el mismo entusiasmo, y con iguales temores que la prensa para celebrar dignamente el Centenario de Calderón. La sola promesa de que no se hará por parte del Gobierno nada que vaya en desprestigio de la virtud del sistema parlamentario, anima á todos los partidos á luchar confiando en que la victoria les espera. Aprovechemos la ocasión para decir que tanto como la verdad del sufragio interesa la justa representación de las minorías.

No se dice con esto que sean las minorías depositarias de la verdad; que la razón está constantemente de parte de ellas; que se vean libres de caer en el error; que representen siempre la porción más ilustrada del país; no; lo que significa es que de la controversia de las opiniones se deduce más fácilmente la verdad que de la constante aplicación de un criterio único; lo que quiere decir es que si las mayorías se equivocan será muy conveniente que tengan á su lado quien se lo recuerde, les cierre con sus consejos el camino de las torpezas, de los desaciertos y de los abusos, y evite así los muchos conflictos que de otra manera podrían ocurrir.

¿Pero acaso se cumple en nuestro país con verdadera sinceridad este precepto que es de esencia á la aplicación del régimen representativo? No, por desgracia. En principio, todos convienen en que es indispensable que el Parlamento sea imagen exactísima y perfecta de la voluntad del pueblo. Pero, ¿qué vemos en la práctica? Que los partidos que ocupan el poder logran siempre, previos algunos cambios en los Municipios, mayorías numerosas puestas á su devoción y sumisas á sus indicaciones, para que los diputados vean en el Ministerio el Dios que les hizo de la nada ó el Jesús que los resucitó como Lázaro, y que no logran atraerse muchas veces otras minorías que las que los Gobiernos quieren para que hagan coro á sus triunfos ó una oposición á su política que en público aparentan tener, pero de la que se rien en secreto.

Estos males necesitan remediarse muy pronto. Corrigiéndolos, se logran dos cosas; que la ley se acerque más á la verdad, á la razón y á la justicia, por lo cual los pueblos la cumplen con mayor respeto; y que las minorías se disipen si nada significan, ó lleguen por el camino de la legalidad y de la propaganda pacífica á dominar la opinión pública si sus ideales son los mismos que la Nación persigue ó los de que se siente enamorada.

Las ventajas que resultan de conceder á las minorías la debida representación en los Cuerpos Legislativos son tan valiosas que no es extraño que los más ilustres publicistas que han escrito acerca de la ciencia constitucional las hayan encomiado con entusiasmo. Se logra, como Stuart

Mill decía, que suba considerablemente el nivel intelectual de las Cámaras, porque se dará entrada en ellas á los hombres más eminentes de la nación que siempre cuentan con el sufragio de las clases más ilustradas; se hace imposible el indiferentismo y se ennoblece el derecho electoral, porque los ciudadanos, no temiendo que su voto sea inútil, acuden á las urnas, cualquiera que sea la opinión que defiendan; se consigue que las Asambleas representen, además de los intereses de la política, los de la ciencia, los de la industria y los del comercio, que tendrán siempre esa voz amiga que abogue por ellos; se evita que la soberanía sea la fuerza, y se logra que los Gobiernos se engrandezcan é ilustren en esas luchas parlamentarias que son indispensables para fortalecerlos.

Las Cámaras deben ser el santuario del derecho y de la justicia, no el refugio de la arbitrariedad.

La muerte del sultan de Joló, suceso que por sus consecuencias debe ser trascendentalísimo para España, ha hecho que vuelva á decirse una vez más que nuestro derecho y nuestro deber nos imponen hoy una intervención activa en los asuntos de la sultanía; que es necesario ejercerla en provecho de nuestros intereses comerciales y políticos, tan considerables en aquel país; que el protocolo del Gobierno conservador, que fué un verdadero atentado contra la soberanía y la integridad de la patria, no puede permanecer subsistente sin aclaraciones que lo interpreten de cuando en cuando con nuestros derechos tradicionales, y en suma, que hay que volver al antiguo estado de cosas, á que España va realmente, y á que Europa entera lo reconozca soberana de Joló.

Estos deseos son justísimos. Nada tan digno como volver por los fueros de nuestra integridad ofendida, nada tan justo como exigir responsabilidades á los que se olvidaron de los sagrados intereses de la patria.

Las carracas están en crisis. La oposición que durante la última Semana Santa las han hecho los petardos, las obligará á dimitir para siempre. Las tinieblas van á tener en adelante un atractivo irresistible.

Si se celebran con acompañamiento de petardos, el éxito va á ser inmenso. Los concurrentes á tal espectáculo conocen el peligro de una sordera, ¿pero y la novedad?

Nada tan nuevo en la oratoria sagrada, como esta frase de un predicador para que en el templo de San Isidro fuese compatible el orden con los petardos.

«Si no hay silencio, no toca Sarasate.»
Un argumento de violín.

Con razón se ha dicho que el Centenario va á ocasionar grandes gastos. Sin embargo, hay que contar con muchos ofrecimientos.

Uno imprevisto.
Ayer decía un escribano:
—Si no se representan los Autos Sacramentales, yo ofreceré á la Junta algunos Autos ejecutivos.

Un matrimonio va de paseo por la calle del Príncipe. Se paran delante del teatro de la Comedia, y la mujer, leyendo el cartel en que se anuncia una de las primeras obras representadas por la nueva compañía italiana, dice:

—¿Nos divorciamos?
Su marido lleno de gozo.
—Cuando quieras.

MIGUEL MOYA.

EL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA ARGENTINA

JULIO A. BOCA.

Un hombre eminente que goza de reputación universal, y del que no hace mucho nos ocupáramos estensamente en este periódico, nos preguntaba hace días: «¿quién es el nuevo Presidente de la República Argentina? ¿Cuáles son sus antecedentes, la escuela política en que se ha formado, y las tendencias que manifestará en el Gobierno?»

Prometimos entonces á Emilio Castelar darle los detalles que nos pedía, por la prensa, y complacidos vamos ahora á dar cumplimiento á nuestra promesa, medidos por la grata esperanza de que cuanto digamos en nombre de la verdad, podrá servir de base á la prensa y á los hombres públicos españoles para formarse exacto juicio sobre las condiciones del ciudadano que actualmente se halla al frente de los destinos de la República Argentina.

Los honorables conceptos que hemos merecido de varios de los más importantes diarios de Madrid, y otras ciudades de la Península reconociendo todos ellos la imparcialidad de nuestros juicios al dibujar la fisonomía política del Dr. Dardo Rocha,—nos hacen esperar que lo mismo suceda ahora, y que estas apreciaciones sean tomadas, como la expresión más ingénua de la misma imparcialidad al hablar del Presidente de la República Argentina.

Hasta hace muy poco tiempo sucedía en todo el vasto continente de la joven América, lo que sucedía todavía en esta vieja y trabajada Europa:—solo

las *reputaciones consagradas* se consideraban aptas para los altos puestos: solo los que contaban largos años de vida pública gozaban del privilegio de ser escogidos para levantarlos como candidatos á los más elevados destinos de la Administración.

Durante las luchas homéricas de la independencia, y en las horas turbulentas de nuestras revoluciones, habían aparecido hombres de talla, superiores, patriotas, en quienes los pueblos, con el andar del tiempo, parecían depositar toda su confianza, creyéndolos—más por gratitud quizás que de buena fé—los únicos capaces de formar gobierno, y tomar sobre sí la responsabilidad del mando.

A estas entidades son á las que llamamos *reputaciones consagradas*.

Indudablemente, muchas de ellas han merecido y merecen todavía el respeto y la consideración de sus conciudadanos, que aprovechan de su experiencia, de sus virtudes y del caudal de práctica acumulado pacientemente en una vida entera consagrada á la patria y á sus grandes intereses.

Pero bajo el imperio de la ley eterna de la renovación de la sociedad, de esta cadena de seres humanos que se rompe á cada instante abriendo tumbas y levantando cunas, era imposible que las generaciones nuevas de América pudiesen seguir teniendo los *mismos ídolos*, y no sintiesen el natural deseo de ensanchar el círculo de sus personalidades políticas, *renovándolas* también, creando otras, destinadas á recibir la herencia de los viejos patriotas, que al fin caerían postrados por el tiempo y el peso de los años.

Y esto es lo que en la República Argentina, más que en parte ninguna de América, viene sucediendo hace veinte años.

Grande, profundo, es el respeto que allí se tiene por los *viejos políticos*, por los adalides generosos de la gran cruzada que ha dado á la patria, independencia primero, dándole autonomía y personalidad—libertad después—lanzándola al camino glorioso en que hoy se agita—pero, ni ese respeto ni ese cariño han podido comprimir en el pecho del pueblo una aspiración verdaderamente redentora:—la de llamar la nueva generación á la vida pública, brindando á sus personalidades más brillantes los puestos y destinos hasta entonces ocupados sie apre por las *reputaciones consagradas*.

Paso á la juventud, dijo un día el pueblo argentino, y la tomó de la mano, y la sacó de los bancos de la Universidad, y la condujo á los comicios, á los Parlamentos, á la prensa, á los Ministerios y por fin á la gobernación de las provincias y á la presidencia de la República.

La iniciativa estaba dada.

El movimiento no se podía contener.

Como se comprende, el elemento conservador de la sociedad, el que se había educado creyendo que sólo los años y la larga experiencia, dan título para optar á ciertos puestos y destinos en el mecanismo político de una nación, se alarmó al ver iniciar el movimiento, temiendo que la juventud llamada á participar *del mando* no pudiese responder á la magnitud de esas tareas, ni tuviese suficientes pulmones para soportar su responsabilidad.

El desengaño no pudo ser más grande para esos señores *conservadores*, entre los que figuraban no pocas *reputaciones consagradas*.

El doctor D. Adolfo Alsina, hombre joven, perteneciente á esa generación nueva,—que nace á la vida pública en la república argentina en medio de las dianas que anuncian la caída de la más sangrienta de las tiranías,—es llamado á desempeñar el puesto de gobernador de Buenos Aires.

A su vez, él llama para que le acompañen como ministros á otros dos jóvenes, que no tienen todavía treinta años, pudiendo llamarse aquél el Gobierno de la *nueva generación*, y ese Gobierno fué un verdadero modelo de Administración, habiendo conquistado el aplauso, no solo de propios, sino de extraños, puesto que en Europa alcanzó crédito, consideración y profundas simpatías, contribuyendo á esto que el Gobierno del joven doctor Alsina, resolvió la famosa cuestión financiera de la fijación del tipo á la moneda circulante, por medio de la fundación de la Oficina de Cambio.

El ensayo, pues, del elemento joven no podía haber sido más fecundo en bienes para el país.

Bajo sus auspicios, la provincia de Buenos Aires adelantó, creció, y ganó en importancia, asistiendo—en medio del orden y de la paz perfectamente garantidas—al extraordinario desarrollo de su riqueza y á los grandes progresos que han venido haciendo de aquella ciudad una de las más hermosas del mundo.

Ante aquellos resultados prácticos y positivos y que se palpaban, la batalla estaba ganada por el elemento joven, que á partir de la administración del doctor Alsina, invadió de lleno las altas posiciones que constituyen los poderes públicos del país, revelando por do quier que no había sido un *engaño fatal* confiar á esa generación nueva los destinos de su patria, sino, por el contrario, un grande y hermoso movimiento en pró del esplendor de sus futuros destinos.

En medio de ese movimiento regenerador y de esperanza, se inicia la lucha presidencial.

Había que sustituir al Sr. Sarmiento, hombre de gran talla, perteneciente á la falange de las *re-*

putaciones consagradas, que al dejar el mando tendria ya más de sesenta años.

Inmediatamente las provincias comprendieron que debían imitar el ejemplo de Buenos Aires, la hermana primogénita, dando paso á la juventud, puesto que la experiencia estaba demostrando *con hechos prácticos* su aptitud para ocupar los destinos, que hasta entónces habían sido patrimonio de los viejos, y queriendo dar un *testimonio positivo* de su preferencia por el elemento joven, levantaron la candidatura del Dr. Don Nicolás Avellaneda, uno de los ministros que acompañó al doctor Alsina en su Gobierno provincial, y quien apenas acababa de cumplir la edad temprana que la ley exige para ser presidente de la República.

En esa lucha, ciertamente histórica para la República Argentina por los acontecimientos que produjo y los problemas que dejó planteados para ser resueltos en el porvenir, el candidato joven venció legalmente al candidato viejo, á otra de las *reputaciones consagradas*, mostrando así la República Argentina su decisión firme, madurada y conscientemente adoptada, de seguir llevando á la primera magistratura *hombres jóvenes*.

Se acerca el término de la presidencia del doctor Avellaneda—que no queremos juzgar; porque hallándonos lejos de la patria, no querríamos establecer una diferencia entre el hombre de Estado de inmenso talento, y el hombre particular, vicioso, infame y corrompido—y el pueblo argentino, fiel y consecuentemente consigo mismo, levanta la candidatura de otro *muchacho*, perteneciente á esa generación nueva, que lleva en su frente un rayo de esa luz inmortal que alumbró el camino de los pueblos, que marchan serenos á la conquista de sus grandes destinos.

Ese candidato fué el general JULIO A. ROCA.

¿Era éste una de tantas reputaciones consagradas?

¿Era un hombre envejecido en los campos de batalla, rodeado de auréola militar, con laureles adquiridos en luchas civiles, y por consiguiente, salpicado con sangre de hermanos?

¿Era, por ventura, alguno de esos viejos atletas de la palabra que se han formado y engrandecido en medio de las tempestades ruidosas de los Parlamentos?

¿Era, entonces, alguno de esos sábios apóstoles de la ciencia y del saber humanos, que han pasado cuarenta años de su vida en el silencio del gabinete, estudiando tranquilamente para optar á los más altos destinos, en nombre de una suficiencia probada?

No; nada de esto era Julio Roca, considerado bajo el punto de vista del elemento conservador; pero, mucho más que todo eso, juzgado por el elemento joven, por la generación nueva, dueña ya de los destinos de la patria, ansiosa de seguir adelante con la bandera de redención en la mano.

Era un hombre que les pertenecía.

Era un hombre joven, formado en la nueva escuela, con sus ideas y aspiraciones, con títulos dignamente conquistados para poder aspirar á los más elevados puestos de la República y de la democracia.

Hasta este momento, no figuraba en el *index* de los predestinados, no era de los políticos americanos que la Europa conocía como figurones eternos, unas veces al frente de las revoluciones, otras sentados en el Gobierno, Mosquera en Colombia, Castilla en el Perú, Monagas en Venezuela, *et ainsi de suite*.

No era un candidato verdaderamente á lo yankee, en el que se fijaba el pueblo, por intuición propia, obediendo á inspiraciones suyas, *no á simpatías de encargo*.

De aquí que Emilio Castelar, acostumbrado como todos los políticos de Europa, á oír nombrar á ciertas entidades en la República Argentina, *como las solas aptas ó capaces* de poder merecer los sufragios de sus conciudadanos para llegar á la Presidencia, nos haya preguntado, *quién era Roca, cuáles eran sus antecedentes, y cuáles serían sus tendencias en el Gobierno*.

Como hijo de aquellos países—que tanto llaman ya la atención, donde no hace mucho se les miraba con altanero desprecio—sentimos ahora placer en darle los datos prometidos respecto al candidato que en la contienda salió victorioso.

Ante todo, hemos explicado el gran movimiento operado en la República Argentina, tendente á llevar á sus primeros puestos á los hombres de la nueva generación.

Con ese fin y ese propósito fué proclamado Roca, en oposición á una *reputación consagrada* á Carlos Tejedor, especie de parásito sin alma, á quien en la lucha electoral le cupo el rol del último de los Mohicanos.

¿Era, por ventura, algun desconocido para sus compatriotas?

¿Era alguna entidad *improvisada* para la contienda electoral, sin títulos, sin nombre, sin prestigio, sin nada de lo que, en una democracia, constituye las *dotes y las calidades de un candidato*?

Ciertamente que no.

Lanzada la República Argentina en aquella vía, ella podía, libre, espontánea y conscientemente, fijarse en un ciudadano que le inspirase confianza, sin creerse obligada á someterse servilmente á una de esas *reputaciones consagradas*.

Es lo que hizo, fijándose en Julio A. Roca.

Como uno de tantos de los jóvenes de su época, es inteligente, estudioso, y amantado en el

pecho de la *Diosa Libertad*, que la mano de la regeneración acaba de colocar sobre los altares del porvenir.

Es hijo de uno de esos viejos soldados, que han hecho pacto con el honor militar, que marcha sereno á los combates y ofrece su vida tranquilo en los peligros, sin otro estímulo que la conciencia del deber cumplido especie de auréola misteriosa que ellos se crean, sin ruido, sin ostentación y sin pompa; como aurora, y día y luz, en que banan silenciosamente su frente, en las horas apetecidas del descanso del hogar.

Ese noble soldado se bate y muere por la patria amada, dejando al hijo herencia de gloria y honradez.

Julio siente sobre sus espaldas ese peso, y como Scipion exclama: *creo que lo podré soportar*.

Entra en los colegios y Universidades.

Estudia con provecho y sin ruido.

Dios le ha dado una inteligencia clara y hermoso talento natural, al mismo tiempo que un espíritu reposado.

Sea como homenaje pagado á la memoria de su ilustre padre, sea obedeciendo á inclinaciones naturales, Julio A. Roca se dedica á la carrera militar, hasta ese momento poco simpática á la juventud argentina.

Sin preferencias odiosas de esas que irritan, sin apoyos de favoritismo de esos, que al ser acordados, *improvisan la suficiencia*, Roca, ayudado por sí mismo, por sus estudios, por su talento, salió de los colegios para ingresar en las filas del ejército, y en ellas fué ganando sus grados y promociones con el auxilio de su valor en los combates, de su conducta ejemplar á la sombra de la bandera por él abrazada.

Pero, escribiendo para Europa, para merecer el honor de ser leídos por muchas personas que no tienen un conocimiento exacto, y á veces ni remoto, sobre la *índole de la vida americana*, debemos hacer aquí una observación que llamaremos *de oportunidad*.

El general Roca no es un militar como los *militares sub-americanos* que aquí se conocen, hijos de la fortuna unos, de su audacia otros, improvisados algunos por el éxito de un motin de cuartel, y elevados no pocos en nombre de actos de salvaje barbarie que les impuso por el terror.

La escuela de esos militares de circunstancias, ha hecho su época en la República Argentina.

Generales y coroneles *producidos* por las luchas civiles, que no sabían leer ni escribir, representantes de una mañana embrionaria en la historia de aquella patria, tipos de valor legendario, y en ocasiones caballerescos, han ido desapareciendo con el tiempo, no quedando de ellos sino el recuerdo.

Iniciada la regeneración al siguiente día de caído el poder de Rosas, una parte de la juventud estudiosa é inteligente, comprendió que debía dedicarse á la carrera militar, á la vez que los Gobiernos regeneradores comprendían, por su parte, que para el pequeño, ejército indispensable á la existencia del país, les era conveniente dignificar la carrera militar, ampararla y estimularla.

Con ese fin se fundaron colegios y escuelas militares, tomando por modelo la institución de Saint-Cyr y otras, de conocida reputación en Europa, estableciendo así un verdadero centro de estudios científicos para la juventud que se dedicase á una carrera á que había indudablemente que dar brillo.

A esa juventud pertenecía Julio A. Roca, que, como veníamos diciendo, salió de las aulas con estudios, dejando en ellas rastros de luz y de talento.

Al hablar de él, que tan extraordinaria carrera ha hecho, conviene decir desde luego, que así como hay hombres á quienes una *fatalidad insaciable* parece perseguir, hay otros, que verdaderos hijos mimados de la fortuna, aparecen, se forman y crecen como por encanto, sin encontrar obstáculos en su camino viendo que todo les sonrre y favorece.

A esta clase de *predestinados* pertenece el actual presidente de la República Argentina.

Es ya verdadero soldado de valor *probado* en una tierra en que el valor de los hombres es ofrenda gallarda, ofrecida sin cesar y en todo tiempo, en los altares de la patria.

Hay que hacer una campaña azarosa y difícil en la provincia de Entre-Ríos, y en ella la figura de Julio Roca empieza á diseñarse en los combates, revelando en ellos esa impassibilidad estóica, que constituye *el soldado de dos almas* de que habla Pelletan.

Por índole, por carácter, es modesto.

En el momento supremo del peligro, nadie va más adelante que él; pero lo hace sin ostentación, como simple rasgo del deber cumplido.

Esto no impide que sus jefes se fijen en él; en sus condiciones y calidades, presagiándole brillante carrera.

Llega la famosa guerra del Paraguay, la más grande y sangrienta de todas las que hasta ahora haya conocido la América, y Julio A. Roca, al mando de uno de tantos batallones con que á ella concurrió la República Argentina, siguió allí entusiasta las banderas de su patria.

Durante cuatro años, toma parte en todos los combates que constituy en aquel drama tremendo, en que la pujanza y el heroísmo del militar argentino refrenda en medio del fuego la tradición del heroísmo y la pujanza de aquellos adalides famo-

Los que á principios del siglo enseñaron á los aguerridos ejércitos de Europa, cómo se baten los hijos de la joven América, cuando sienten rugir dentro del pecho esas tempestades grandiosas en que se confunden el odio á los opresores y el amor á la patria.

En esos combates hay uno, que está escrito con lágrimas y sangre: es el combate de *Curupaity*.

Tenia este nombre una posición estratégica de los paraguayos, de esas que en el lenguaje militar se llaman *inepugnables*.

El general en jefe del ejército bajo cuyas banderas servía Roca, general don Bartolomé Mitre, resuelve atacar la formidable posición sin previo reconocimiento, sin saber antes si el heroísmo indomable de sus soldados, si ese sacrificio sublime de la vida, indispensable en ciertos momentos, bastarian á asegurar el éxito de la operación.

Se inicia el ataque, ó más bien, *la matanza*.

Las posiciones paraguayas están erizadas de abatis, de fosos, de toda esa clase de defensas que la pericia militar indica deben inutilizarse antes de lanzar los batallones á la brecha, para abrirse paso.

Pero Mitre no lo ha hecho.

Cometiéndolo una de esas faltas militares que en otro país habrían sido severamente castigadas, y que allí quedó impune, el general Mitre dió el orden de ataque, y aquellas nobles legiones, sin titubear, no solo obedeciendo en nombre de la disciplina, sino enardecidas por el entusiasmo, se lanzaron como leones á las posiciones enemigas.

¡Inútil entusiasmo!

¡Inútil heroísmo; inútil sublimidad del valor!

Jefes, oficiales, soldados eran allí *barridos* por el plomo paraguayo, sin que ni uno titubeara ni retrocediese, como si todos hubiesen resuelto, con la magestad de su martirio, cubrir el verdadero crimen, del que tan sin piedad los mandó al sacrificio.

Y bien: en ese combate de valientes, de héroes y de mártires, la figura gallarda del joven comandante Roca, se *destacó*, llamando la atención de todos, no solo por su arrojo temerario en los relámpagos de la sangrienta y espantosa liza, sino por la serenidad impasible con que, en medio del desastre, supo conducir á los soldados que á sus órdenes tenía.

Ese día—memorable por cierto en las páginas de aquella guerra, por el luto que cubrió las armas argentinas—ni su modestia bastó á separar de su figura las miradas de todos, ni á sofocar el aplauso unánime con que fué saludado por sus compañeros en el campo de batalla.

Su reputación como soldado, quedó hecha desde ese momento.

Entonces sucedió lo que es natural, cuando en los anales de una guerra cualquiera aparece una figura que se destaca, que brilla, que se cubre de gloria:—fijándose todos en Julio A. Roca,—*querían conocerle, saber quién era* y los que le conocían, contestaban:

—Es un joven de la nueva generación; hijo de un noble militar, inteligente, estudioso, patriota; que siente arder en su frente el fuego de las nuevas ideas, que se bate por la patria con la doble conciencia del ciudadano y del soldado, y que, con su conducta y sus condiciones, se abre las puertas del porvenir, en un país donde la revolución regeneradora está franqueando el camino á esa nueva generación, para conducirla á sus más elevados destinos.—

¡Y qué estrella tan feliz, la que debía guiar los pasos del joven militar!

Después de haberse distinguido de esa manera en las campañas del Paraguay y de Entre-ríos, se produjeron acontecimientos, que se dirían preparados para que Julio Roca, el hijo mimado de la fortuna siempre, pudiese ir revelando calidades que le fuesen conquistando esa popularidad sólida, que hace fácil el éxito de los hombres públicos en las democracias americanas.

Hablemos, pues, de esos acontecimientos, dolorosos para la patria argentina, bochornosos para muchos de sus hijos, felices ciertamente para Julio Roca.

Cometiéndolo un verdadero crimen, el partido de D. Bartolomé Mitre no quiso aceptar el fallo nacional en la contienda electoral, que dió por resultado el nombramiento del Doctor Avellaneda para Presidente de la República, y sin cuidarse de las consecuencias de ese crimen, se lanzó á la revolución...

Al hacerlo, Mitre contaba con la adhesión de varios jefes superiores del ejército, que hacía ya veinte años venían sirviendo á sus órdenes, habiéndole obedecido, no solo como á un jefe militar superior, sino como á magistrado.

Entre estos figuraba el general Arredondo, el más importante de todos ellos, por la reputación que le daban un valor verdaderamente legendario y el prestigio que se había creado en las provincias en el desempeño de constantes misiones, en las que adquirió ese prestigio, no por lo simpático de sus procederles siempre, sino por el miedo que llegó á infundir á poblaciones, de suyo mansas y dóciles, y sobre todo, víctimas en otros tiempos del azote brutal de *Pro-cónsules* que las habían tratado como país conquistado.

Conocido ese prestigio del general Arredondo, el jefe de la revolución, general Mitre—ese á quien Castelar ha comparado con el *soldadote* que dió en tierra con su Gobierno—le mandó á las Provincias, para que allí se pusiese al frente de las tropas que los revolucionarios habían conseguido seducir.

Una vez colocado Arredondo en el teatro de sus hazañas, en el centro de sus recursos y del prestigio que le daba la posición oficial que acababa de desempeñar, como jefe superior de todas las fuerzas del interior de la República, nadie creyó que el Gobierno encontrase, entre los jefes que habían permanecido fieles á sus deberes de militares honrados, ninguno que fuese capaz de competir con el general Arredondo, *verdadera reputación consagrada*, de las que hemos hablado antes.

Sin embargo, *ese ninguno*, había existido.

Era Julio A. Roca, el valiente de *Curupaity*.

El Gobierno se fija en él, á pesar de su poca edad, y de no ser sino coronel.

Le confía el mando de las fuerzas legales y con ellas la misión de batirse con el general Arredondo, cuya preponderancia en el interior habría importado el triunfo de la revolución hecha por Mitre.

Haciendo historia y hablando la verdad, debemos decir, que no hubo quienes, en aquel momento, pudiesen alucinarse con la idea de un triunfo por parte del joven Roca, contra el afamado y aguerrido general Arredondo.

Para todos, aquella lucha se presentaba en condiciones completamente desiguales.

De una parte, el general más afamado del ejército argentino, no solo por su valor indomable, sino por la suerte que hasta entonces le había acompañado en todos los combates.

De la otra, un militar joven todavía, que no había ocupado ninguna de esas posiciones espectaculares, que son teatro para hacerse conocer, brillar, ganar prestigio y no pocas veces inmensa popularidad.

Por una parte, esta circunstancia.

Por la otra había que tener presente que el ejército de Arredondo era infinitamente superior al de Roca, no solo por el número, sino muy principalmente por la calidad de las tropas que lo componían, en su mayor parte de línea, aguerridas y acostumbradas á obedecerle en los combates, en que siempre las condujo á la victoria.

Las que se pusieron á las órdenes del héroe de *Curupaity*, eran milicias, exceptuándose algunos piquetes de artillería, mandados por uno de esos jefes, que hacen honor á su patria, el bravo entre los bravos coronel Nelson entonces, general hoy, uno de esos tipos gallardos, que habiendo hecho pacto con el heroísmo, poseó, á la vez, las intuiciones tácticas del militar en los momentos supremos de la lucha.

En tales condiciones no es aventurado suponer, que la *partida* pareció fácil al general Arredondo, el hijo mimado de la fortuna.

Estratégico, no por estudio, sino por intuición, tomó sus posiciones en *Santa Rosa*, punto defendible, situado en la Provincia de Mendoza, con la conciencia íntima de hacer allí pedazos al joven coronel Roca, *si tenía la temeridad* de atacarlo.

Este, «con esa doble vista de las circunstancias supremas,» de que hablaba Napoleón, comprendió en un instante su situación personal.

Comprendió que la suerte del Gobierno legal pendía del éxito de la batalla que debía librar con Arredondo.

Comprendió que la República entera fijaba en ese momento sus miradas en él.

Comprendió que todas las esperanzas del nuevo Presidente, apenas recibido del mando, estaban cifradas en él.

Comprendió, por fin, que en aquel campo de batalla *estaba su porvenir*, pues dadas las circunstancias en que se iba á batir, no podía ser un misterio para él, que si la fortuna le favorecía quebrando el prestigio de Arredondo en todas aquellas provincias, acostumbradas á verle triunfar siempre, el adquirido por él, después de la victoria, *podría conducirlo muy lejos*, porque probado está en todos los países del mundo, que el éxito de una campaña militar se aprecia *según los resultados que produce*.

La entrada de Melgarejo en *La Paz*, cruzando sobre tres mil cadáveres, le aseguraban la Presidencia de Bolivia: el éxito de una batalla sangrienta en el Perú, lleva á Carbilla á la primera magistratura, y sin su conducta en la sangrienta liza de *Rechoffen*, Mac-Mahon no habría llegado á ser Presidente de la República Francesa.

Roca no vacila.

Combina hábilmente su plan de campaña.

Engaña al enemigo por medio de una serie de movimientos, que le revelan su temor: hace una marcha forzada durante la noche, y cuando el general Arredondo le cree en retirada, el coronel Roca se precipita audazmente sobre sus posiciones, las rodea, las ataca con ímpetu, lo derrota completamente y toma prisionero al mismo Arredondo, es decir, al que en ese instante *era alma verdadera de la revolución*.

La noticia vuela con la rapidez del rayo, de un extremo al otro de la vasta República, y cada pueblo, cada ciudadano, comprendiendo la importancia trascendental de aquella victoria, para la mayor parte inesperada, exclaman, contestes y de perpetuo acuerdo:

«En *Santa Rosa*, el coronel Roca acaba de salvar el principio de autoridad, quebrando para siempre el prestigio de los viejos caudillos, y garantizando la estabilidad del Gobierno del doctor Avellaneda, instalado en medio de la revolución.»

Este, más sorprendido quizás que ninguno de la verdadera hazaña del joven militar Roca, le manda un telegrama, *haciéndolo general sobre*

el campo de batalla, revelando así á la nación entera toda la importancia que daba al combate de *Santa Rosa*.

Los que estudian fría y serenamente, no solo el alcance de cada uno de los acontecimientos que se producen en la vida turbulenta de una democracia embrionaria, sino su filosofía y su trascendencia, comprenderán fácilmente que aquel acontecimiento hizo del general Roca *una personalidad espectral*, principalmente en el interior de la República Argentina, en todas aquellas provincias, hasta entonces verdaderas víctimas del prestigio del general Arredondo, *soldadote* de un gran valor, pero sin ninguna de las condiciones que atraen sobre la frente de un hombre ninguna de esas simpatías espontáneas que les hace populares.

Casi en los mismos momentos que el general Arredondo era vencido y hecho prisionero en *Santa Rosa*, otros dos jóvenes, valientes, audaces, pertenecientes á distinguidas familias del país, militares improvisados, Solié y Bosch daban el golpe de muerte á la revolución en *La Verde*, derrotando al ejército del general Mitre—cosa á la que, por otra parte, estaba acostumbrado, pues es un general que jamás ha vencido—y tomándolo á él mismo prisionero...

Aniquilada de este modo, en pocos días, una revolución verdaderamente formidable por los elementos con que contó al iniciarse, el general Roca fué nombrado comandante en jefe de todas las fuerzas que se hallaban en las distintas provincias, y es á partir de ese momento que revela calidades de político, de administrador, de hombre conciliador y de un tino verdaderamente sagaz y esquivo.

Los jefes que desempeñaron antes la misión que ahora se le confiaba á él, *se habían hecho temer* llevándolo todo á sangre y fuego, haciendo un alarde brutal de la fuerza y convirtiéndose en verdaderos *Pro-cónsules* por el estilo de Mourawieff.

Roca, hombre de educación esmerada, fino, con hábitos de salón, avezado al trato de la culta sociedad, comprendió que para sacar ventajas positivas del ruidoso éxito que acababa de obtener en *Santa Rosa*, debía adoptar un sistema diametralmente opuesto al de sus antecesores: hacerse querer en vez de odiar, atraer en vez de repeler, erigiéndose en representante celoso de la justicia distributiva, que á todos nivela, en vez del protector odioso de los unos en daño de los otros.

Así lo hizo no tardando en convertirse en verdadero ídolo de todos aquellos pueblos que sólo sentían su autoridad para hacerles bien, ayudarlos y contribuir á su grandeza en todos sentidos. Pero esto no bastaba á la estrella feliz de Julio A. Roca.

Existía en el país un hombre, que estaba llamado á ocupar la Presidencia, por una serie de circunstancias que no es del caso enumerar.

Era el doctor D. Adolfo Alsina, á la sazón ministro de la Guerra de la República Argentina.

Este noble patriota había tomado sobre sí la tarea de resolver la famosa *cuestión fronterera*, cuestión cuya última expresión era esta: arrojar á los indios salvajes que por espacio de más de un siglo eran el azote de las poblaciones y de las propiedades de aquellas riquísimas comarcas de las campañas de Buenos-Aires, operación ensayada por todos los Gobiernos anteriores, y en la que, fracasando siempre, habían perdido su reputación y su prestigio los primeros generales del país, incluso el mismo general Mitre, que en su campaña contra los indios de la Pampa, dió el más espantoso y ruidoso de los *fascos*.

Las combinaciones y los planes, hábil y tenazmente preparados por el Dr. Alsina empezaban ya á dar los resultados apetecidos, cuando la muerte vino á sorprenderle en medio de sus grandiosas tareas y del luto de la nación entera, que identificada en un sentimiento unánime lamentó profundamente la muerte de aquel gran patriota.

Reemplazarle, no era fácil.

Se necesitaba para ello, ante todo, un hombre que gozase en la República de gran prestigio y en seguida un militar probado, por su experiencia, en la *cuestión fronterera*.

El Presidente giró la vista en torno suyo, y solo encontró uno en esas condiciones: el GENERAL ROCA y sin vacilar, sobre el cadáver, todavía tibio, de Adolfo Alsina, le dirigió un telegrama, llamándolo para ocupar el puesto de ministro de la Guerra. Un gusano, un Dios, exclamó Pascal.

Una tumba, una aurora—diríamos nosotros—porque aquella tumba, fué la aurora del día que debía conducir á Julio Roca á la gran altura en que hoy se destaca.

Concluiremos en un próximo artículo.

HÉCTOR F. VARELA.

RUSIA.

El imperio ruso no ha sufrido variación alguna esencial desde hace dos siglos hasta nuestros días. Su política ha sido la misma. Apenas sacudió el yugo de los tártaros, que la oprimía tan duramente, y pudo libertarse de los obstáculos poderosos que le oponían constantemente sus príncipes hereditarios, realizó la empresa que más convenía á sus intereses, absorbiendo á los pueblos vecinos sucesivamente y con perseverancia,

y no cesó de dilatar sus fronteras y de estender sus dominios. Ha conseguido desmembrar y conquistar una tras otra á Turquía y á Persia, á Suecia y á Polonia, ya por la fuerza de las armas ó por los tratados diplomáticos.

Los vastísimos desiertos le han opuesto en vano dificultades inmensas á sus invasiones y conquistas, ha domado á la naturaleza y ha estendido su dominación desde el Norte al Mediodía y de Oriente hasta Occidente.

Algun día quizá poblarán estos desiertos y serán cultivados por pueblos adictos al suelo pátrio por sus recuerdos de libertad.

No se puede negar que Rusia es una potencia militar de primer orden; sus soldados son valientes y disciplinados, y si no son impulsados como en naciones más civilizadas y regidas por instituciones libres, por el entusiasmo de la libertad y de la gloria, todos los resortes del Gobierno ruso son movidos por la obediencia ciega, por la voluntad autocrática del Czar, y este sistema absurdo y odioso, sin duda, ha producido, sin embargo, efectos decisivos en los destinos del imperio.

Pero éste constituye una mezcla caprichosa del carácter asiático y europeo. El despotismo es el fuerte lazo que une á tantos pueblos de origen tan diverso, porque se sorprenden al encontrarse juntos en los mercados, de ser compatriotas los habitantes de Kief, de Novgorod, los cosacos de la Ucrania, el Kirquis, el hijo de Georgia, y el de Finlandia. Pero al volver al suelo pátrio, el poder de las costumbres locales recobra su imperio, el cosaco se asombra al oír el nombre antiguo de Lituania, y dirige suspirando sus miradas tristes á las queridas costas de Suecia, y el tártaro galo al hacer galopar su caballo por los páramos, entona un cántico nacional que despierta en su memoria los recuerdos más gratos de gloria y de independencia. La población rusa ha triplicado, ó casi cuadruplicado en un siglo y casi es imposible que pueda su Gobierno estender la red de tan vastísima centralización sobre tan dilatado imperio, que tiene sus límites por el Oeste en el centro de Europa, y terminan por el Este en las fronteras de las posesiones inglesas de la América septentrional. ¡Qué dificultad tan grande debe vencer para que pueda defender con vigor una inmensa frontera!

La naturaleza física y moral de este pueblo ofrece los contrastes más opuestos. En unas provincias la tierra no produce más que una mezquina subsistencia para muy pocos habitantes, y en otras es suficiente el brazo del labrador para cubrirle de riquezas.

Existen inmensas llanuras impregnadas de sal, donde florecen pocas plantas, profundas lagunas cuyo desagüe no puede emprenderse, hasta que se evalúen las tierras que se pueden cultivar inmediatamente, y lo requiera el exceso de población, tierras completamente desnudas de vegetación, condenadas á perpétua sequedad, y páramos comparables á los desiertos de América.

Mucho tiempo ha de transcurrir hasta que la mano del hombre derrame la vida en aquellos países incultos; sólo la libertad engendra esos milagros, como en los Estados-Unidos.

Las orillas del mar Glacial coronan á Rusia por la parte del Norte y mira á los Estados-Unidos de América, á China, Persia, al imperio Otomano y al Austria por la del Sur. Comprende más de la mitad de la circunferencia del globo y contiene más de un millón de leguas cuadradas, sin contar en su superficie total la Nueva Siberia.

Un antiguo historiador supone que cultivando las tierras capaces de cultura, más de 250.000 leguas cuadradas de este imperio, no son menos fértiles que la Polonia, donde se cuentan 600 habitantes por legua cuadrada y se pueden elevar á 200 millones el número de habitantes que la Rusia podría abastecer fácilmente, no sólo de lo estrictamente necesario, sino de los productos más refinados de las artes y del lujo. Poseyendo tan grandiosos y fecundos elementos de prosperidad, no se concibe por qué prefiere someter al yugo de la fuerza pueblos cuyas instituciones difícilmente pueden hermanarse con las suyas, y no acomete y realiza las grandes reformas que, multiplicando sus ramificaciones alrededor del estólido esclavo le haría echar profundas raíces en el suelo natal.

Y reformas radicalísimas son urgentes en aquel país para impedir catástrofes inevitables, si no se conjuran con acierto y sabiduría.

Rusia está amenazada de un cataclismo espantoso si el nuevo Emperador se limita á emplear paliativos que, lejos de calmar los ánimos y de satisfacer las necesidades legítimas de los pueblos, las nobles y justísimas aspiraciones de la opinión pública en los tiempos modernos, se propone dar á Rusia una sombra vana de aparente libertad.

El punto más meridional del imperio se encuentra en la frontera de Georgia y el más próximo al Polo en el continente es un cabo de Siberia entre Yenisei y el Lena. Algunas islas del mar Glacial se adelantan un poco más hacia el Norte. La anchura media de aquella estension de país es de 400 leguas, según cálculos geográficos no muy recientes y datos oficiales de la misma índole le dan del Este al Oeste 3.300 leguas hasta los confines del Asia, sin comprender aún las posesiones de América.

No ofrecen gran autoridad los documentos estadísticos, porque son contradictorios los que presentan los infinitos escritores que se han ocupado

de Rusia. Lo que nos parece verosímil es que hay aldeas, cuyas habitaciones no se cierran, porque sus moradores no tienen nada que perder, que el clima es seco y frío hacia el Este, y la población más considerable á medida que se va acercando á Europa.

La extremidad meridional parece que está cerca de aquellos pueblos dichosos, donde la tradición colocó el Eden, al paso que en la opuesta el frío excesivo no deja más asilo á la naturaleza que el fondo de las aguas. Se levantan tres cordilleras caracterizadas; la de los Urales, el Cáucaso y el Altai. Por la parte del Sur ostentan las montañas sus cumbres coronadas de hielos, y despliegan todo el lujo de la vegetación más rica en sus costados y en su base.

El gran lago del mar Caspio atestigua la reciente retirada de las aguas, porque en ciertos puntos se respira un aire risueño; pero los terrenos salobres abundan á las orillas del mar Caspio, y se prolongan al Norte del Altai hasta la Siberia.

Pallas cree que el mar Caspio es un lago formado por los ríos que desaguan en él, pero sus aguas son saladas, y sospecha que en tiempos antiguos comunicaba con el Océano por medio del Ponto Euxino. Abundan en sus ondas peces, focas, y aves acuáticas; algunas rocas aumentan los peligros de la navegación, y á gran distancia de sus orillas los juncos y las plantas forman malezas que sirven de guarida á las fieras, y á los jabalíes especialmente. El mar Negro, próximo al Caspio, recibe cantidad menor de agua, y no es salobre.

El mar Báltico constituye una de las fronteras naturales de la Rusia, y no puede estenderse más por la parte del N-O., desde la adquisición de la Finlandia sueca. En las orillas de este mar se recoge el ámbar amarillo, que excitó la curiosidad de los antiguos. Este mar es el canal que sirve de comunicación á las relaciones comerciales de la Rusia con el Occidente. La Rusia, por temor á una guerra marítima, se apoderó de las islas de Aland, á la entrada del golfo de Botnia, y de otras menos importantes, situadas en las costas de la Livonia y de la Estonia.

El comercio no puede florecer en un pueblo esclavo. Los rusos que pertenecen á la nobleza, prefieren viajar por los países extranjeros, y sin las medidas prohibitivas del Gobierno, permanecerían más tiempo alejados de su patria.

El mar Glacial se estiende desde la Laponia sueca, hasta el estrecho de Bering.

El Amur, río ruso-chino, parte del Asia septentrional y corre más de mil leguas. El Lena es uno de los ríos más caudalosos del Asia; en su embocadura, y en sus riberas, las ciencias han hecho interesantes descubrimientos. El cuerpo entero de un mammoth, conservado en el hielo por espacio de muchos años, fué descubierto por un deshielo extraordinario y por el hundimiento de una colina; un rinoceronte encontrado á las orillas del Vilin, se conserva en Petersburgo y revela las revoluciones que ha sufrido el globo.

El Yenisei es el río más considerable, así como el lago Baikal el mayor, que pertenecen á la Siberia. El Baikal, llamado por los rusos Mar Santo, tiene un carácter de grandeza en sus riberas: coronado de colinas y montañas, ha inspirado canciones nacionales, en las que se encuentra algún vestigio del géneo tártaro.

Se han exajerado las ventajas que la Rusia debe á su colonización, y aunque la navegación interior se ha desarrollado de un modo extraordinario, y abastece á Petersburgo, la reunión de sus ríos y canales, dice un escritor, presenta la imagen de un árbol colosal, cuyo tronco forma el Volga con sus setenta bocas que engruesan el mar Caspio y cuyas ramas alcanzan al mar Negro, al Báltico y al Glacial.

Los bosques de la Lituania y de la Livonia son ricos de maderas: las que son destinadas para mástiles, se traen en parte á los puertos del Mediterráneo, y es mucho más importante el Niemen que se comunica con el Dnieper y con dos mares.

Pedro el Grande estableció ferrerías para el servicio de la artillería y de la marina en el lago Onega; las embarcaciones construidas en las orillas del Ivis, suben por el Neva, llegan á San Petersburgo, van á doblar el Cabo de Buena Esperanza y navegan por los mares de la China.

Los puertos de Cronstadt, Petersburgo y Riga, se hallan abastecidos de todos los materiales necesarios para la construcción de buques, pero la naturaleza de las instituciones en una tierra de esclavitud, ha sido causa de la aversión del carácter ruso á la carrera de la marina, durante muchos años: sólo se aviva el amor por esta profesión en los pueblos en que la libertad asegura al hombre el ejercicio de sus facultades por medio de leyes protectoras en provecho de todos los ciudadanos de una nación. Hoy es poderosa su marina de guerra. La Rusia puede cumplir una noble misión en beneficio de la humanidad y del progreso de la civilización en el Asia, porque su posición geográfica la impele á ejercer su influencia en estas regiones, y aun parece natural que recibiera de la Europa el privilegio de transmitir al Oriente los principios de economía política que constituyen la base fundamental de los Gobiernos ilustrados. Pero antes es urgente que entre de lleno en el anchuroso camino de las reformas de su régimen interior, que sólo pueden contribuir á establecer una sólida grandeza.

El mismo despotismo pesa sobre todo el impe-

rio, para que las provincias ménos consideradas no lleven con impaciencia el yugo de una esclavitud excepcional.

Trece naciones, ó poblaciones indígenas que pueden colocarse en el rango de naciones, constituyen la parte continental de la Rusia. Los esclavones ocupan la primera categoría, que se dividen en rusos y polacos. Unos hacen derivar el origen de la palabra ruso de una provincia sueca, llamada Ros-lagen, otros del Zurich Naff, llamado Rousna por los prusianos; Mr. Chopin admite como un hecho que los países que lo llamaron recibieron en aquella época el nombre de Rusia. Los griegos daban el nombre de Escitia á las comarcas septentrionales que forman la Rusia europea y la asiática.

Los polacos descienden de los antiguos sármatas. Divididos estos en dos grandes ramas, que eran lo Boxolanes y los Yasiges, hicieron frecuentes escursiones por las tierras de la dominación romana, y causaron serias alarmas á los dominadores del mundo.

Los Esclavones rusos se presentan como nación desde el reinado de Trajano. Aparecieron en la escena entre el flujo y reflujo de la turba de pueblos mezclados, que combaten, triunfan y pasan. Los Esclavones se derramaron desde el Elva y el Báltico, hasta el mar Negro. Algunas de sus tribus penetraron en Bohemia, en Sajonia y en Moravia. La historia no hace mención verdadera de los Esclavones antes de Justiniano, pero en esta época empezaron á combatir contra el Imperio y se mostraron entre todos los bárbaros los más temibles. Eran ágiles, robustos, de exterior desaliñado, y su rubia cabellera indicaba su origen europeo.

Ambiciosos de botín, obedeciendo á un instinto de rapacidad, se llevaban las riquezas de las comarcas meridionales, ó las enterraban debajo de tierra. Para agasajar á un huésped podía el Esclavon pobre robar á su vecino. Las mujeres eran esclavas de sus maridos, y se creían destinadas á servirle aún en la otra vida; algunas veces los seguían á la guerra, eran implacables en las venganzas y la sangre era vengada siempre por la sangre. La madre podía matar á su fruto, á menos que el recién nacido fuese varón, y los hijos tenían el derecho de deshacerse de sus padres, así que la edad los inutilizaba.

Los esclavones polanienses ó habitantes de las llanuras en general, eran más humanos, ménos crueles que los Sebenienses, los Radimstches, que á semejanza de los Drevrienses vivían en los bosques. Los esclavones más civilizados se alimentaban de leche, miel y trigo negro, y los demás del producto de la caza: todos iban cubiertos de pieles de animales.

Los esclavos que traían de sus expediciones, les inspiraron el gusto de las artes; entonces vivieron reunidos, y se estrechó esta unión por la costumbre que tomaron sin duda de los griegos, de concurrir en ciertas épocas á los templos para consultar á los dioses, que hacían hablar sacerdotes interesados en dominar sus conciencias, y el más célebre de todos era el templo de la ciudad de Rhetza en el Meckemburgo. Se celebraron entonces una especie de dietas, principio fecundo de las confederaciones esclavonas imbuidas en su origen de un espíritu republicano.

Pero la astucia y el valor constituyeron el gobierno aristocrático y los privilegios nobiliarios establecidos se hipotecaron en sus familias. Este poder se indicaba entre los esclavones por los nombres de boyardos, que provienen de la palabra boi (combate). En Polonia indicaba además un juez. De kniazos que se deriva de Kongue (caballo) y según Chateaubriand, toda nobleza se deriva del caballo. De panos que designa todavía en polaco los nobles de Jupanos, gobernadores de distrito, de la palabra jupa aldea. Estos destinos eran primitivamente electivos. De karoles ó kroles, que algunos llaman castigadores de crimenes, de la palabra kara castigo. De este modo el poder militar se instituyó entre los esclavones y absorbió las funciones judiciales y administrativas.

Los esclavones que nombraban sus jefes los deponian en caso de descontento y miraban con desconfianza el derecho de sucesión al poder en las mismas familias, costumbre que mata la libertad.

Por lo demás, las supersticiones más groseras reinaban entre los esclavones. Adoraban muchos dioses, divinizando como los pueblos bárbaros, la causa de sus temores y de sus esperanzas.

Los tártaros, que descienden de los antiguos escitas, han tenido relaciones íntimas con las naciones mongolas, por sus expediciones frecuentes y por las alianzas de sus familias.

Los votiakos, descendiendo por el curso del Kama, y continuando sus emigraciones en la orilla izquierda del Volga, penetraron hasta el territorio de Oremburgo, entregados á la agricultura y á algunas artes, como los teheremisas, los mordizanos, y los tchuvachos subsistirán más tiempo que los bogoudes, que han querido permanecer cazadores, y no se sabe dónde se refugian, alejados por el peligro de luchar contra otros pueblos. Los ostiakos del Ob, están igualmente colocados entre las naciones de la raza filandesa. Los samoyedos se dividen en europeos en los distritos de Arkhangel, y de Vologda, y en siberianos desde los montes Urales hasta Yenisei. El amor á la independencia y el horror á la guerra, parece haberlos llevado á los distritos donde fijaron su residencia.

Los tunguzes ocupan en la Siberia un espacio

considerable. Pastores, y dedicados también á la caza y á la pesca, por su vida industriosa y activa sus costumbres han conservado algo de su sencillez primitiva.

Se dice que sus cantares y romances son trozos de poesía muy notable.

Los kamtchadales, confinados á las regiones meridionales del Kamtchatka, tienen hábitos sedentarios, aunque deben su subsistencia á la caza y á la pesca, pasan ordinariamente la noche en sus moradas é ignoran las ventajas de la civilización: el hambre y las epidemias han disminuido su número, emanadas estas de los miasmas que exhala el pescado que ponen á secar, no pudiendo conservarlo de otro modo porque carece de sal. Aborrecen la agricultura, lo que les ocasiona grandes escaseces, y han sido infructuosos los esfuerzos del Gobierno para hacerlos cultivadores.

Los koriakos ocupan el resto de la Península, y no se mezclan con los Ramtchadales y los que han conservado su independencia, ávidos amantes de la rapiña, no perdonan á los koriakos, que tienen residencias fijas, acaso porque consideran justas estas violencias, como represalias contra sus vencedores, y contra aquellos de sus hermanos que han traficado con su libertad. Muchas hordas del Cáucaso, que por necesidad se han hecho guerreras, han conservado en la paz los hábitos del pillaje.

Estos pueblos asiáticos no conocen los gozes de la civilización.

Los yukarios, á las orillas del mar Glacial, viven infelizmente, y esta tribu ve disminuir su población en estas latitudes elevadas. Los yakutas, que residen en las márgenes de los ríos Yenisei y Lena han resistido las influencias mortíferas, y su población aumenta y hace progresos su cultura. Los kurilos habitan las islas de este nombre; algunas ordas del Tchktchis se han esparcido en el Archipiélago de Aland, y también sobre el continente opuesto. El lenguaje de estas diversas poblaciones parece que presenta, como igualmente su talle y el tipo de su fisonomía, numerosas analogías con el idioma y las facciones características de algunos pueblos de la América del Norte. La reunión política de tantos elementos heterogéneos en este vasto imperio, donde domina la Iglesia, consumada por el despotismo, por el poder de la conquista, ofrece grandes peligros, porque es imposible fundar un conjunto armonioso donde se hallan cristianos de diferentes comuniones, judíos, mahometanos, adoradores de Budha y de Brahma, paganos, representantes de todas las razas y creyentes de todos los cultos, y sometidos todos al Czar de Rusia, al autócrata, cuyo título expresa su omnipotencia absoluta en el orden gerárquico, administrativo, político y social.

Emancipados los siervos, la nobleza ha perdido parte de su influjo, y desaparece cuando los empleos ó la fortuna no la conservan ya su antiguo esplendor.

La clase media ilustrada, que es el nervio de aquesta nación, sufre impaciente y descontenta el enorme cetro de hierro que la abrumba. O la Rusia se regenera, ó, lo repetimos, más tarde ó más temprano pueden estallar violentas tempestades que derrumben al colosal imperio.

EUSEBIO ASQUERINO.

POLÍTICA ULTRAMARINA.

Madrid 17 de Marzo de 1881.

Señor Ministro de Ultramar.

Muy señor mío y distinguido amigo: Aunque en varias ocasiones he hablado á Vd. en su despacho, ya solo, ó con algunos dignos compañeros míos, representantes de Santiago de Cuba, acerca de la triste actual situación de dicha provincia y de las circunstancias que concurren en varios de los deportados cubanos que se hallan hoy en la Península é islas adyacentes, he creído, sin embargo, oportuno consignar en esta carta las principales observaciones que expuse á Vd. en las referidas conferencias, no sólo con el objeto de que fije usted más y mejor en tan delicados é importantes asuntos su atención, solicitada sin cesar por tantos otros de muy diversa índole, sino también para que, tomándola como base ó punto de partida, promueva usted una correspondencia con el Gobernador General de Cuba, y aun, si Vd. quiere, pueda transmitirle la fiel expresión de los deseos y del empeño que mostramos los representantes de Santiago de Cuba para que vuelva, desdeluego, aquella comarca á las condiciones normales de tranquilidad y de orden en el derecho y en la justicia.

Preciso es que de algún modo sepa la Isla de Cuba que la transformación política realizada tiene el sentido liberal y progresivo que han puesto en evidencia las disposiciones ya dictadas en la Península. Si así no fuera, conservando, como este Gobierno conserva, en Cuba las mismas autoridades, y no pudiendo de modo alguno sostener el mismo criterio del anterior Gabinete en el régimen y la gobernación de Ultramar, si no se remueven las personas ó no se cambian, al menos, sus modos de proceder, parece natural creer, y así lo pensarán los habitantes de Cuba, que subsisten y se aceptan por los actuales ministros las mismas opiniones que allá han representado aquellas autoridades, identificadas hasta aquí con el espíritu, las ideas y las tendencias de la situación pasada conservadora. Porque me consta que las medidas restrictivas adoptadas por el Gobernador General de Cuba, en su mayor parte, han emanado del gobierno precedente de la nación, más que de su propio juicio, á las veces hasta opuesto, y entiendo que si otras son ahora las fuentes de inspira-

ción de sus actos, otros deberán ser, y otros serán, esos actos.

Yo comprendo que mientras las Antillas no tenían representación parlamentaria, no participando, en realidad, de la vida política general del país, pudieran los gobernadores de sus provincias ser, hasta cierto punto, ajenos á las corrientes de la opinión imperante en España; pero hoy, cuando aquellos pueblos han entrado en la vida pública, cuando han enviado sus representantes á las Cortes, y éstos contribuyen con su palabra, con su influencia, con su acción y con sus votos á levantar y á derribar situaciones, ¿se podrá, racionalmente, sostener que las ideas, las opiniones y los actos de gobierno y administración en Cuba y Puerto-Rico han de permanecer inalterables en medio de la evolución general, que á todas las esferas y á todas las provincias alcanza? No cabe duda, ni se concibe la incertidumbre: ó debe ser reemplazado en el Gobierno Superior de la Isla de Cuba el respetable hombre público que lo ejerce por otra persona identificada en opiniones políticas con el Gabinete actual, ó el señor general Blanco habrá de atemperar sus actos y disposiciones á las ideas y á las opiniones del nuevo Gobierno, bien diferentes de las anteriores y mucho más liberales, generosas y expansivas.

De todas suertes, con cambio ó sin cambio de personas, es evidente que el sistema debe cambiar. Y á reserva de que el Gobierno se ocupe en preparar nuevas leyes que ha de someter á la alta deliberación de las Cortes, cuando estas estén reunidas, y que sean expresión de las ideas y propósitos que representa en el poder, y que defendió en la oposición, hoy debe modificar todo aquello en que no se requiera el concurso del Parlamento, ó que caiga dentro de la órbita de sus facultades, y que ni directa ni indirectamente contrarie á las leyes, ni en lo más mínimo las menoscabe. Esto es lo natural, lo propio; lo que el mismo Gobierno está practicando en la Península en cuestiones importantísimas, y que le ha valido generales y merecidos aplausos del país liberal.

¿Y cuáles son los puntos á donde puede y debe hoy dirigir su acción el Gobierno en Cuba de acuerdo con las precedentes observaciones? Algunos habremos de exponer á usted en breve los senadores y diputados liberales por Cuba; pero entre ellos hay dos que debo yo personalmente significarle, y sobre los cuales me propongo insistir en esta carta: el estado de sitio de la provincia que represento; y la situación de los deportados cubanos.

La subsistencia del estado de sitio en Santiago de Cuba no es solamente contraria al verdadero régimen constitucional, cuando hoy la paz es profunda y completa; sino que es además origen, y puedo decir á Vd. causa única, de que la tranquilidad moral no haya vuelto aún á su asiento propio y más firme, que es el goce ordenado de los derechos y el imperio de la justicia; verdaderas garantías del orden y del trabajo. No ignora Vd. que ese estado mantiene oprimido al pensamiento, aterrorizados los ánimos y en grande desconfianza á todos los espíritus. Santiago de Cuba es hoy un cementerio. Impera allí la dictadura más imprudente que puede Vd. imaginar. La seguridad individual está á merced de ignorantes y brutales polizontes. Viven las familias en constante zozobra. El trabajo está paralizado. Los campos se despueblan por miedo. Y las ciudades ven con pena el aumento ilimitado de la emigración, pues los labradores van á Santo Domingo y Jamáica para vivir seguros y trabajar tranquilos.

No crea Vd. que exajero, ni extrañe Vd. que á su conocimiento no hayan llegado esas cosas; tal vez tampoco las conoce con detalles el mismo gobernador general de Cuba. El engaño siempre fué en aquel país un procedimiento de gobierno amparado por los estados de sitio. Los diputados de Santiago de Cuba no cesamos de recibir cartas, muchas, muchísimas, en que se nos comunican los abusos extraordinarios que á la sombra de aquel silencio impuesto y de aquel terror sostenido se cometen con espantosa frecuencia. Pero, ¿qué pasa aquí, que hablamos con los ministros una y diez y cien veces, y nos consumimos para hacerles conocer la situación de esta provincia y pedirles medidas que la salven, y nada, nada, nada alcanzamos? No lo sé; pero lo que puedo afirmar es la imperiosa necesidad de que cese un estado, que tantos y tan graves males causa, y que mantendrá indefinidamente, alejados de aquellas poblaciones, á centenares de emigrados, á quienes en vano se llama á su país, porque no volverán, y esto me consta, mientras sepan que se detiene allí á las gentes sin causa; que se deporta sin razón; que están llenas las cárceles y los castillos; que de esas prisiones salen, y á ellas no vuelven, ciertas personas; que aparecen cadáveres en los campos, sin que vea el público que se buscan por la ley los asesinos... y, en fin, mientras el estado de sitio haga posible que todo eso ocurra y se verifique en medio del profundo silencio del miedo y del terror. Como Vd. comprende, en tales circunstancias, ni siquiera es posible probar legalmente esos mismos abusos é iniquidades; pero la voz pública los denuncia, y yo, que no estoy en el deber de probar judicialmente los hechos, los señalo á la consideración de usted y del Gobierno.

En cuanto á los deportados, también he hablado á Vd. ya largamente en varias ocasiones, y he procurado establecer la justa diferencia que hay entre unos y otros, según el origen respectivo de su deportación. Unos fueron compelidos á abandonar el país y conducidos á la Península, después de haber estado en los campos de la insurrección peleando. Otros, en su totalidad gentes de color, han sido enviados á Fernando Póo desde Cuba, porque, según se ha dicho, había pruebas de que conspiraban para encender guerra de razas en la isla. Otros, en fin, han sido extrañados por medida gubernativa, por meras sospechas, por opiniones que se les han atribuido sin pruebas legales y sin procedimiento alguno justificativo.

Que no crea el Gobierno prudente autorizar la vuelta á Cuba de los que empuñaron armas y luego fueron prisioneros, ó las depusieron vencidos; que no quiera consentir, por ahora, el regreso de los que, según se afirma, trataron de promover alzamientos de negros, son puntos en que yo podré no estar, tal vez, conforme, bajo el concepto puro del derecho constitucional; pero respeto profundamente, y comprendo, toda la gravedad del asunto y toda la importancia de los procedimientos, en relación con los fines á que tienden. Pe-

ro lo que de ninguna suerte puedo comprender es que, después de ser la paz un hecho perfectamente demostrado, y después de haber autorizado el regreso á Cuba de muchos de los deportados por meras sospechas y disposición gubernativa, permanezcan todavía en varias ciudades y plazas de la Península otros muchos que se hallan en el mismo caso, que aun hoy ignoran los motivos de su deportación, y sostienen y afirman que en nada, ni para nada, han faltado á sus deberes, ni han delinquido, ni pensado en delinquir; lo cual se prueba por el hecho innegable de no haber accedido jamás las autoridades ni el Gobierno á su petición insistente, ni á las reclamaciones mías, para que se les instruyera el procedimiento debido en forma legal.

Yo ruego á Vd. encarecidamente, y ya Vd. sabe que en este ruego me acompañan muchos diputados y senadores de Cuba, que inaugure su administración con una medida justa y reparadora: la de autorizar el regreso á sus casas, á sus pueblos, á sus hogares, al lado de sus mujeres é hijos que lloran y tal vez perecen de hambre, al lado de sus intereses abandonados, y de todo lo que el hombre quiere más en el mundo, á esos infelices cubanos injustamente arrancados del seno de sus familias y sometidos sin piedad por la administración pasada á todo género de vejaciones y á las mayores tristezas y tormentos físicos y morales, como á las más punzantes y dolorosas privaciones de la vida.

Lo que pido á Vd. no es ciertamente gracia ni indulto, porque no ha habido delincuencia, como el mismo Gobierno lo ha reconocido; es justicia reparadora. Pero en tiempos como los actuales, de luchas y discordias políticas, de pasiones é intransigencias, en que parecen como confundidos el cumplimiento del deber con el ejercicio de la gracia, el reconocimiento de un derecho con el otorgamiento de un favor, no extrañará Vd. que yo le ofrezca y garantice la gratitud de esos infortunados proscritos y de todos los liberales de Cuba, mejor diré, de todos los corazones generosos y de las almas nobles y elevadas.

Si el Gobierno dicta esas medidas de justicia, tendrá las grandes simpatías del pueblo liberal cubano. No olvide Vd. que por medio de esas situaciones de fuerza, de esas proscipciones y de las arbitrariedades, se puede tal vez producir en toda la isla, y de hecho en Santiago de Cuba, el retraimiento, la pasividad é indiferencia de los hombres ilustrados liberales cansados de sufrir, y que dejando el campo de la política y abandonando la dirección que hoy tienen todavía de las masas que siguen sus consejos de prudencia y expectación confiada, den ocasión á que estas puedan emprender al cabo y al fin senderos extraviados y peligrosos, por donde el instinto ciego y la pasión los lleven Vds. y nosotros y todos estamos en el deber sagrado de evitar ese triste suceso por patriotismo; y á Vds. especialmente toca advertir á las autoridades de Cuba que eviten con su cordura y su discreción esa tirantez y ese espíritu de hostilidad á los elementos liberales, porque tras de eso pueden venir días tal vez muy tristes.

Recuerde Vd., mi distinguido amigo, el ejemplo noble y levantado de su digno compañero el general Martínez Campos. Todo el secreto de su prestigio y de su gloria en el Gobierno de Cuba, está, en mi concepto, en estas dos palabras: *Justicia, Tolerancia*. Eso pido á Vd. para aquel pobre país, para estos infelices proscritos: *Justicia, Tolerancia*.

Soy con toda consideración y afecto, de Vd. muy atento S. S. y amigo,

Q. B. S. M.
B. PORTUONDO.

LAS REVOLUCIONES:

LO QUE LAS TRAE Y LO QUE SE LAS LLEVA.

Fragmento de un libro en prensa. (1).

Resistir no es gobernar: es provocar á los pueblos y preparar las revoluciones. No era necesario que lo dijera Napoleón III, por más que el dicho haya recibido autoridad de sus labios: «Las revoluciones no deben atribuirse á los que en ellas toman parte y son actores, sino á los que las provocan con sus desafueros y las hacen necesarias, ineludibles, con sus atentados y con sus iniquidades de todos géneros. Las reacciones han producido las revoluciones, porque es más antigua la libertad que el despotismo. Y la libertad no solo es lo antiguo, lo primitivo, sino que es lo natural y lo necesario para la vida progresiva de los pueblos, así como para la vida humana de los individuos. Por eso cuando se coarta la libertad individual, cuando se subyuga á los pueblos por poderes arbitrarios y despóticos, cuando estos se superponen á toda voluntad que no sea la suya, á toda regla y á todo freno, cuando conculcan las leyes, violan los pactos más sagrados, se burlan de la virtud, menosprecian la justicia y pisotean la inocencia tratando á los hombres como animales de carga y á los pueblos como manadas de carneros, si los pueblos y los hombres conservan alguna vitalidad, tienen que alzarse y se alzan contra la opresión que los humilla, los atormenta, los explota y los envilece. Unas veces,—y son las más,—se limitan á pedir justicia á los mismos que los oprimen: otras veces arrojan de sus puestos á los seides de los déspotas: rara vez á estos; casi nunca á la tiranía, que es á la que debieran expulsar y destruir.

Pero cuando á los pueblos y á los hombres no les ha dejado el despotismo vitalidad ni resorte capaces de hacerlos seguir; cuando la ignorancia los ha degradado y la abyección los ha entumecido, y el hábito de sufrir los ha enervado y los

(1) *Luchas políticas en la España del siglo XIX.*—Gras y Comp.—Madrid, Hortaleza, 85.

vicios del esclavo los han sumido en el fango... ni levantarse, ni siquiera protestar les es ya posible: en ese estado desaparecen ó son presa del primer ocupante: mueren ó se trasforman en otro nuevo Estado, pueblo ó nación.

No es necesario, pues, acudir á los Santos Padres, ni á la autoridad de los filósofos y de los políticos para probar que las revoluciones vienen porque deben venir; porque las provocan las reacciones; porque las traen los desmanes y atentados del despotismo; porque las hacen necesarias la vida de las naciones y el progreso de la humanidad. Basta para justificar y aun para santificar las revoluciones, basta con saber, que la libertad no es solo condicion de vida humana, es elemento indispensable de perfeccion y de progreso, es base del derecho, fundamento de la moral, ley ineludible de nuestra naturaleza. Por eso los pueblos y los hombres tienen, no solamente derecho, tienen deber, y deber indeclinable y sagrado, de conservar y defender su libertad, y de recobrarla á todo trance, si se les ha arrebatado. Por eso la libertad es inenajenable é imprescriptible. El hombre no puede renunciar á su naturaleza, como no puede renunciar á su vida: tiene una mision en la tierra que debe cumplir: y para cumplirla necesita indispensablemente de su libertad. Para eso se le ha dado: ella le caracteriza y le distingue de todos los seres de la creacion: ella le hace responsable y moral: ella le enaltece, le sublima, le hace perfectible, le acerca á la divinidad. El que le quita su libertad, el que le esclaviza y le oprime hace más que matarle, le degrada, le impide ser hombre, atenta á la obra de Dios.

¿Será que para dirigir al hombre y á los pueblos sea necesario privarles de su libertad? Ese es el eterno argumento de los apologistas del absolutismo. ¿Como si la esclavitud no fuera cabalmente escuela del vicio y la madre de todas las humanas miserias! ¿Como si Dios, que ha dado al hombre la libertad para que sea hombre, hubiese dado á unos cuantos señores la facultad ó el permiso de privar al hombre de su condicion, para hacerle más hombre! ¿Como si les hubiese dado el encargo de mejorar su obra! ¿Como si hubiera derecho contra el derecho! No, la única, la sola razon que pueden alegar los déspotas, es la razon de la fuerza: y esa razon se acaba en cuanto la fuerza cesa. La fuerza se repele con la fuerza: y contra el derecho de la fuerza protestará y se levantará eternamente la fuerza del derecho. «*Vim vi repellere licet*»—decian ya los jurisconsultos romanos.

Ahora bien: si alguna cosa hemos demostrado en este libro, es la de que contra el derecho de la fuerza, triunfante con Carlos I en Villalar y con Felipe II en Zaragoza, protestó y se levantó la nacion española, con la fuerza del derecho, en 1812. Que contra el derecho de la fuerza y de la iniquidad triunfantes con Fernando VII, en 1814, volvió á protestar y alzarse la fuerza del derecho, en 1820. Que contra el derecho de la fuerza y de la perfidia, triunfantes de nuevo en 1823, se irguió otra y otra vez la nacion española, justamente recelosa y escamada, en 1836 y 1840. Que contra el derecho de la fuerza, contra las violaciones del pacto constitucional, contra las perfidias y las iniquidades triunfantes de 1843 á 1854, tuvo sobradísima razon para alzarse y para bastante más de lo que hizo, en ese año, la nacion española con la fuerza de su derecho.

¿Es que doña María Cristina de Borbon y doña Isabel II nos devolvieron acaso nuestras perdidas libertades? No: lo que quisieron fué salvarse por medio de nuestros brazos. Fingieron pactar de buena fé con los liberales, para sentarse en el trono: se aprovecharon del espíritu liberal y de la sangre de los liberales, vertida á torrentes, para defenderse de los apostólicos, hueste formidable que, sin los prodigios de aquel espíritu y la eficacia de aquella sangre, las hubiera barrido del trono, como el viento barre las pajas de una parva. De lo que menos se acordaron siempre María Cristina y su hija fué de las públicas libertades. ¿Qué acordarse?... las han tenido horror, marcadísimo é incurable horror. Ya lo hemos visto: horror á la Constitucion de 1812: horror á la de 1837: horror á la de 1845. Y todas las juraron. «Marchemos, y Yo el primero, por la senda constitucional»... decía tambien Fernando VII, el cien veces perjuro.

¿Se dirá que los apostólicos impidieron ser constitucional á Fernando VII; y los moderados ser liberales á Cristina y á Isabel de Borbon? ¿Subterfugios despreciables y ridiculos! No: de los reyes, no puede decirse lo que decia á D. Quijote el conductor de los galeotes: «*Esta gente, aunque los llevan, van de por fuerza*» No: los reyes no van nunca de por fuerza al absolutismo: á lo que van de por fuerza es á la libertad. Lo que hay es, que en los tiempos que atravesamos los reyes se engañan entregándose á los que más lisonjean su aficion al absolutismo: la pasion les quita el conocimiento. A ciencia y conciencia se entregó Carlos X á Polignac y le dejó á Manuel y á Lafayette. Se engañó. A ciencia y conciencia se entregó Luis Felipe á Molé y á Guizot y echó á un lado á los Thiers y Odilon Barrot. Se engañó tambien.

¿Dejaban de conocer María Cristina é Isabel II quiénes eran en España los hombres probos y los hombres perdidos, los consecuentes y los veleidosos, los incontrastables y los frágiles, los leales y los tornadizos, los dignos y los indignos? Pues, tuvieron siempre aversion, odio y mala voluntad á los primeros, marcada propension y predileccion constante á los segundos. Se desentendieron

políticamente de aquellos, por más que llevasen los nombres honrosos de Arguilles, Calatrava, Becerra, Mendizabal, Olózoga, Lopez, Luxan, Alonso, Madoz, Cortina, de Mina, de Espartero, de Prim: y se echaron en brazos de los endiosadores de la autoridad, apologistas y propagadores de la autocracia gubernamental, aun cuando se llamasen Gonzalez Bravo y Bertran de Lis, Portillo ó Doral, Toreno ó Carrasco, Isturiz ó Viluma, Salamanca ó Bravo Murillo, Narvaez ó Alcoy, Donoso Cortés ó Egaña, Gonzalez Romero ó Sartorius, Lara ó Blaser. ¿Eran flexibles, dóciles al yugo, devotos á la realeza? ¿Eran ingeniosos, hábiles y osados? ¿Sabian ensalzar al trono y calumniar al pueblo?... ¿Encomiar el orden y enfrenar con mau de hierro la libertad? Rendian culto al *zomniam serviliter pro dominatione*? Pues esos son los buenos para reyes á lo Fernando VII y para reinas á lo Isabel de Borbon. ¿De qué les servirian los sábios, los virtuosos, los íntegros, los incorruptibles? De estorbo. Y en efecto, esos hombres que sirven siempre de faro á los pueblos, de guías á las naciones, de admiracion al mundo... en los palacios de las reinas de España en el presente siglo, sólo sirvieron de mortificacion, de censura, y, por consiguiente, de estorbo. Por eso se les volvió á arrojar del poder en 1856. Por eso se les laudó del Gobierno con enconosa perseverancia. Por eso se acudió otra vez al derecho de la fuerza. Por eso y para eso se echó mano, primero, de los que encienden una vela al diablo y otra á San Miguel: y como esto no satisficiera ni á San Miguel ni al diablo, se volvieron á repetir de 1856 á 1868 las escenas de 1844 á 1854. ¡Ah! No, no hay que acudir á la Biblia, ni á los Santos Padres, ni á los filósofos, ni á los políticos de más nota para justificar la revolucion de 1854: la justifica suficientemente la reaccion desatentada de 1844 al 54: la justifican, porque la provocaron y la hicieron necesaria los hechos que dejamos referidos en este libro, los obstáculos tradicionales: hechos y propósitos demostrados con documentos auténticos y con el testimonio irrecusable de escritores partidarios del poder real y celosos propugnadores del principio de autoridad.

Pero esas, como todas las revoluciones y pronunciamientos en nuestro país, las ha hecho el ejército—se dice—no las ha hecho la nacion ni el pueblo. Examinemos tambien este punto, aun cuando sea de pasada.

Confunden las cosas y los nombres, desconocen los hechos y se engañan de medio á medio los que sostienen y creen que las revoluciones pueden hacerlas una pandilla ó un regimiento, un partido político ó un cuerpo de ejército. Sostener esto, es tanto como afirmar que se pueden volar un puente ó una fortaleza sin estar cargadas la mina ó la bomba. Desde arriba, desde el poder, es fácil dar golpes de Estado, arrebatarse á un pueblo sus libertades, amordazar á una nacion y tenerla más ó ménos tiempo oprimida y ahorrada. Eso se ha visto repetidas veces, y se comprende. Han bastado para ello, en ocasiones, unas cuantas cohortes de pretorianos, unos cuantos pelotones de genizaros: sobra, para ello, un ejército. En 1521 bastaron á Carlos V unos cuantos señores de la nobleza, traidores á la causa del pueblo. En 1592 bastaron á Felipe II unos cuantos pretorianos. En 1814 bastaron á Fernando VII un general osado y unos cuantos *persas* serviles. Y si en 1823 necesitó aquel mismo rey el auxilio de un ejército extranjero, en 1843 y en 1856 bastaron á su viuda y á su hija unos cuantos generales ambiciosos: madera que nunca falta á los poderes arbitrarios y á los fautores de golpes de Estado.

Pero cambiar una situacion desde abajo, emancipar á un pueblo, libertar á una nacion del yugo de la tiranía, bajo el que está agarrada, medrosa, entumecida... es obra de titanes... Y los titanes mismos fracasarían en tal empresa, como fracasaron los de la fábula al querer escalar el cielo, si antes no ponian de su parte á toda la tierra. No, una revolucion no se verifica, una tentativa de ese género no triunfa, si el ideal que la mueve, no está encarnado en la cabeza ó en el corazon, por lo ménos, del pueblo; si la necesidad que la impulsa no está poderosamente sentida por el pueblo.

Porque, ¿qué es una revolucion? Un sacudimiento formidable que conmueve, que saca de su asiento todas las capas de la sociedad: una revolucion es un cambio en el modo de ser de un pueblo, en su constitucion, en la organizacion de los poderes públicos, en las leyes, en los procedimientos, en toda clase de relaciones; cambio que se hace sentir en todas las esferas de la actividad individual y social, en todas las manifestaciones de la vida de un pueblo: una revolucion es un aumento de derechos y otro no menor de deberes. Pues bien, el primer impulso para ese gran sacudimiento puede partir de uno, ó de varios, ó de muchos; de un hombre, un partido, de un regimiento, de un ejército; pero el cambio no se realizará, sin que el pueblo ó la nacion lo deseen, lo quieran, lo busquen con ansia, ó lo acepten con júbilo; no sólo con júbilo, sino con entusiasmo. Y ¡es tan poderosa la fuerza del hábito!... ¡Es tan difícil levantar los ánimos de un pueblo cuando los pueblos están subyugados y los ánimos abatidos!... que la obra de una revolucion es la de levantar la tierra en peso. Arquímedes encontró para ello la palanca: pero le faltaba el punto de apoyo. Para una revolucion, buena palanca será el ejército; pero esa palanca será tan inútil como la de Arquímedes si, como á la de éste, le falta el punto de apoyo; y el punto de apoyo

no puede ser otro más que el pueblo, la opinion. Una revolucion es una tormenta, y esta solo se forma y se condensa y estalla cuando la atmósfera está sobrecargada de electricidad.

Tratándose de revoluciones téngase muy en cuenta, que son las ideas las que engendran los hechos: no son estos los que engendran las ideas. Y no hay que confundir las cosas. El que los hechos de fuerza sean iniciados por el elemento militar no quiere decir que las revoluciones las haya verificado solamente aquel elemento. En España, como en todas partes, el primer empuje le ha dado siempre la fuerza armada; pero cuando ese impulso no ha estado apoyado en la opinion, cuando el pueblo no le ha hecho suyo, con fervor, con verdadero entusiasmo, la revolucion no se ha verificado: el hecho de fuerza ha fracasado, ó cuando más se ha convertido en lo que aquí hemos llamado un pronunciamiento, un cambio de decoracion escénica, un torneo de ministros, juego de cubiletas.

La revolucion española de 1808 la iniciaron dos bravos oficiales; pero la hizo el pueblo, perfectamente simbolizado en el Alcalde de Móstoles. Además, aquellos dos oficiales eran el reflejo, la encarnacion viva del espíritu del pueblo, órgano y fiel remedo del génio español.

La revolucion de 1820 la iniciaron unos cuantos oficiales del ejército de la isla de San Fernando: pero tambien la consumó y la realizó el pueblo, de quien aquellos fueron eco y fiel expresion.

¿Fué acaso obra de un sargento la revolucion de la Granja en 1836? No: debajo del sólio de Cristina rugía mal contenido el huracan revolucionario: detrás del sargento García estaba erguido el pueblo español.

No hay que atribuir á Espartero la revolucion ó pronunciamiento de 1840: fué obra de la opinion, justamente alarmada por la conducta reaccionaria de los Gabinetes moderados, por el odio mal encubierto de María Cristina á la Constitucion que habia jurado y á los hombres que queria mantener aquella Constitucion en su integridad, y hacer que se guardara y se cumpliera fiel y lealmente: fué obra de la opinion liberal del país, de la cual eran órganos en la tribuna, en la prensa y el municipio los Joaquín María Lopez, Olózagas, Cortinas Madoz, Corradi, Caballero, Bautista Alonso y cien otros brillantes oradores y repúblicos del partido progresista, centinela avanzado de la libertad en aquellos tiempos.

Hemos dicho ya quién provocó y cómo se preparó la revolucion de 1854. Los sucesos que seguiremos historiando nos dirán quiénes fueron los que la iniciaron, y quién la realizó quién, la consumó, la formuló y la llevó á cabo.

Pero aquí surge de suyo otra especie de esfin ge. ¿Por qué y para qué repetir tan amenudo esos sacudimientos formidables que conmueven, que perturban el cuerpo y el orden social, que relajan la disciplina, que sacan de su asiento todas las capas sociales y que á vuelta del caos que por de pronto producen, sobreescitan todas las pasiones, despiertan todos los odios, agitan todas las ambiciones, dan pábulo á las más groseras concupiscencias, ocasion á brutales venganzas y pretesto para enormes atrocidades? ¿Por qué, si algunas reformas plantean, duran estas tan poco y apenas se hacen sentir sus beneficios?

El problema es grave: y como argumento contra las revoluciones es serio. En uno y otro concepto merece ser detenidamente examinado y discutido. Para ello, y para que al problema pueda darse solucion con conocimiento de causa, hemos escrito este libro. ¡Y bien! De los hechos que en él hemos narrado, de los acontecimientos que venimos historiando, de los actos, palabras y obras de los personajes que en aquellos tuvieron parte, ¿qué se desprende? Una cosa clara como la luz del medio dia: que no todos los que hacen las revoluciones y toman parte en ellas las tienen el mismo afecto, ni forman de ellas el mismo concepto, ni se inspiran en los mismos ideales, ni persiguen los mismos fines, ni aceptan los mismos procedimientos, ni se mueven á impulsos de sentimientos nobles, de miras desinteresadas, de propósitos elevados y de aspiraciones santas. Unos por cálculo, otros por irreflexion, estos por error de concepto, aquellos por interés de bandería, muchos por impaciencia, no pocos por excesiva confianza, todos van llevados de una especie de vértigo que los arrastra, y cada cual camina á punto distinto del horizonte que tiene en frente de sí. Examinemos esto despacio y con severa imparcialidad. Comencemos por el pueblo.

Ya lo hemos dicho: cuando el pueblo acepta el impulso y se lanza al campo de la revolucion, es que ha sentido de larga fecha la imperiosa necesidad de cambiar de situacion, de modo de ser y de estar; es que le agita fuertemente el deseo y, por consiguiente, la idea de un estado de cosas mejor. Aquel sentimiento es vivo: él produce los prodigios del entusiasmo, y tambien los arrebatos de la pasion. Pero la idea es vaga, indeterminada y como intuitiva. Las masas quieren el bien, le quieren con pasion y con impaciencia: mas no saben el camino, ni conocen las distancias, ni ven las dificultades, ni se paran á estudiar los medios y los mejores procedimientos. Aman y buscan el bien; pero como no lo conocen por experiencia—que es su único modo de conocer—procuran definirlo y determinarlo como por adivinacion. Lo vivo de su deseo y lo vago de su concepto hacen aparecer á sus ojos el bien, el ideal revolucionario, fácil y prontamente asequible: se les antoja

que para ello no hay más que derribar unos cuantos obstáculos: y como para las masas los obstáculos son las cosas de bulto, derriban muros, quemar casillas de guardas, echan abajo puertas, destruyen castillos, borran escudos y blasones, y acumulan su odio contra tal clase ó tal persona. En lo que menos se detienen á pensar es en las instituciones: lo más esencial es lo que menos las preocupa.

¡Y si fuera eso solo! Mas como el capital se esconde, y el trabajo pára, y las privaciones aumentan, y el hambre y la desnudez se hacen sentir, y la vida se hace más difícil cuanto es más agitada, las ilusiones llegan á perderse, las esperanzas á marchitarse, crecen los temores, se abultan los fantasmas, nacen las sospechas y los celos, y el oro de los privilegios, y el maquiavelismo de los palacios, y la intriga de los ambiciosos soplan y avivan entonces las ya encendidas teas de la discordia. Tras el caos viene el cansancio: las sombras de la desconfianza mútua aumentan el horror de las tinieblas, donde se fraguan conspiraciones en contrarios sentidos: las fieras se repliegan á sus guaridas: los géneos del mal acechan desde sus antros; ha sonado la hora de los hombres sin conciencia y sin pudor, de los que pueden ya usarlo todo y en nada reparan, si satisfacen la sed insaciable que los devora. Ha sonado la hora de la reaccion.

Esto por lo que hace al pueblo. En cuanto á los actores y promovedores, partes principales ó secundarias del drama, el cuadro es de otro género. En primer término, un cielo azul y sin nubes; el sol de un bellissimo ideal alumbrá todo el paisaje, ilumina todos los semblantes, anima y embellece todas las figuras: una sola bandera despliega alaire su immaculado lienzo; todos se descubren ante ella: todos la saludan con júbilo, y la vitorean con entusiasmo: todos siguen con fé el mismo ideal. En segundo término, grupos de embozados, que se miran recíprocamente de reojo: cada cual lleva por enseña y á modo de estandarte un giron de aquella otra bandera: cada banderín tiene su color y lleva en letras gordas su motajo. Cada grupo de aquellos, que es de por sí un mosaico, deja ver, ó esconde, según los casos, sus respectivas armas; el uno lleva lazos y redes, que va preparando y tendiendo mañosas y hábilmente: el otro lleva trabucos que oculta bajo de hábitos talaes; en este se ven militares echando mano á las espadas; en aquél se agrupan hombres terribles, unos blanden hachas, otros desenvainan puñales. Las águilas y los buitres se ciernen sobre aquellos grupos con ávida y penetrante mirada, y desde la almena medio derruida de un viejo castillo acecha escondida el ave carnívora que caza en las tinieblas. Y allá en lontananza se amontonan densos vapores, que van formando negros nubarrones, con amagos de deshecha tormenta.

Las revoluciones tienen que combatir, no sólo con los bien hallados, con los privilegios, con los abusos, con los opresores y sus ministros y sus agentes y sus sicarios, sino también con la ignorancia y las preocupaciones, y la fuerza de los hábitos. Además, tiene que luchar con la soberbia de unos, con la vanidad de otros, con la meticulosidad de estos, con las exageraciones de aquellos y con las impaciencias de todos. Y aquellos combates y estas batallas tiene que librarlos sobre un terreno fangoso, cubierto de engañosas hierbas, ó erizado de escombros y de barricadas, minado y contraminado por la furia de las pasiones, ó la estrategia de encontrados intereses. Y esas batallas y aquellos combates tiene que librarlos la revolución á toda hora, en las tinieblas de la noche, en las sombras de la más horrible confusión.

Hé ahí, ni más ni menos, en puridad y en compendio, las causas de que las revoluciones no hagan de una vez su camino, de que antes que sus beneficios, se hagan sentir sus perturbaciones y sus trastornos, de que no se cosechen más pronto los frutos de sus reformas, de que esos frutos no sean más copiosos y mejor sazonados, de que los pueblos se cansen, pierdan la fé, sobrevenga el indiferentismo y pongan las espaldas y el cuello á las albardas y al yugo que quieren imponerles los más osados ó los más astuciosos ó más fuertes: en una palabra; hé ahí las causas de que vengamos marchando de revolucion en reaccion y de reaccion en revolucion.

Hay, entre los males que esto causa y entre los dolores que produce, un gran bien para los pueblos, una alegría para la humanidad, un consuelo inefable y una esperanza halagüeña para los que sucumben en el camino ó mueren en la brecha. La semilla de salud que se siembra no se pierde, la planta dañosa que se arranca no vuelve á retoñar lozana y viable. El mal es un accidente y sus triunfos son temporales y efímeros. El bien es eterno y sus victorias son decisivas y perdurables. Que no se desalienten por las caídas ni por las derrotas los amantes del bien, los partidarios de la revolución.

T. RODRIGUEZ PINILLA.

CAIDA DEL HOMBRE Y SU REHABILITACION.

Es una verdad que alumbrá como el sol, admitida por todas las generaciones, y sancionada por la filosofía, que hay un Dios autor de la criatura llamada el *Hombre*. Vida, inteligencia, voluntad, y como emanantes de estas tres facultades,

libertad y escogencia, son sus más nobles atributos. Dios le dió la *inteligencia* para comprender el órden establecido en el universo: la *voluntad* para desear este órden: *libertad* para optar entre el órden y el desórden; *escogencia* para seguir prácticamente una de estas dos vías. Prescindió de la *escogencia* en el hombre y habreis desechado su voluntad y su libertad como ruedas inútiles y embarazosas: habreis implícitamente negado el bien y el mal que dominan en la creacion; y en fin, habreis hecho del hombre, una esencia inmortal sobre la tierra, peana transitoria, y lo habreis convertido en un cadáver: habreis hallado un no sé qué que no es por cierto el hombre de la humanidad. Los padres del linaje humano recién salidos de las manos del Hacedor, estaban en su puesto; y fueron por tanto, esencial é intrínsecamente buenos, como buenas eran todas las obras de la Creacion. La razon dicta que su descendencia debió seguir las vías luminosas del bien y estar con el Autor de la naturaleza, en aquella estrecha alianza en que debieron estar los progenitores del linaje humano. Pero la experiencia nos hace palpar que Dios apartó su faz de la humanidad, la cual con un sello ignominioso en la frente y vestida con el asqueroso ropaje de la maldad, rodó de abismo en abismo, hasta ahora diez y nueve siglos hace. Fué que el padre de la humanidad llamado Adán, quebrantó en virtud de su escogencia el órden, que es verdad, y el bien á un mismo tiempo: para quebrantarlo tuvo que cerrar su mente á la verdad y su voluntad al bien, y por consiguiente, volver la espalda á Dios, verdad y bien por excelencia: en una palabra, las gentes anduvieron los caminos de la desgracia y del delito, porque Adán prevaricó, pecó, cayó... Á la verdad, esa nube de tristeza es la que baña la frente del hombre, esa angustia mortal que le emponzoña el corazón, esa demoníaca tentacion que le lanza á saclar su sed en la sangre de su hermano, son absurdos vivientes que desafían á las más claras y robustas inteligencias, en presencia de la Divinidad, plenitud del bien, si no se asienta que el hombre es un serafín degradado... Pero no nos paremos aquí: profundicemos más. Y ¿cómo pudo acontecer que el hombre, conocedor del bien, y bueno en esencia, rompiera la armonía universal para maldecir de su Creador? ¿Cómo siendo su mente buena, su voluntad buena y todo él bueno, sus deseos pudieron ser malos? Un panteísta, ó un ateo, tendria que decir que el hombre fué originalmente malo, otro que no admitiese la primitiva caída, tendria que decir que el Creador es necesariamente malo, lo que equivaldria á negar su existencia. Pero Dios, bien supremo, y la humanidad depravada, existen frente á frente. Dios no pudo lanzarlo en esas vías, porque esto implicaría contradiccion con su bondad: el hombre no pudo impulsarse á sí mismo, por su bondad ingénita, emanacion de la bondad suprema. ¿Quién lo precipitó, pues? Necesidad, hay, por tanto, de admitir una esencia intelectual y depravada entre Dios y el hombre. Mas aquí podrian repetirse para con esa esencia intelectual, las mismas argumentaciones que hicimos respecto del hombre, y proseguir así en la huella de lo infinito. Pero de aquí no pasa la razon humana: la cuestion tiene fronteras insalvables; y por más que el espíritu se remonte en la region de abstractas cavilaciones, abrumado al fin con el peso de la cuestion, tiene que plegar sus alas para descender á un abismo pavoroso y sin fondo, si el mismo Dios no le alienta en esas alturas, y con la luminosa antorcha de la revelacion le hace ver sus misteriosos caminos.

La raza de Adán, desparramada sobre el globo, como un arbol gigantesco que, teniendo su tronco en el valle de Senahar, abarca con sus brazos todas las zonas, ha conservado más ó menos depurado este dogma. Sin hacer gala de una fastuosa erudicion, echemos una ojeada sobre la antigüedad: penetremos por entre la densa niebla que cubre el mundo pagano, y observaremos que la creencia sobre la rebelion del primer hombre y su inmediata caída, está grabada en la portada de los templos y monumentos antiguos. Este credo, dice Voltaire, profundamente entendido en la filosofía de la historia, este credo constituye el fondo y el espíritu de toda teogonía. Así es la verdad. Eliminado por un momento de toda religion tornárase, como por ensalmo, en humo y ceniza; porque una religion sin penas ni recompensas, hace del vicio y de la virtud sinonimia absoluta, hace de la virtuosa resignacion del mártir, del honor y del deber, de la cristiana caridad de un San Vicente de Paul, una bella insensatez; y á la par de la destruccion de esa hermosa esperanza calentada y arrullada en nuestro pecho, que en humilde lenguaje apellidamos religion, su negativa nos lleva como de la mano á agostar las bellas azucenas con que nos brinda la civilizacion antigua y moderna, y arrojar un paño mortuorio sobre las obras ofrecidas por el ingenio y el arte á nuestra pasmada imaginacion. Fijémonos un instante en la patria del buen gusto, en esa linda coqueta del paganismo, en la brillante Atenas: Esquilo y Eurípides revistiendo de lúgubres crespones la tragedia: Aristófanes sembrando de melancólicos chistes la comedia: Pericles y Demóstenes mezclando los acentos de su varonil elocuencia al estrépito de las ondas del mar Egeo. Sócrates y Platon depositando sus puras y augustas enseñanzas en el seno del porvenir: Tucídides y Jenofonte trazando con su buril de oro la historia de las hazañas y miserias de sus compatriotas: Apéles animando el lienzo, y

Fídias divinizando el mármol, no vendrian á ser á nuestros ojos más que una comparsa de locos y bufones, los cuales se afanaron noche y dia hablando á los mortales un lengüaje sin significacion, unos ilusos, que llamaron espíritu al polvo, vida á la nada, en sus magníficas y sublimes jergonzas.

La poética edad de oro del reinado de Saturno, no es más que la reminiscencia adulterada del paraíso de que nos habla Moisés. Prometeo, escalando el cielo para hurtarle al padre de la luz la chispa sagrada que habia de animar su busto de barro; sorprendido en la tentativa, y más luégo, en castigo de su temeridad, condenado á ser atado á un peñasco donde un buitre le despedazaba las entrañas renovadas incesantemente, martirizado con un dolor inexorable, hasta que el Hércules mitológico dió muerte al inhumano animal, esta fábula es una descolorida narracion mosaica. Ese Prometeo, es Adán arrojado de su pedestal: ese buitre, es el espíritu de su conciencia que le atormenta sin remision ni descanso: ese Hércules famoso, es su futuro salvador...

Los chinos nos hablan de un jardin bañado por cuatro fuentes, sito cerca de la puerta cerrada del cielo: colocan en su centro un árbol cuya sávia mantenía la vida; y llaman edad feliz, el tiempo que el hombre moró en esta patria de encantos. Los persas refieren que Ormuz, géneo maléfico, se trasformó en serpiente, y luégo persuadió al hombre unido al suave yugo de Arhiman su creador, que él, Ormuz, era el autor de lo creado y el dispensador de la ciencia: el hombre le creyó, aceptó sus ofertas, anubló su mente y legó á su raza la lepra del vicio. El arqueólogo Mauricio nos refiere que en las tradiciones y monumentos indostánicos se halla grabada la narracion mosaica sin sombras. Humboldt en sus estudios sobre las cordilleras y monumentos americanos, nos refiere que la tradicion bíblica está reflejada en las antiguas tradiciones mejicanas; pues que la primera mujer llamada «Madre de nuestra carne» se presentó al mundo acompañada de una enorme serpiente (así está representada en sus jeroglíficos) por cuya razon es llamada «Mujer de la serpiente».

En una palabra, esta idea ha sido explicada en Judea, en Grecia, Roma y Alejandria; en la escuela gnóstica y entre los scitas y escandinavos; esa idea es exactamente el mismo dogma oriental de la emanacion: es la doctrina platónica de la reminiscencia: es el drama de los ángeles y genios de Genócrates. Una creencia misteriosa para la razon humana desnuda, acogida por las gentes, es tanto más verdadera cuanto siendo más inexplicable es más universal. La lógica y la historia prueban de consuno que la universalidad no es el tributo de la mentira determinada.

Proscrito Adán del Paraíso y proscrito en su cabeza su linaje, puesto que Adán era la síntesis de la humanidad, dió esta principio á su obra poniendo al sol por testigo del fratricidio de Cain. De aquí surgieron las abominaciones sin cuento de la raza adámica, abominaciones cuyo nombre no puede articular la lengua del mortal. Los delincuentes prosiguieron en su carrera de crímenes hasta que el cielo, indignado de tanta maldad, se vistió de luto, y aniquiló el delito aniquilando á sus autores. Salvóse, empero, la raza depurada en la persona de Noé, segundo Adán, y su extirpe vino á ser el pueblo escogido, el pueblo de Dios. Y al través de la pajiza luz de los relámpagos, de las humaredas del volcan, del rimbombar del trueno, de la consternacion y del espanto, promulgó Dios, en la cima de Sinai, sus diez mandatos, que fueron el código de nuestra altiva, galana y esplendorosa civilizacion.

El pueblo escogido, ingrato por demás, despedazó el libro de piedra donde los mandamientos estaban esculpidos para perpétua memoria; los cercenó, los adulteró, los arrojó al olvido. Los pueblos, sin regla de conducta, prosiguieron desbocados de crimen en crimen, de abominacion en abominacion, durante siglos prolongados por entre la eterna noche de la ignorancia. Pero hay una singularidad, y es, que no embargante las asquerosas saturnales que manchan las páginas de la historia pagana, brilla á medio extinguirse una idea religiosa que ofrece abundante pasto á las meditaciones del sábio: todos los pueblos de la antigüedad, cultos y atrasados, albergaron la noción de que eran solidarios de un delito y su castigo consiguiente, y de que era torzoso reconciliarse con la Divinidad, ofreciéndole una víctima espiatoria en holocausto, cuyos méritos, decian ellos, les eran reversibles. Hé aquí el manantial de los sacrificios sangrientos: una idea solemne depositada en el santuario teológico de la humanidad. Esas creencias, arraigadas en el corazón de los pueblos son, el eco repercutido de aquellas elocuentes maldiciones que Dios fulminó contra Adán y su extirpe: son los ecos lejanos de la revelacion que Dios hizo á la raza de Abraham, Isaac y Jacob, cuando aseveró que de ella saldria el reconciliador del hombre para con Dios que, á no dudarlo, era un Hombre Dios. Hombre, porque fué el hombre quien delinquiró; Dios, porque fué Dios el ofendido. Esas mismas creencias mal explicadas y peor entendidas por las naciones del gentilismo, fueron las que hicieron del Astarte de los fenicios, del Hécatés de los griegos y romanos, del Moloch de los amonitas, del Baal de los cartagineses, impías é implacables divinidades voracísimas de carne y sangre humana. ¡Perversion inaudita del sentido comun! La filosofía reconoce y acata el hecho; pe-

ro no investiga el por qué de ese hecho abandonada a su sola inspiración; porque de consecuencia en consecuencia, de sofisma en sofisma, de ilusión en ilusión, niega lo mismo que afirma, dilatándose en sus comentarios hasta llegar a los confines nebulosos del ateísmo. Respetemos los hechos; pero no los neguemos, si no podemos explicarnos sus causas: es la docta enseñanza de la moderna filosofía basada en la observación. Concluyamos.

Al terminar las siete semanas de Daniel, una porción de la humanidad yacía sin patria, sin familia y sin derechos, inscrita en el catálogo de las bestias destinadas a saciar la avaricia de sus usurpadores. A ese tiempo apareció el Cristo, y con él una nueva aurora que coloreó el horizonte de los pueblos; él esparció sus enseñanzas en los cuatro ángulos del mundo; y predicó su doctrina de la regeneración social.

De entonces acá vino a comprenderse que si los hombres son iguales ante Dios, no son desiguales ante los mismos hombres.

Que la libertad es ingénita en el hombre, que es el mismo hombre; que ella es inalienable, porque el que la enajena se suicida.

Que el respeto a esa libertad constituye la dignidad humana, la soberanía individual.

Que el conjunto de estos soberanos forma la sociedad.

Que el que invoca la libertad social, el derecho social, invoca la libertad y el derecho de cada uno de los asociados.

Como consecario de lo expuesto, se pregona:

Ningun mortal ha nacido con derecho al mando. Los amos, los tiranos y los déspotas, están en abierta rebelión contra la celestial doctrina del Calvario; son los ladrones de la personalidad humana. La tiranía, el despotismo y el dominio sobre su semejante, no tienen a los ojos de la filosofía cristiana, más títulos, que el rebenque del verdugo, las puntas de las bayonetas y la metralla de sus cañones. Quien quiera que ose dictar lecciones estableciendo jerarquías opresoras, ó haciendo de un semejante la bestia de carga de su semejante, es reo de lesa humanidad: sus doctrinas son abyectas y fementidas; y pueden considerarse, según la bella expresión de un literato contemporáneo, como el último ensueño de la crápula en delirio.

Pero el hombre encastillado en su propia personalidad sería el emblema del egoísmo. Una reunión de hombres semejantes sería un agregado de moléculas humanas sin cohesión y sin afinidad. Para formar una masa compacta que tendiera a la fusión de los intereses individuales, se concretó la parte sublime de la predicación del Cristo a recomendar el sacrificio de un hombre en favor de su semejante; a unir a los individuos por el deber, por la caridad; a hacer de los hombres un pueblo, no de siervos, sino de hermanos.

Ya el hombre preguntado por su hermano no puede responder a manera de Cain: ¿soy yo, acaso, el guardián de mi hermano?

El mundo progresa, porque progresar es ir poniendo en planta diariamente las páginas del Evangelio.

El Evangelio, por sus doctrinas de paz y caridad, tiende a confundir al género humano en una sola familia.

Ya lo estamos presenciando.

La civilización oriental y la occidental salieron de una misma cuna y partieron por caminos opuestos; la primera tiene su vanguardia en el Japon y en la China; la segunda en Francia, Inglaterra y Alemania, y se han dado cita en el continente americano. Gracias: gracias, sí, mil veces, a la ley de fraternidad consignada en el Evangelio.

Por manera que este continente está llamado a grandes destinos. Aquí se verificará el fenómeno portentoso, entre todos los portentosos ofrecidos por el progreso, de ver a la sesuda y melancólica civilización occidental engalanada con el manto color de iris de la civilización oriental.

De esta manera el género humano que comenzó por una sola familia, soberana del mundo, acabará su carrera en otra gran familia, absoluta señora del mundo. Unida por la caridad, sin más ambición que la de otra vida futura, será la gran ciudad de Dios, la especie-Adán regenerada, con la tierra por peana y el firmamento por dosel.

Por más que cerremos los ojos a la evidencia, la completa civilización cristiana, es la completa regeneración humanitaria, cuyos principios preludivados en la tierra, por obra y gracia de aquel que la invocó en el Calvario y murió la muerte del justo entre muchedumbres de esclavos decididas, acabará su espléndida y soberbia obra en el cielo.

JUAN ESTEBAN ZAMARRA.

Medellín (Antioquia.)

RECUERDOS DE LA PATRIA.

DEL POETA COLERIDGE

I

No han pasado todavía muchos meses desde la última vez que tuve la buena fortuna de visitar aquella Arcadia, sobre la cual hablan muy poco los libros y guías ponderativos dedicados a los *giravagos* españoles modernos; aquellas casanidos sobre las márgenes poéticas por excelencia del *Wesmoreland*, del *Cumberland* y del *Lancashire*, verdadera cuna tal vez de una escuela de poesía paciaria, paregórica, término medio entre

el misticismo esperanzado de nuestro Juan de la Cruz, y la filosofía patética de Enrique Heine, cuando no es desesperado y de Leopardi cuando llora por huir del pesimismo. Recuerdo aquellas regiones ya con la nostalgia de los hebreos *super flumina Babilonis*, deseando volver lo antes posible a la patria de muchas almas inconformes que no quieren tierra sin lagos y ríos a millares, ni familia sin paz asegurada, ni patria sin libertad completa; que se conforman con esto solo, aunque allá en las alturas no resplandezca el adorado rey del día. Huyendo acobardado de nuestras borrascas públicas, de sinsabores y lutos domésticos irremediables, hace diez años, ó poco más, que un corazón todavía muy joven fué acogido con inesperada misericordia por una familia ilustre de la Gran-Bretaña, domiciliada en *Claybáram*, en cuya morada señorial antiquísima habían encontrado refugio, tan honroso como seguro, series de proscritos de varios pueblos de Europa y América, víctimas de una y otra intolerancia, de una y otra tiranía, desde la revocación del edicto de Nantes, hasta el ciclo de los Napoleónicas y la fundación de las repúblicas sud-americanas, y entre ellos no pocos sacerdotes católicos respetabilísimos, condenados por el 93 de Francia, fanariotas iniciadores con Ipsilanti de la independencia helénica, patriotas italianos del tiempo de Hugo Fóscolo y de su escuela, sectarios de Mazzini, políticos españoles y portugueses que figuraron en las últimas revoluciones de sus respectivos países. Mientras el desterrado a quien nos referimos aquí principalmente vivió en el seno de la familia que con tanta fidelidad perpetúa hasta hoy la misión que se impusieron sus antepasados, de dar patria a los que la buscan, casa a los que la piden y alma a los que temen haberla perdido,—también le fué dado por último privilegio recorrer los tres imperios de las glorias pacíficas de Inglaterra, los paisajes paradisiacos del *Wemoreland* y de las otras dos regiones prenarradas. Es imposible que quien lloró lágrimas amargas en las márgenes de aquellos lagos deje de llorar lágrimas de gratitud al recordar sus bellezas sin cuento; que los modernos paisagistas no se atrevan aún a copiar. Aquello es, como grandeza panorámica, algo ménos osiánico y crepuscular que el extremo Norte de Albion, ménos imponente que los Alpes, con ménos triunfos de la luz, a lo Rembradt, que las sinuosidades de las Alpujarras, pero muy rico todavía de colores suaves y lontananzas profundas cuanto diafanos para merecer también algun nombre parecido como los tres que acabamos de recordar, al primer nombre del amanecer, el Alba. Tiene, pues, sublimidad en la elegancia, donosura en la melancolía como una *aurora consurgens*, y lo mejor del diamante en la caída de una lágrima, cierto no se qué oscuro y a la vez irizado, severamente místico y alegremente pintoresco. ¿Y por qué aquella alma se sentía, no desterrada, sino en puerto feliz, en aquella comarca remota que todavía no han elevado a objeto y fin de sus preferencias los que viajan para decir que han viajado? ¿Era lo que sentía, este poder interior, este magnetismo no estudiado, que surge también en ciertos momentos, como una aurora, de las oscuridades del corazón para envolver en blondas ideales luminosas la naturaleza más árida y desnuda de vida espléndida? Años de lucha con enemigos anónimos, la novedad para él de un pueblo seguro de que es libre y más seguro aun de que ser libre no es malo, cierta disposición natural a vivir con gusto de las sorpresas y de los contrastes, el paso rapidísimo que su espíritu acabara de dar saliendo de un túnel interminable de dudas, de unas catacumbas de fé desconocida, a la increíble magia y al ambiente reparador de una naturaleza abandonada a su albedrío, como la buscaron Minusio Félix y los primeros filósofos del cristianismo; todo esto, con algo más que a nadie es dado revelar con precisión, bastaría, sin embargo, a explicar lo que experimentó aquel corazón, siempre enamorado de la vida, acariciando la flor de sus pensamientos con las brumas, las aguas y los centelleos de aquellos tranquilísimos lagos.

Toda vida tiene sus épocas de transfiguración, que no se pierden, que jamás se eclipsan por completo en el mundo de sus memorias, cuyos fulgores, por el contrario, se dilatan y difunden por todo el resto de la existencia. Tiene asimismo sus épocas incoloras, mates, desoladas, sin racional significación, que parecen negaciones de la providencia suprema, las cuales no dejan, por fortuna, ni la efímera estela de la quilla sobre las olas. El hombre, en este último caso, aun no ha gozado, es decir, aun no ha descubierto que poseía un alma en lo íntimo de su sér: ni ha padecido tampoco, esto es, no ha descubierto que era un alma. Su espíritu hasta entonces no ha conseguido adquirir más que naderías, propiamente fragmentos de la nada; la educación que ha recibido no le ha dado para su barca más que las velas de la imaginación, pero no el fuego ni el hábito impulsivo de las pasiones y de los estudios tormentosos. Ignora por tanto, que para ser avezado marino de los grandes golfos, no basta haber navegado mucho, sino que es urgente además haber naufragado alguna que otra vez. No hay corazón templado en la prueba que no quisiera suprimir de la historia de sus años las épocas de educación nula, recuerdo perenne de misera y mal pagada servidumbre. Mientras duró esta paz de aguas estantías, poseíamos acaso la brillantez de la salud y de la superficie de los lagos, cierto bienestar, la segura

conquista de un cielo; lo que tenemos de vida vegetativa nos había decorado con su pomposa florescencia. Pero tarde ó temprano, *vollens aut nolens*, averiguamos que aquel vigor físico ó moral, aquella salud puramente esterna no hacían más que encubrir la muerte de nuestra vida esencial, como las flores engañosas del pantano sonriendo sobre la insana podredumbre de los légamos. Años estériles para uno mismo, de suicidio inconsciente, que algunos moralistas aprueban, que otros envidian, penumbras vagas de un tono pesado, sin la menor transparencia, sin nada heroico y triunfal como cualquier rayo de luz ó de espontánea alegría; inocentes acaso, como lo creíamos mientras éramos idólatras de la paz a toda costa; pero inocentes como el sueño y nulos como sus sueños más risueños.

El amigo de quien hablamos acababa de volver las espaldas a una de esas épocas dolorosas por insignificantes, que para colmo de infortunio le había puesto nieblas más oscuras que las que niegan el cielo a Londres, sobre la exuberante primavera de su juventud, reduciendo a mar de hielo las corrientes y los prismáticos surtidores de su jardín; comprimiendo los resortes más sutiles del alma a fin de que no pudiera sino muy tarde recorrer libremente toda su trayectoria y tocar sus altos fines. Pero con todo vivió luego sin los guías importunos del colegio, sin sus amigos onerosos, cuando no falsos, sin las inquietudes enfermizas del porvenir, sin pensamientos dolorosos, independiente en el regazo de una naturaleza libre, en presencia de aquellos lagos que retratan el cielo, duplican los astros, amplían lo incommensurable y delante de aquellas casitas cuya pequeñez las hermana con los nidos, cuya blancura las compara a la candidez de la paloma, habitadas por géneos bienhechores a quienes la crítica imparcial estima como los poetas más elevados de los dos últimos siglos. Imagínese, pues, la alegría de aquella juventud renaciendo de sus cenizas, de aquella vida renovada despues del diluvio de males que la habían acobardado; porque, no, ninguna otra infancia fué como la suya y la de su generación tan íntimamente desventurada, ni la detestable educación de nuestra edad de crisis y ensayos inseguros, preparó irritabilidades más desesperadas que las de nuestros condiscípulos apasionados por el ideal de toda poesía, ni abrió artificialmente en los invernáculos de nuestras aulas ambiciones más intempestivas, ni despertó deseos más vehementes de sol sin nubes, de verdades sin mezcla, de atmósfera más pura, de alas siempre abiertas. Aquel amigo nos ha revelado con frecuencia las circuntancias de su vida en márgenes de la vida más fecundas que las nuestras.

No hay país más raro, nos decía, ni más digno de la predilección de los pensadores, que aquella comarca septentrional. Allí no solamente la naturaleza es virginal y salvaje, habiéndose negado gran parte de ella a perder su aspecto primitivo y sus contornos originales ante las exigencias de la cultura invasora, sino que también los hombres, las habitaciones, las costumbres, aunque productos de una civilización avanzada, conservan con empeño su carácter distintivo especialísimo, con el cual no armonizan nunca por completo los progresos alienígenas. Y aún así aquella tierra contiene en reducidísimo espacio una variedad portentosa. Los que entre nosotros hablan de Inglaterra sin haberla visitado con algun detenimiento, y ménos estudiado a fondo, se refieren exclusivamente a lo reducido de aquel espacio, considerándolo como árido peñón, símbolo del aislamiento, cansada monotonía, origen fatal de las pasiones mezquinas, de las diplomacias rastreras, del egoísmo proverbial y de las envidias eternas que el vulgo de los viajeros, de los críticos, de los estadistas, de los financieros y de los ingratos modernos, cree haber descubierto en la característica de aquella patria de hombres libres, a quien les place denominar sin reparo la pérdida Albion. Pero lo cierto es que hay países más desesperadamente mezquinos y monótonos, en una vasta extensión de territorio fértil; seis ó ocho veces mayor que el de las islas británicas. En solo los tres condados a que me refiero, la impresión de monotonía es imposible: las márgenes floridas de los lagos, y á trechos erizadas de rocas puntiagudas, los millares de isletas de diversos cortes y resalles, las enseñadas sin número, los mares de esmeraldas que aparecen de pronto por entre dos altísimas montañas, los crestones y cimbras de los peñascos gigantes, que se elevan a pico añadiendo secretos de sombra a la misteriosa paz de los profundos cuanto dilatados valles, las cascadas en miniatura que se precipitan de todas las cumbres, de las altas, de las bajas y de las intermedias, con extraordinario estrépito y exuberancia de espumas, aunque la masa de las aguas está en desproporción con aquellas grandiosas plenissonancias y destumbradoras efervescencias, las actitudes bizarras, heteróclitas, inverosímiles, remedos exajerados de la gloriosa fantasmagoría de las nubes, que afectan las colinas ondulantes, y los collados erectos; la ancianidad patriarcal de los altísimos pinos, de los fresnos, de los cipreses, de los sauces, de los cedros y de las encinas; la verdura afelpada, algunas veces cerúlea de los diversos céspedes, centuplican los accidentes del terreno con infinita variedad de gracias que no encontramos ni en las regiones más poéticas del Leman, ni en el Royera del canton de Vaud, ni en el Emental de Berna, ni en los desfiladeros de la Valtelina.

En ningún punto de Escocia se descubre aquella nulidad fatigosa de las llanuras destinadas al cultivo en otros países, que obligan á comprar su fecundidad con excesos de fastidio y displicencia, tanto de parte del agricultor como del artista contemplativo. Allí, por el contrario, surge de todos lados, á cortar la recta monótona, un montículo, un columbrete, un arroyuelo, un puente, un dique, un obstáculo vistoso.

Hay senderos que son el primoroso cincelado de una roca. Hay lagunas ó *tarns* que serpenteando con una singularidad comparable á las espirales del humo, y á los vaivenes locos del vértigo; dejan entrever las guijas de cornelina y ágata de los mosaicos que le sirven de cauce. Hay muchísimos cerros enanos, semejantes unos á cariátides griegas y á canéforas bajo la balumba de bosques nimbíferos; otros orgullosos de su desnudez granítica, que la vegetación no se atreve á revestir, cuyos contornos y dintornos, bien acentuados y angulosos, les dan la apariencia de esfinges y memnones.

Toda aquella grandiosidad en lo muy circunscrito, aquella diversidad sin fin, el silencio de iglesia en algunas sinuosidades, la dulzura nunca empalagosa de los habitantes, la mezcla de las costumbres campestres, agrícolas y pastoriles, con las costumbres semi-salvajes de la caza y de la pesca, á que son aficionadísimos los ingleses como ningún otro pueblo del globo, dan un encanto indecible, en perpétua renovación, á los límites septentrionales de Inglaterra.

El dialecto mismo es allí muy especial. Una caratara se llama *una fuerza*, algunas rocas se denominan *tormentos* y otras se apellidan *triumfos*. Hay gran número de aquellas *fuerzas* de escaso volumen, que tienen además el calificativo de *inocentes*, porque aun acercándonos mucho á su reverberante espuma, aun procurando someternos á las caricias de las estrellas errantes de sus aguas prismáticas, ni una sola gota salta á humedecer nuestros sombreros.

En uno solo de los lagos mayores hay más góndolas que en Venecia, más lanchones y esquifes que en las ciudades palúdicas de Holanda, y con una limpieza brillante, con tales elegancias de tocado en el airoso velamen con que aparecen diariamente artizadas, que no parece sino que todo aquello es obra de ondinas manejando los cinceles minuciosos de los que hacen juguetes de madera en los talleres suizos de Interlaken y Meiringen.

Aquellos condados tienen su estación de cosechas, sus grandes fiestas del trabajo y sus estaciones muertas. Cuando luce el mes de Agosto, que Carlos Dickens llama *agosto, el más bello y rubicundo de los doce*; cuando la aristocracia ociosa, ó los caballeros del trabajo que necesitan reposo y renovación de fuerzas, se extravasan de Londres para diseminarse por todo los extremos de la Gran Bretaña, cuando se hace de moda y de buen gusto, de tres años á esta parte así en Francia como en Rusia, tanto en Alemania como en Italia, ir enfermos á los grandes lagos del Cumberland y de las provincias hermanas, en busca de abluciones morales y estéticas, una actividad prodigiosa se apodera de la población de los tres condados. Por todos lados se tropiezan con grupos de marinos construyendo barcas, cosiendo velas, tejiendo cables, preparando redes y cañas para la pesca. Las posadas se reforman y engalanan lo mismo que los barcos de cuyas formas participan. Las Ofelias del Lancashire singularmente, (que viene á ser la Georgia de Inglaterra, muy visitada por los artistas de la escuela aristocrática de Van Dyck, Rubens y Sir John Reynolds), procuran realzar su belleza, según dicen ellas mismas, para hacer honor á sus prados nativos; toman lecciones de canto y de baile, de equitación y de gimnástica, para lucir su gallardía en diversos ejercicios recreativos, feliz reproducción de los divertimientos olímpicos de Grecia donde Fidias y Praxiteles recogieron los principales elementos de sus maravillas.

—Las damas del Lancashire son más renombradas con el título extraño de *Lancashire-Witches*, y lo que más alaban en ellas los Torwaldsen y Canovis novísimos, es la morbidez y diafanidad de las vírgenes escandinavas unida al vigor de sangre, á la vida apasionada é intrépida de la amazona, ideal supremo del amor germánico y anglosajón. No pasa una sola de estas estaciones anuales, sin que invencibles lores de la aristocracia londinense vuelvan en número de quince ó veinte á sus palacios de Belgravia ó del otro barrio monumental dicho de Oriente, convirtiendo cada uno en princesa de Thulé, ó en personaje de los poemas de Tennysson, á alguna de aquellas jóvenes, hija modestísima de granjero ó de pescador. La palabra *Witches* no es una expresión oprobiosa, ni mucho menos, como lo es en España y en toda Europa el vocablo equivalente de *bruja*. Las brujas del Lancashire no pueden merecer ni siquiera el calificativo francés de *sorciere*. *To-be-witch* quiere decir algo menos fuerte que *seducir*, es más bien *atraer involuntariamente, imantar*; y las dryadas y hamadryadas, sylfides y ondinas de los pensiles y lagos que cantó Caleridge, tan notables por su blancura de mármol pentélico, la suavidad de las coloraciones púdicas, la profusión incomparable de la cabellera casi de plata con reflejos de oro, han probado, en más de mil historias shakespeareanas, como la de los amantes de Verona, la realidad del hechizo sobrenatural que poseen las Julietas y Desdémonas del Norte.

La fiebre de industria qué predomina en Londres, ofrece á los meridionales especialmente, emociones dolorosísimas: la regularidad pasmosa, inexorable de aquella actividad á la vez violenta y sostenida, mecánica pura que convierte á cada ser humano en balanza de pesar oro en polvo, que gasta la vida de millones de hombres en acuñar millones de libras; regularidad imperturbable, sombría, cadenciosa, por unos lados grotesca, por otros mayestática, no puede menos de inspirar espanto al que la juzga por primera vez, á quien de improviso, sin transición gradual, (y no la hay ni aun viniendo allí desde la activa Alemania), se sorprende á sí mismo en medio de tantas ruedas dentadas que crujen, palancas que parece que embisten á aquellas ruedas, y vaivenes de todas clases, péndulos de inmensa trayectoria en continuo movimiento. El primer paseo á pié por *Victoria-embankment*, desde *London bridge* hasta la gran basílica abacial de *Westminster*, como si dijéramos, desde el obelisco de la Castellana hasta el templo de Atocha, para dar alguna idea de la distancia; con el anchuroso Támesis á la izquierda, y por media hora el palacio múltiple de *Sómersset* á la derecha, estensísimo, interminable monumento, que parece que anda y sigue al paseante, que se alarga y evoluciona como telescopio de lord Ross, ó corre más bien, lo mismo que el río que tiene al frente, y saca de cada balcón otro balcón, como sale una ola de otra ola, nos hace creer por momentos que vivimos la misma vida fantásticamente burlesca de algún personaje de Hoffmann ó de Arnim. Los muchedumbres ocupadas lo invaden todo. El trabajo reina despóticamente. No hay tienda, no hay portal, no hay patio abierto, no hay interior alguno, visible desde la calle, que no atraiga la atención y no la fuerce á distinguir algo que anda, asciende ó desciende, una máquina, un hombre, una bestia; y antes que esto, la máscara del tiempo, el círculo mezquino con las pocas horas de que se compone el día,—que también es poca cosa como día en Londres;—y debajo del círculo el vaiven del péndulo inexorable, haciendo juego con el vaiven de los mástiles, de los millones de mástiles que se columpian sobre el oleaje del Támesis, y que figuran péndulos invertidos; y todos estos movimientos acompasados, estos columpios melancólicos, nostálgicos, parece que se unen al concierto de impacencias de todas las humanas inquietudes, para acentuar cada vez más el repetido tema: «cuándo, cuándo, cuándo acabaremos de llegar al término que buscamos?»

Yo llegué porque salí de allí. Seis meses después de mi llegada á la gran Metrópoli en 1871, me sepulté en un wagon ataudado, desaparecí como sombra por el túnel portentoso, catacumba debajo del Támesis, y fui á resucitar en los risueños valles de Cumberlandia, después de haber vagado, como Dante en el purgatorio risueño de Casella, por los salones y museos del palacio de Knepton, perteneciente á los antepasados del célebre novelista Lytton Bulwer hoy á mi respetable amigo el nuevo conde de Lytton.

La respetable familia de quien yo había llegado á ser uno de los parientes más mimados y que me devolvía con usura la hospitalidad franca y cordial que la España del 50 al 68 le había ofrecido, se instaló en el pueblecillo de Claybáram, dejándome en libertad completa para vivir lo más posible, para escudriñar todo, para dar paseos interminables con la curiosidad y las melancolías de Rousseau, por los lagos, los bosques y las montañas de los tres condados.

¡Cuán distinta de la de Londres era la impresión que producían aquellos pueblos y aquellos campos! Era la misma actividad, pero sin fricamos ni ardores de calentura, el trabajo menos guerrero. La situación de nuestra morada sobre un collado eminente no podía ser más encantadora. Era el soñado albergue que Goethe y Schiller, y más tarde Sainte-Beuve, y hace poco Thiers, creían en las horas corrosivas de sus insomnios, que solo podía encontrarse como un nido de paz sobre las cimas alpestres menos visitadas. Yo me lo encontré en esquividades menos difíciles, cerca de la mansedumbre de un lago. Altísimos árboles que me recordaban con su pompa la vegetación de Cuba, rodeaban el escondido *hom* de alas protectoras; cedros venerables extendían sus brazos para bendecir el techo misericordioso; sus ramas abrazaban las chimeneas del hogar y el humo subía por entre el follaje más azul y oloroso, como el del incensario entre las manos y los ornamentos brillantes del sacerdote. Los pinos esbeltos, en círculos más extensos, coronaban aquel templo de la familia, de gloria modesta y majestad humilde. Allí, en solo aquel exterior vistoso, creí ver la incansable actividad de Londres reproducida por la naturaleza con idílicos encantos. Contemplar á la puesta del sol desde la cañada más honda al pié de nuestro collado el vaiven de aquellos troncos más verticales en dobles y triples hileras y el temblor de los álamos y el de aquellos cortinajes de enredaderas hojosas; y al través de los unos y de los otros los infinitos rayos horizontales del Poniente, en agitación también continua, la luz trezándose con la verdura, armonizando sus fulgores con aquellas sombras; era presenciar el trabajo interesantísimo de la eterna Penélope, de la naturaleza esposa. Los pinos eran los hilos largueños del más primoroso tisú, y en aquellos vaivenes y centelleos vermiculares de la luz solar por la incansante palpitation del ramaje, lo que yo percibía

era la rapidísima lanzadera de diamante y las hebras de oro celeste que se cruzaban con las hebras de oro verde fijas en el mágico telar.

Pero aquella laboriosidad era más bien la muestra, el título de la casa, la irradiación de la fecunda laboriosidad que palpitaba en el interior. Uno de los individuos más ancianos de mi nueva familia, era comerciante, ingeniero, miembro del Parlamento, y tanto él como sus tres hijos, buenos agricultores, hombres políticos, cazadores infatigables, pero nada bebedores, sin que para ello hubieran necesitado las amonestaciones de Miss Florencia Nachtigall, y eso que se alimentaban de arenques, el alvillo inglés. La mayor de las hijas era Kuakeresa, y trabajaba día y noche en su farmacia abierta á todos los enfermos de la vecindad. Dos niñas, de doce á catorce años, aprendían á ser damas del gran mundo y ángeles del hogar, con una anciana governess, severa metodista y viuda latebrosa. Así que noté con cuánto desembarazo, con qué perfecta libertad se verificaban todos los quehaceres de los diversos individuos componentes de aquel sistema patriarcal, y cuán poco, cuán poco, la sociabilidad amablemente bulliciosa y tenaz de mis compatriotas de Cuba y de algunas provincias de España, entraba allí á regularizar aquellas complicaciones de elipsis excéntricas, quedé mucho más maravillado de aquel silencio respetuoso que de los grandes ruidos llenos de promesas de la vibrante capital. Los discursos del padre, amicísimo de Gladstone, repetidos en alta voz en su reducida biblioteca donde se encerraba días enteros, maldita la influencia que ejercían en la señora de la casa, partidaria de D'Israeli, que dominaba como reina absoluta sin discursos ni cámaras consultivas en todas las otras dependencias del hogar. La governess tenía también su gobierno aparte: esta señora componía en el *nucery* ó habitación de estudio y recreo de las señoritas, himnos piadosos y cuentecitos morales interesantísimos del género creado por Miss Edgeworth, y que la célebre escritora conocía bajo el pseudónimo de Georges Elliot celebraba cordialmente.

En resolución, aquellas personas, que apenas se hablaban las unas á las otras, pero que se amaban con el más probado cariño, que se reunían en silencio á las horas de comer, que tenían una sala llamada de *conversacion*, con el fin, entre otros, de advertir que no en todas las salas ni en todos los cuartos se podía conversar; cuyos gustos é inclinaciones parecían contrapuestos y sus caracteres incompatibles, realizaban con todo una suma considerable de consideraciones y respetos recíprocos, de bienestar seguro, de verdadera felicidad doméstica.

Allí fué, que concebí la primera idea de la libertad individual, mal calificada en España, de concentración egoísta y de reserva sospechosa, como la base indispensable, como principio generador, al mismo tiempo que salvaguardia de las libertades públicas. Las personas entre quienes viví esta vida nueva por considerable número de años, se hacían muy pocas concesiones mútuas, á no ser que vieran á justificarlas circunstancias especialísimas de reconocida urgencia. Gastaban cada uno diariamente del tesoro de su vida, los rendimientos de cada hora, para ayudarse á sí mismo, haciéndose más apreciable y útil á los demás; pero reservaba el capital intacto para las cuestiones de extraordinaria gravedad; y solo prodigaba en los días de gran prueba los tesoros de abnegación que acá en los pueblos latinos despilfarramos regularmente en fórmulas de urbanidad y cortesías, cuando no en querellas personales, ignominiosas, y, sobre todo, en ofrecimientos apasionados, en promesas y juramentos entusiastas. Hirióme al principio la frialdad con que semejante sistema aparenta congelar la sangre y la vida; pero no tardé mucho en reconocer las propiedades tonificantes de un frío, que lo que primero hiela y encadena son los fervores volcánicos y las lágrimas conjuntamente inútiles. Y columbrando debajo de aquella durísima superficie de hielo resbaladizo, tan ingrata al pronto para los que hemos crecido con otras ideas acerca de los sentimientos reales y generosos, un fondo incomensurable de afectos puros y cándidos, de amor firme y confiado, pero que espera para saber confiar con más razón, un caudal inagotable de benevolencias, pero que esperan también para ser merecidas y no extemporáneas, provocadas y no intrusas;—no me era posible mantener mi opinión primera sobre estas cosas, sin reformarla radicalmente.

¡Las atenciones, la diligente solicitud de aquella numerosa familia, tan igual, tan idéntica siempre á sí misma, tan poseída de la perseverancia, exhalaban tal y tan penetrante perfume de vida natural! La inspiración cordial se revelaba de una manera tan imprevista como oportuna en todos los actos, que hacían tal vez inútil el soberano don de la palabra! Acabé por sentir, cuando de aquellas apartaba la consideración para pasarla á otras costumbres, los horrores y ascos del marqués de Valdegamas, y no ciertamente contra lo mejor de las cosas que yo recordaba, sino contra sus primeros de formas y sus afectos más vivos, pero muy señaladamente contra nuestros eternos padrinos y protectores que se afanan por sernos útiles, que se desviven por ser nuestros más atentos y seguros servidores, ó como cantaba aquel *Loaysa* de Cervantes, *mucho más domésticas que el más enseñado perro que salta por el rey de Francia*.

Facilísimamente, pues, la libertad de mis acciones, se puso al unísono con las libertades armónicas de la familia que me había hospedado. Me

embarqué en los esquites de muchos lagos, me perdí en la esquividad de aquellos bosques y prestigiosas umbrías; hice por uno y otro condado escursiones de dos y tres semanas, sin que nadie en la casa se inquietara por ello. Antes creo que les lisonjeaba el entusiasmo con que yo al regresar les ponderaba las peripecias de mis correrías de estudiante. Después de algunas preguntas intencionales que la vanidad nacional y el amor propio del suelo patrio, para mí siempre respetables, me dirigían con cierto orgullo, dábanme suelta para que volviese de nuevo a mi vida vagabunda. Y llegué a cojerle las vueltas y á beberle su espíritu loco al Duddon, mi río predilecto, mi Guadaluquivir de entonces; que no se parece en verdad á ningun otro caudal de aguas fecundantes, ni aun al que he nombrado, rey de los cármenes sevillanos, ni al mismo Rhin, de curvas atrevidas, á quien Longfellow ha dedicado ditirambos dyonisiacos como á un Dios antiguo, ébrio de vida y tambaleándose peligrosamente bajo la viciosa corona de relucientes pámpanos.

El Duddon, no tiene los viñedos del Rhin ó Reno; pero sí parece que busca una corona. Es más loco, más Baco, más inconsecuente. Cambia de carácter y de aspecto á cada minuto, para ser tan pronto un lago semejante al Arnon de los Diableretes suizos, como una cascada de Vernayax, y á los pocos pasos, un grupo de meandros divergentes, y luego un surtidor de muchos arcos, Endimion del iris; ya un hilo de perlas formadas con el rocío de mil flores, ya un Nilo en miniatura desbordándose sobre un delta que no necesita de tanto.

TRISTAN MEDINA.

(Continuará.)

DE LA LOCURA Y SU TRATAMIENTO.

Si el hombre descuella sobre los demás seres del universo por el inmenso alcance de su inteligencia y el denodado empuje de sus afectos, debe tan excelsos dones á la gran masa cerebral que corona su organismo; pero en justa compensación de tan envidiables privilegios, padece con frecuencia suma y en asombrosa variedad una multitud de enfermedades de dicho órgano, entre las cuales llama fuertemente la atención el grupo que conocemos con el genérico nombre de locura.

Por la misma razón, á medida que se extiende el imperio de nuestra inteligencia, se dilatan nuestros sentimientos y avivan nuestros instintos; se multiplican las enajenaciones mentales.

La Estadística, nueva Clio que registra, anota y suma los hechos sin opiniones preconcebidas ni torcido intento de hacerlas servir á una causa dada, ofrece un incremento imponente de enajenados en nuestros días, y es de temer que en lo sucesivo no se interrumpa esa creciente proporción, por cuanto la ley del progreso se cumple fatal é indefectiblemente.

Penetrados de esta verdad los médicos de todos los países, por más que varíen en la interpretación de los hechos, se aprestan á cultivar la frenopatía, ofreciendo al mundo el brillante espectáculo de que surjan de esa masa común una pléyade de médicos ilustres, consagrados con ardor á la precitada especialidad, á pesar de que cual otra ninguna, demanda estudios profundos y exige en su parte práctica sacrificios sin cuento, no ofreciendo, en cambio, recompensas materiales equivalentes al ejercicio profesional de otras ramas del saber humano.

Verdad es que el estudio de la frenopatía encierra tan embelesante interés, que el ánimo queda cautivo desde la simple observación de los primeros fenómenos consecutivos á la aberración mental; y no es ménos cierto igualmente que se apasiona el corazón del hombre, que siente en su pecho los latidos de una entraña simpática al infortunio ajeno, y no hay desgracia tan grande, tan inmensa, comparable, en fin, al pesar que experimenta una familia cuando alguno de sus miembros ha perdido la razón.

De intento referimos la amargura y desconsuelo á la familia y no al enfermo, porque éste no siempre es desgraciado, antes al contrario, y más á menudo de lo que comunmente se cree, goza con su enfermedad de un bienestar inefable, de una dicha inconcebible.

No todo enajenado llora la pérdida de una fortuna imaginaria, ni se extremeca ante el espectro de una muerte próxima, ni huye aterrado por imponente alucinación, ni ruje de cólera al recuerdo de supuestas ofensas; los hay que creen trocada su humilde personalidad de jornalero en la de rey ó emperador de grandes nacionalidades; que se imaginan poseer inmensos caudales, los tesoros de Creso, cuando habian arrastrado ántes de su dolencia una vida humilde y mísera; que presumen gozar de envidiables talentos, del don de la ubicuidad, omnipotencia y omnisciencia, cuando ántes se tuvieron, con razón, por hombres de escasas facultades; así es que algunas formas de locura pudieran ser consideradas como premio y recompensa á una vida de laboriosidad y virtudes, si mentalmente sustrájeramos á ese individuo de la familia con quien se enlaza ó de la sociedad á que pertenece.

A primera vista parece absurdo este último aserto, y sin embargo, los manicomios todos abun-

dan en ejemplos, cuya fuerza de convicción es irresistible. Entre otros muchos que pudiéramos citar, daremos la preferencia á un enfermo que en la actualidad está confiado á nuestra asistencia médica. Hace unos cuantos días, tendido en un diván con abandonada actitud y respirando una satisfacción que rebosaba en su semblante, y en su lenguaje mímico, nos decía: «Mi padre fué un buen médico, trabajó con afán durante su vida y jamás pudo lograr estas riquezas de que yo gozo y esta felicidad que no tiene igual en el mundo; ¡qué bien estamos! ¡qué bien! este magnífico palacio es nuestro, los jardines y tierras de los alrededores nuestros, y cuanto queramos, todo será nuestro;» los ayudas de cámara y demás criados le parecen excelentes personas, que en otra parte serían señores; los muebles son todos riquísimos, de un mérito extraordinario; la comida está preparada tan bien, que ni en Fornos ni en Lhardy; sus camaradas son hombres todos de relevantes méritos, los jefes facultativos están adornados de talentos extraordinarios, de virtudes angélicas, hasta de hermosura física incomparables. Recordamos á propósito que llevaba una larga temporada empeñado en que se habia de desnudar para exhibirse en cueros ante nosotros, que nos sorprenderíamos al ver tanta belleza: no consiguiéndolo, porque á ello se oponían los criados, aprovechó la siesta para desnudarse y salir de su cuarto á la galería en traje de Adán, diciendo: «ved una Vénus:» se cree autor de una obra, cuyo mérito está universalmente reconocido, hace ostentación de dotes oratorias (que la Providencia le negó) y pronuncia con entusiasmo los discursos más disparatados, siendo de notar que mientras los más de los enfermos, cuando hacen un esfuerzo, logran encauzar sus facultades mentales, él, por el contrario, ni consigue formar una oración. La esfera, la asfixia, el orbe, el universo, el eje, los ámbitos del mundo, el espacio, son voces que repite incesantemente y que suenan como las teclas de un piano percutido, por una mano que le desconoce.

El concepto fundamental de la locura tiene marcada influencia en los progresos de la patología mental; así es, que mientras fué considerada como un castigo de los dioses, se sucedieron tan estérilmente los siglos, que apenas aportaron á la ciencia verdad alguna de interés; tal es el deplorable resultado que presenta la escuela teológica; la metafísica, que considera la locura como una perturbación del alma, ofrece á los ojos del observador imparcial igual variedad de pensamientos útiles al través de una ampulosa fraseología; por el contrario, la escuela positivista está representada en los anales de la frenopatía por páginas gloriosísimas cuajadas de observaciones exactas, sábios preceptos y excelente doctrina. Recusamos la división por períodos, porque en realidad, no hay sucesión cronológica; en todos tiempos han brillado con la medida desus talentos adeptos de las diferentes escuelas, así es que en los primeros tiempos Hipócrates, humorista, y Aréteo, neumático, refieren el padecimiento al cuerpo dando cada uno intervención como agentes perturbadores, aquél á la bilis y pituita; éste al neuma, mientras que en nuestros días la Alemania, ese país clásico de las grandes verdades y los grandes errores, nos presenta á Hemrokt, Hoffman, Reil, Blumroeder, Kieser, Benesa, y Yoleer, puros espiritualistas. Mas todavía escritores hay que empañan sus brillantes páginas inspiradas por un espíritu positivista con la admisión de locura demoníaca distinta de la locura ordinaria. Félix Platero, que por la exactitud de sus cuadros y la audacia de sus pinceladas es el Rafael y Velazquez á la vez de la frenopatía, ofrece un elocuente ejemplo de que las ideas dominantes se imponen aun á los hombres de más brío é inteligencia.

Nuestro siglo, á pesar de alguno que otro disidente, es positivista en la acepción dada por nosotros á esta palabra. Alemania, único país que amenazaba apartarse de la corriente común con los mentalistas precitados, ofrece en cambio una falange de frenopatas como Vikelmann, Vering, Friedkeich, Bird, Nasse, Linogowitz, Jacobi, Groos, Zeller, Griesinger, Meynert, etc., de nada dudosa clasificación.

Francia congrega en torno de Pinel y Esquirol á los Ferrus, Parchap, Morel, Mare, Jalret Baillarger, Georchet, Biere de Boisson, Voisen Luis, etc., mientras que deja en la soledad y abandono á Leuret.

Bélgica con su inmortal Guislain y su erudito Lenz, sigue fiel á esta escuela.

La Inglaterra, por su carácter eminentemente práctico, aleja á sus frenopatas de las luchas doctrinales y por ende los Haslam, Willame-Tuke, Marshale, Princhart, etc., deben contarse entre los positivistas.

España y Portugal: Mata, Rodriguez, Villargoitia, Pi, Giné, Gonzalez, etc.

Italia con Ad. Verga, Castiglioni, Biffi, Bonnucci, Lombroso, etc.

En fin, hoy nos cuidamos más de observar los fenómenos morbosos de la enajenación mental y condiciones bajo las cuales se realizan para modificarlos ó anularlos que de desentrañar la naturaleza íntima de la locura; y en mi sentir, siguiendo esta marcha y con esta bandera, hemos de conquistar verdades más provechosas que palpando tinieblas y buscando musarañas filosóficas. Pues qué, ¿ha necesitado el hombre conocer la naturaleza íntima de la electricidad para apoderar-

se del rayo y trocarle aquí en ordenanza diligente que en un instante llame á todos los empleados de un ministerio; allá en paloma mensajera que lleva con la velocidad del pensamiento las noticias de uno á otro continente; acullá en sol subterráneo que alumbre al minero, y en todas partes, ya como artista reproduciendo los grabados, ya como preceptor enseñando al ciego, ya como orador repitiendo el eco de sentidas frases, ya como médico curando las parálisis, ya como cirujano descubriendo el oculto seno que recata el proyectil ó cauterizando la emponzoñada herida sin que su ignota naturaleza nos haya privado de sus eminentes servicios?

Con este carácter ha de ser distinguido el siglo XIX en la posteridad. Desde que Gall y su discípulo Espurecein, localizaron en el cerebro las facultades intelectuales, sentimentales é instintivas, y si lo han á mal los roedores de pergaminos, vulgarizaron dicha opinión, considerando esta entraña como un conjunto de órganos, cuyo desigual desarrollo en el orden fisiológico constituyen a prueba y el padecimiento de los unos con la integridad simultánea de los otros, su confirmación plena, apareció una falange de medicos, que libres de la unidad mental, concepcion tan errónea como opresora por cuanto rechazaba las monomaniás, hicieron en el campo de las variedades morbosas del encéfalo, tales progresos, que apenas dejan en él verdades que cosechar, valiéndose de la observación pura; felizmente las vivisecciones, el microscopio y el análisis químico, extienden los horizontes de las afecciones mentales señalando á la generación presente un nuevo campo inculto en donde hallará nuevas nociones con que enriquecer la ciencia de su predilección.

Mientras la locura sea considerada como una enfermedad ordinaria que en nada difiere de las demás, y cuyos síntomas denotan única y exclusivamente la localización habida, concibe la mente tantos progresos como esperan del microscopio y del análisis químico cada uno de los padecimientos que afectan otras entrañas; si por desgracia abandonase esta senda, único camino que conduce á la adquisición de la verdad, se paralizaría su progresiva marcha.

La locura, forzoso es repetirlo, representa para los órganos encerrados en la cavidad craneana lo que las enfermedades del pecho para los alojados en la cavidad torácica y la manía, por ejemplo, con su delirio, con su alucinación y sus ilusiones, no es otra cosa al cerebro que lo que la pulmonía con su dolor de costado, su tos, su fatiga y los esputos sanguinolentos es al pulmón; y de la misma manera que el reuma localizado en el hígado causa dolor en el hipocondrio derecho, tumefacción, vómitos, dificultad en la digestión de alimentos é ictericia, etc., ese mismo reuma, localizado en la parte cortical del cerebro, motiva perversion de la memoria, concepciones delirantes, falsas creencias acerca de su personalidad, dificultad en la atención, etc. Varían los síntomas, porque varía el órgano en que radica la enfermedad; pero siempre resultan perturbadas las funciones que á cada uno le están encomendadas. El hombre es un inmenso centro fabril, según el taller que esté trastornado, cambian los productos, cuya fabricación realiza; es el cerebro, en donde se fragua el pensamiento; es una extremidad, en donde se ejecutan los movimientos; es el hígado, en donde se fabrica la bilis; pues según sean el cerebro, la extremidad ó el hígado las partes afectas, así serán el pensamiento, los movimientos, ó la bilis los productos que resulten alterados.

Juzgamos impropio de este artículo el desenvolverse en un sentido técnico nuestro modo de pensar acerca del tratamiento de la locura; pero creemos lugar adecuado para combatir las preocupaciones del vulgo relativas al asunto, las columnas de LA AMÉRICA.

Las preocupaciones del vulgo tienen su razón de ser; el horror con que mira los establecimientos destinados á la curación de enajenados, es el eco fiel del clamor lejano que la contemplación de dichos asilos arrancaba á todos los hombres que penetraban hasta ellos con el noble intento de observar y mejorar la asistencia de estos infortunados.

Los manicomios de nuestros días han variado; el concepto que de ellos tiene el vulgo sigue siendo el mismo: el manicomio de hoy, no es ya un asilo de reclusión, es un instrumento de curación, como dice Esquirol.

Vergüenza causa el decirlo; pero es cierto que más de un Bidel sacaba creidas sumas por enseñar los locos como dicho célebre domador exhibe sus fieras; y ¡que horror! hasta se pagaban los latigazos por irritarlos. Las habitaciones de estos infortunados no son calabozos hediondos, lóbregos, húmedos, infectos, jaulas, como muy propiamente se las denominaba, siquiera sea este un vocablo que nos haga cubrir el rostro de vergüenza y estremecer los miembros de horror; no cuelgan de sus paredes enormes cadenas, formidables argollas y pesados grillos; las habitaciones del día son salas, gabinetes y alcobas decoradas con el gusto y amuebladas con el mobiliario correspondiente á la fortuna del enajenado. El tratamiento ha variado; á la rudeza y crueldad, han sustituido la dulzura y benignidad; los empleados de estos institutos se apoderaban del loco por medio de sus músculos; hoy se hacen dueños del mismo por medio del corazón, ¡que es el músculo por ex-

celencia! El loco en el siglo XIX ha de ser el enfermo predilecto, si pobre el mayorazgo de la beneficencia, si rico el Benjamin de la casa.

Una transformación tan benéfica como radical en la asistencia del enajenado, no puede ser conocida sin de-pertar vivas simpatías, tiernos afectos hacia los hombres y los acontecimientos que las promovieron; de ahí que para legítima satisfacción de estos sentimientos, recordemos la evolución de dicho progreso.

Un fraile mercenario, cuya elocuencia era tanta que arrebatava desde el púlpito á sus oyentes, y cuya grandeza de sentimiento era tal, que con su trato la infundía á sus feligreses, fray Jofre Gilber, compadecido del abandono de los locos que iban errantes por las calles y campos de Valencia, siendo objeto aquí de burla y escarnio, allá de espanto y horribles tratamientos, consigue con su palabra de fuego congrega unos cuantos hombres de corazón, y funda en el año 1408 el primer manicomio del mundo.

Las metamorfosis que éste ha experimentado, obra son del tiempo y consecuencia de los progresos humanos; la fundación de la primera casa de Orates, obra de un individuo.

Cuando el génio se adelanta muchos siglos á las generaciones en que vivió, sólo logra implantar la semilla de su pensamiento; capas de inmenso espesor le guardan sepultado en la ignorancia; y necesitando el pensamiento, como la semilla, ambiente apropiado para su germinación, sólo cuando las generaciones posteriores han logrado levantar dichas capas, brota éste tan lozano á veces, cuanto más tiempo ha tenido de arraigar. Sin la creación del manicomio, no se concibe la frenopatía; este es su claustro materno, y á las predicciones del ilustre fraile mercenario se debe la fundación del primer manicomio.

Mientras el loco hubiese permanecido entre los enfermos comunes, el estudio de su dolencia constituiría, cuando más, un capítulo de la patología médica; desde el instante en que se separa de los otros enfermos; cuando se le erige un hospital particular, en donde se reúnen todas las variedades que comprende la patología mental, sobre los cimientos del nuevo hospital, descansan á la par que el edificio material, el científico, el manicomio y la frenopatía; el asilo especial hubo de traer en pos de sí indefectiblemente el médico especialista, y éste la ciencia de su especialidad, la frenopatología.

Cumplióse la ley del progreso y dicha rama médica constituye el más bello ornamento del majestuoso edificio biológico de nuestros días.

Si trascurrieron largos años sin que de la conjunción del médico y el manicomio naciera la frenopatía, culpa fué de la barbarie de dichas edades, y si con estos elementos surge la frenopatía, con sorprendente desarrollo á fines del siglo pasado y principios del actual, es á virtud de la revolución que operó en el mundo el pueblo anglo-americano, cuyas ideas esparció por Europa el pueblo francés que se envanece con justos títulos de contar entre sus ciudadanos al venerable Pinel, nuevo Mesías de la redención de los locos.

Esta revolución, á cuyo potente esfuerzo debe el hombre la reconquista de su libertad política, vertió benéfica influencia en el tratamiento de la locura y al cambiar el menosprecio en que era tenido el loco por afecto y consideración, llevó al manicomio los elementos indispensables al desarrollo de la medicina mental, tiempo há reclamados por los médicos de todos los países.

Nunca se meditará bastante el secreto enlace que tienen entre sí los hechos y las ideas, los misteriosos lazos que arrastra á unas en pos de otras; sólo meditando porfiadamente en este eslabonamiento se descubre el por qué de ciertos fenómenos que parecen insólitos en la historia del saber humano. ¿Qué es la locura en la vida psíquica sino la esclavitud en la vida social? Al rudo golpe que hizo saltar las cadenas de la esclavitud humana en estado de salud, debieron saltar y saltaron los eslabones que aherrojaban al hombre enfermo. No cabe ennoblecer la dignidad de la conciencia humana en el estado de salud y rebajarla, hollarla en el estado enfermo. Redime al esclavo quien le devuelve su libertad arrebatada: cura al loco quien su razón perdida; curar á un loco es restituirle su libertad moral; redimir un esclavo es reconocerle su libertad social. Jesucristo, Pinel y Lincoln serán siempre tres redentores de la humanidad, y no sorprenda al lector que eleve la gloria de Pinel al nivel del Dios hombre, pues la noble misión del médico frenópata asemeja al hombre al mismo Dios, por cuanto si su mayor grandeza fué hacer de este nuestro frágil barro, una criatura á su imagen y semejanza, dotándole de razón, el médico frenópata restaura esa imagen borrada, esa semejanza perdida.

La soberanía del derecho sobre la fuerza no podía quedar confinada en la esfera política; á virtud de la expansión propia del pensamiento había de estenderse por todas partes y penetrar todas las instituciones.

El sacudimiento que la revolución francesa había impreso á todo lo existente hacia presumir que un esfuerzo vigoroso derribaría la tradicional tiranía y bárbara crueldad que imperaba en los manicomios. Pinel acomete tan gigantesca y humanitaria empresa y cumple honradamente su noble misión: ¡Gloria á Pinel, redentor de los locos!

El movimiento de reforma impreso en el trata-

miento de los enajenados sigue aún, y la mente se estasia al contemplar las grandezas que ha de realizar en el porvenir: cese, pues, la prevención del vulgo contra los manicomios.

No podemos ménos de aprovechar esta ocasión para alzar nuestra humilde voz contra esas curaciones teatrales, propias solo de la novela, en que sueña el vulgo (nos referimos á las grandes conmociones morales provocadas para obtener el restablecimiento de la razón perdida); esos sacudimientos bruscos, inesperados y violentos del sistema nervioso son tan estériles para el bien como fecundos para el mal; recordamos siempre con dolor uno de los enfermos encomendados á nuestra asistencia médica allá por el año 71 que fué sometido á una emoción violenta para curarle de una lipemanía ligera; proyectóse un paseo con su hija por el antiguo camino que de San Isidro conduce á Carabanchel, y en el sitio más solitario de éste fué asaltado por dos hombres navaja en mano que amenazaron de muerte á su hija; la consecuencia de esta bárbara medida fué que el enfermo ántes lipemaniaco, quedase demente, forma de locura mucho ménos curable que la anterior.

Abrigamos la esperanza de que en día no lejano á la máxima egoísta de que LA CARIDAD BIEN ORDENADA PRINCIPIA POR UNO MISMO, sustituirá esta otra: LA CARIDAD BIEN ORDENADA PRINCIPIA POR EL LOCO, que necesita de ella más que los sanos y los enfermos comunes; y cuando triunfen estas ideas no se perderán en el olvido las repetidas instancias que los médicos encargados de nuestros manicomios oficiales dirigen á la superioridad en favor de sus pacientes para quienes el siglo XIX no ha derramado aún sus benéficas reformas.

J. M. ESQUERDO.

EL MEDITERRANEO.

¡Qué hermoso es el Mediterráneo!

Viéndolo, se comprende sea el mar de la poesía, el espejo de los poetas, que sus brisas agitaron las cuerdas del arpa de David, de la lira de Homero, y que en sus tranquilas aguas se bañaron las musas de Grecia. El Océano es más grande, más bravo, más tempestuoso, más sombrío, es sublime. Pero el Mediterráneo es más celeste que el Océano, más alegre, más tranquilo, es hermoso. En la categoría de las ideas, lo sublime es más grande que lo hermoso, pero lo hermoso es más humano y está más cerca del alcance de nuestras facultades que lo sublime. El sol es sublime, y por eso no podemos mirarle; la luna es hermosa, y por eso nuestros ojos se bañan en su tibia luz. Dios que está sentado en la cúspide de los mundos; que exhala de su aliento el espíritu; que nos anima; que presta con su mirada luz á los astros; que tiene en sus manos la catarata del gran río de la vida, en que beben su esencia todos los seres; Dios, inefable, infalible, eterno, inmenso, es sublime. Por eso su luz nos ofusca; por eso al verlo pasar, tiemblan los mundos y se ocultan en sus alas los serafines. La religión cristiana, conociendo que el alma se quedaria ciega si de continuo se perdiese en la deslumbradora luz de Dios, ha puesto en el cielo de sus ideas una mística luna, María, á la cual se levanta de continuo la oración del cristiano, seguro de que aquella tibia luz es la del eterno sol de la verdad y de la ciencia. Dios es sublime, y María es hermosa.

Lo sublime es superior á nuestra naturaleza, y hasta cierto punto incomprendible por nuestra pobre razón; lo sublime nos abate, nos sumerge en una especie de espanto muy parecido al que sintió el pueblo de Israel cuando tronaba Dios en la cumbre del alto Sinaí. Y hé aquí por qué el Océano nos espanta. No puedo ver aquellas escarpadas riberas, sus montañosas ondas, sus continuas tempestades; no puedo oír roncós bramidos, el huracán que lo azota, sin sentirme aniquilado como la gota de lluvia que cae en su profundo seno.

Lo hermoso nos atrae, nos sonríe; en esa idea descansa el alma como en su centro; todas nuestras facultades se ponen, digámoslo así, en equilibrio; todos nuestros pensamientos entran en concentrada armonía; gozamos como mirando unos amorosos ojos, como oyendo el acento de una voz querida ó el eco de una canción de Bellini. El Mediterráneo es hermoso. Sus riberas son doradas, floridos sus campos cubiertos de viñas y de naranjales; su color es el color del cielo; sus brisas son como el aliento del amor; sus ondas se rizan en ligeras playas como feliz lago; sus horizontes son alegres, clarísimos, transparentes; parece como que conviva con su tranquilidad á dejarse mecer por sus ondulaciones; que cuando se quiebra en la orilla, canta; que ha sido creado para retratar como claro espejo las estrellas de firmamento. Es el mar amigo del hombre.

Cuando los poetas bíblicos cantaban, este mismo mar movía las alas de su inspiración, las cuerdas de sus arpas; en él vió Homero levantarse como una niebla á Thetis, sacudir su cabellera cargada de perlas y llorar sobre el seno de su hijo; este mar fué muchas veces el fondo del teatro, por donde discurrían las grandes creaciones de Esquilo, de Sófocles y Eurípides; en él se apagó, como una exhalación, la vida de Safo; de su seno surgió Citerea, blanca como sus espumas, con sus ojos azules como átomos del firmamento y sus cabellos de oro como los rayos de las estrellas de

la tarde; en sus riberas enseñaba Platon la unidad de Dios, y en sus islas Pitágoras las armonías de las ideas, la ciencia de los mundos; por este mar se esparcieron los apóstoles, que por vez primera predicaron la religión cristiana á los hombres, y cerca de él derramó Jesucristo las ondas de sus divinidades, y en su seno, inspirado por sus murmullos escribió San Juan su Apocalipsis; flores marinas eran la Jónia y Sicilia, flores nacidas en el Mediterráneo, y que á sus brisas confiaron sus semillas, para que las desparramasen, ora en Italia, ora en las Galias, ora en España. En sus orillas duerme bajo un laurel Virgilio; en él se miraban las grandes ciudades egipcias, que unieron, al principiar nuestra era, el alma de todos los pueblos antiguos; por sus horizontes vió el Dante volar como el ángel de la oración, á Beatriz; y mirando su plateada superficie se consolaba en Nápoles Petrarca de la ausencia de su Laura; la estela de las góndolas de Venecia ha dejado una huella de poesía en sus aguas y la voz de la Provenza el eco dulcísimo de sus aires; y la mirada de España un luminoso reflejo en sus horizontes; y el Asia, Grecia, Egipto y todas las naciones que le rodean, han hecho de este mar el conductor de la civilización y del arte.

Todos los dramas de la civilización se han representado en el Mediterráneo. De él salieron todas las grandes expediciones, desde Alejandro hasta Napoleon. En el Mediterráneo ha luchado el Oriente con el Occidente, la idea de absorción, de casta, de despotismos, con la idea de la expansión, de derecho, de libertad. Aquí se oye aún el sollozo de Priamo, que era el postrer quejido de la civilización oriental, su último suspiro. Por estas azules aguas cruzó el grande, el portentoso César, en cuya alma se unieron el espíritu del Oriente y del Occidente. El Mediterráneo fué como el mediador plástico de Europa, Africa y Asia. Suprimido en el pensamiento el Mediterráneo, cada uno de los grandes continentes acaso hubieran sido de los restantes tan ignorados como lo fué América de todo el Viejo Mundo hasta el siglo decimoquinto. Encerrado el Mediterráneo entre riberas que lo estrechan, ha podido llevar de un punto á otro fácilmente la primitiva navegación, incierta y poco audaz; y sólo ese mar tan plácido y sereno ha podido atraer al hombre para que confiara la vida á sus ondas. Por esto, pues, el Mediterráneo es el mar de las colonias, al paso que el Océano es el mar de las irrupciones.

He oído decir á algunos que aún creyendo en el mar no pueden comprender la felicidad de la bienaventuranza de la contemplación perpétua de Dios. A la vista del mar se comprende y se explica. Do quier aparece lo infinito, el hombre se recrea en contemplarlo y aspira á volar al cielo, sí, al cielo, que es su patria. Por eso, á pesar de la uniformidad del mar, el alma se goza en contemplarlo como todo lo que se parece y se aproxima á lo infinito. Al descender el crepúsculo, el mar se tiñe de un tinte rosado, que le da dulce alegría; algunas nubes impelidas por los rayos del sol poniente se retiran al ocaso á desvanecerse en las mansas aguas, que no se mueven como si la noche derramase en ellas tranquilo sueño.

Sí, en este mismo mar, Byron, que tantas veces había maldecido á Dios, ángel caído del cielo, que se gozaba en arrastrar sus blancas alas por el lodo; Byron, que se aparece siempre á mis ojos con la lira rota en sus manos por la desesperación y la copa del placer quebrada á sus plantas por el hastío; Byron oyó al anochecer el acento de una campana, el rezo de los marineros, el murmullo de las olas y de los próximos bosques, agitados por aquella religiosa plegaria á María; y en celestial arrobamiento la vió aparecer en sonrosada nube, pura, hermosa, coronada de estrellas, llevando su hijo entre los brazos, deslizándose sobre la superficie de los mares, envuelta en celeste manto, acompañada de la mística paloma que se cernía en los aires; y ante tal espectáculo cayó herido de hinojos sobre la cubierta del buque, plegó sus manos, y sus lábios secos murmuraban una mística oración que se confundió con las oraciones de los hombres y de la naturaleza. El culto á María es propio de las orillas del mar. Hasta el ateo vió aquí á la Madre del Verbo en toda la realidad de su hermosura; y la vió, porque este mar será siempre su templo.

EMILIO CASTELAR.

BERRYER.

ESTUDIO POR EL SR. D. ANTONIO MARÍA FABIÉ.

Aún cuando no deba considerarse como un acontecimiento raro ni extraordinario que el distinguido académico de la Historia, cuyo nombre encabeza este artículo, haya favorecido con el fruto de su ingenio una de las publicaciones que á más altura se mantienen en nuestro país, pues conocidos son de todos los hombres ilustrados que siguen con interés el movimiento científico y literario de España, la multitud de trabajos sobre los variados ramos del saber humano, debidos á la elegante pluma del Sr. Fabié, sin embargo, debemos levantar acta especial de este último escrito, por tratarse de un asunto que debe interesar grandemente á los que visten la noble toga que tanto han realizado en nuestra patria los Cortina, Perez, Hernandez y Pacheco, y en la nación vecina los Berryer, Dupin y Chaix d'Est-Ange.

En el artículo en cuestion, el Sr. Fabié, con motivo de una obra de la Vizcondesa de Jarvié sobre Berryer, hace un estudio del elocuente abogado, gloria del foro francés y que por voto unánime de propios y extraños es quizás el primer orador de este siglo.

¿Qué tema tan simpático para los que simbolizan toda su gloria en la modesta profesion de la abogacía verla realzada en la persona de su más ilustre representante, que hizo un verdadero sacerdocio de su carrera y que si nobleza obliga para mantenerla á tan envidiable altura como la colocó el insigne Berryer, espejo en que nos debemos mirar todos los que pertenecemos á la milicia togada, es preciso hacer un linaje de sacrificios á que ciertamente no están acostumbrados aquellos que hacen de su carrera un escabel para escalar las posiciones más altas, en alas de ambiciones desmedidas que desgraciadamente no suelen estar en armonía con la capacidad y mérito del que tan arrogantes pretensiones manifiesta!

Pocas figuras registrará este siglo tan acreedoras al respeto y la admiración de sus contemporáneos, como la del que, según Cormenin en su «Estudio sobre los oradores,» es el primer orador de Francia después de Mirabeau, no pudiendo competir con él ni igualarle, el general Foy, Manuel, Casimir Perier, Benjamin Constans, Sevre, Martignac, ni ninguna de las lumbreras de la tribuna francesa, tan fecunda en grandes oradores.

Fué uno de los rasgos más salientes de Berryer la independencia de su carácter, la entereza con que supo desafiar las iras del poder, para defender la dignidad de su profesion y conservar incólume su prestigio. El abogado, decía: «es poco para tener protegidos, pero es bastante para no necesitar protectores.»

Sus primeras defensas fueron sus primeros triunfos y pusieron de relieve sus brillantes dotes. Habiendo empezado su carrera á raíz de la restauración el año 1814, su corazón generoso no podía presenciar con indiferencia, aun cuando fuese entusiasta por aquel régimen al que permaneció fiel en la próspera y la adversa fortuna, los excesos á que se entregaba en la persecución de los vencidos, y se consagró á defender á muchas de las víctimas del llamado terror blanco.

En una de sus más célebres defensas, la del general Cambrone, ante un consejo de guerra formado por generales enemigos del acusado, pronunció aquellas elocuentes palabras, condenación de aquellas persecuciones que más que carácter de pena, revestían el de ruda é implacable venganza. «*Je crois qu'il honteux pour les vainqueurs de ramasser les blessés des champs de bataille pour les porter à l'échafaud.*» Graves sinsabores le acarrearón á Berryer su empeño de cambiar la reacción terrible, dominante entonces, y la independencia y valor con que censuraba las demasías de sus correligionarios, que á la sazón ocupaban el poder.

Otro de los informes que le dieron gran celebridad y que demostraron el temple de su carácter, y que nunca media las fuerzas del adversario cuando se trataba de amparar al débil y ser el campeón de la justicia, fué la defensa de los nietos de Mr. de Chalotais en causa contra el periódico ultramontano *La Estrella*, órgano de la poderosa Compañía de Jesús, de gran influencia en aquella monarquía y acérrimo defensor del partido en que militaba y que podía dispensarle ó retirarle el favor de los más altos personajes de la Corte.—Nada le arredró á Berryer, y en su discurso rayó á gran altura como jurisperito, exponiendo con la brillantez que le caracterizaba, luminosas teorías de derecho penal, para probar que la difamación de los muertos debe castigarse y que el hijo puede vengar el honor de su padre.

En uno de los períodos más notables de su peroración decía: «Sois jueces, sois franceses, sois cristianos: ¿Podría creerse que nuestras leyes y nuestra conciencia protegiesen mejor los monumentos de bronce ó marmol, que los piadosos recuerdos de un hijo y la santa herencia del honor?»

Sería interminable enumerar los triunfos que obtuvo en aquella época, tan fecunda en sucesos y de tanta agitación política, que comprende los 15 años de la Restauración, señalándose muy principalmente por las dos defensas del célebre Lammenais, procesado por sus dos obras «Ensayo sobre la indiferencia en materia de religion,» «La religion considerada en sus relaciones con el orden político,» que lo hicieron tan famoso que, según el Padre Lacordaire, aquel sacerdote estaba llamado á ser uno de los más grandes hombres de la Iglesia y que se vería investido de la omnipotencia de Bossuet.—

Los laureles que conquistara Berryer en el foro y las condiciones que revelara desde el principio para el Parlamento, hicieron que se le eligiese diputado en las elecciones de 1829, dándose en seguida á conocer como un atleta en el famoso discurso que pronunció en contra del mensaje de los 221 á Carlos X, y que causó tan profunda impresión en la Asamblea, que exclamó M. Guizot: «*Voilá un beau talent*, y le contestó M. Royer-Collard: «*Dites une puissance.*» ¿Y qué diremos del magnífico discurso que pronunció después de las jornadas de Julio oponiéndose á la acusación del Ministerio Polignac? Un magnífico apóstrofe cuando exclamaba: «Se os pide la acusación de los Ministros por alta traición. ¿A quién? ¿Al rey que habeis destronado, ó al que acabais de hacer? ¿Traidores los ministros! ¿Contra qué Constitución? ¿Con-

tra la que, según vosotros, el pueblo ha destruido, ó contra la que acabais de establecer? ¿Acaso también contra la Constitución cuyo principio fundamental, carácter político y disposiciones esenciales habeis subvertido recientemente?»

Durante el reinado de Luis Felipe, combatió rudamente á aquella situación pronunciando una serie de discursos en los que, según su biógrafo M. Lomenfe, «siendo en ocasiones más realista que el rey, mostróse á veces más liberal que la libertad misma,» perseverando en la misma actitud durante el gobierno que reemplazó á la monarquía de Julio. Pero dejemos hablar al Sr. Fabié que con tanta elegancia como verdad nos pinta uno de los períodos más brillantes de la agitada vida del insigne orador:

«La revolución del 48 dió á Berryer mayor influencia que la que tenía en la vida política; elegido miembro de la Asamblea constituyente, y después de la Legislativa por el departamento de las Bocas del Ródano, en aquella época ya habían muerto todas las notabilidades antiguas del partido legitimista, y no solo por esto, sino por su lealtad, por su talento y por su elocuencia, puede decirse que desde entonces fué Berryer, más que el jefe, el oráculo de su partido, que por cierto no ofrece en la vecina Francia los caracteres del que entre nosotros se supone que le es análogo. En efecto, el legitimismo francés no solo no rechaza la calificación de liberal, sino que se jacta de serlo, y cuenta como las mayores glorias de su partido á hombres como Chateaubriand, Martignac, Lamy y Royer-Collard, á cuya escuela, ampliamente liberal, pertenecía Berryer, el cual, ante los primeros síntomas precursores del imperio, decía en uno de sus más elocuentes discursos, dirigiéndose á sus compañeros de la Asamblea legislativa: «Yo no sé quiénes serán vuestros sucesores; yo no sé si los tendréis; estos muros quedarán tal vez en pie, pero serán habitados por legisladores mudos.» No tardó después de esto mucho en llegar el golpe de Estado del 2 de Diciembre y el Cuerpo legislativo fué hasta los últimos años del imperio una Asamblea de dóciles hechuras del Gobierno, que aprobaban todos sus actos, sin exceptuar los que contribuyeron tan eficazmente á la ruina de aquel monstruoso orden de cosas, engendro del socialismo y de la democracia, sostenido por el temor de las clases acomodadas que le sacrificaron, en cambio de una seguridad temporal y aparente, la dignidad del ciudadano, confisgando en provecho del Emperador las libertades públicas.»

En una célebre sesión del Cuerpo legislativo, en que se trataba de dar un voto de confianza al Gobierno, pronunció aquellas elocuentes palabras que demostraron la energía con que sabia oponerse á las demasías del poder y la inflexibilidad de su indomable carácter. «Antes, dijo, permita Dios que se me seque la mano, que depositar en la urna el voto favorable á este Gobierno que no hace más que conculcar las leyes.»

No fueron ingratos sus conciudadanos con este insigne patriota, y en diferentes ocasiones le dieron señaladas muestras de la admiración que le causaban sus esclarecidas dotes y su incomparable talento. A causa de los compromisos que había contraído defendiendo la causa política á que rendía fervoroso culto, en Setiembre de 1836 se iba á vender en pública subasta su posesión de Augerville cerca de París,—recibiendo entonces de sus correligionarios y compatriotas una prueba de estimación, de las que no nos ofrece ejemplo más que la grande y libre Inglaterra. Abrióse una suscripción y en poco tiempo se reunieron 400.000 francos, con los que pudo conservar el gran orador la finca en que vivió sus últimos años y exhaló su último suspiro. En 1861 fué objeto Berryer de una de las más señaladas distinciones que puede recibir un hombre público.—Con motivo de cumplirse el quincuagésimo aniversario de su inscripción como abogado, el Consejo de gobierno de la clase le ofreció un gran banquete, bajo la presidencia del mismo Berryer y de Julio Favre, que era entonces decano de París, dándose el singular espectáculo de que el representante de las ideas republicanas se encontrase rindiendo pleito homenaje al constante defensor de la tradición y de la monarquía borbónica.—A esta solemnidad que se llamó «la fiesta de la elocuencia» concurren todas las celebridades del foro francés en aquella época. Dupin el mayor, Marie, Chaix d'Est Ange y Odilon Barrot, Cremieux y Lachaud, congregados todos para rendir tributo de admiración al que tanto había enaltecido la profesion.

Para la fama de Berryer no había fronteras: propios y extraños compartían por igual su entusiasmo y admiración por tan esclarecido orador, y así vemos que allende el canal de la Mancha se verifica otra solemnidad en su honor, que fué una especie de apoteosis en que se le anticipó el juicio de la posteridad. Veámos cómo describe el Sr. Fabié este glorioso episodio de la vida del gran orador:

«Cuatro años después de la gran manifestación hecha por el foro de su patria, fué objeto Berryer de otra análoga, que debió halagarle aún en mayor grado; hablamos del banquete dado en su honor en Londres por los abogados y jurisperitos ingleses, y al que acudieron presurosos, así los altos magistrados representantes de los históricos y respetabilísimos tribunales de la Gran Bretaña, como los hombres políticos de aquel país clásico de la libertad y modelo del sistema parlamentario, que no han sabido todavía imitar las naciones vecinas.»

«Inició aquella idea el famoso lord Brougham, que en el foro inglés tenía una posición bajo muchos aspectos análoga á la de Berryer en el de Francia, aunque en orden á las ideas políticas casi puede decirse que representaban los dos polos opuestos sobre que gira el mundo de la política en el presente siglo, pues el antiguo canceller de Inglaterra, no só-

lo perteneció á la fracción más avanzada de los whig, sino que fué en su patria el propagador más activo de los principios democráticos, pudiendo decirse que es el precursor de los Bright y de los Dilkes, que han dado nuevas tendencias y nuevo espíritu al partido liberal de Inglaterra. Esta diferencia no fué obstáculo á la amistad íntima que unió á aquellos dos grandes oradores. Verdad es que, como hemos dicho, estaba más cerca del ideal de Berryer la monarquía inglesa, en que el principio de la legitimidad hereditaria y la existencia de una aristocracia que abre sus filas á todos los que se elevan por sus grandes merecimientos, se concilian con el ejercicio amplísimo de todas las libertades políticas, que del antiguo régimen, cuyos abusos no puede desconocer ningún hombre imparcial, y cuya restauración es tan imposible como lo es que los rios vuelvan la dirección de su corriente hacia las fuentes en donde nacen.»

«Al banquete de Londres, que fué la glorificación internacional de la elocuencia de Berryer, asistieron más de 400 personas que formaban entonces lo que pudiera llamarse con exactitud la aristocracia intelectual de Inglaterra, y no sólo los jurisperitos que pudieran considerarse como sus compañeros, sino los más célebres hombres políticos, entre ellos Palmerston y Gladstone, que tanto se apartaban de sus ideas, pronunciaron en su elogio calurosos discursos, y داد el patriotismo inglés, lord Brougham puso el colmo á aquellas manifestaciones, diciendo que Berryer podía compararse con el famoso Erskine, que era el más notable de cuantos abogados había habido en el mundo. Imposible es describir el entusiasmo que produjo este discurso y la salva de aplausos con que fué saludada la contestación de Berryer, superior á todo encomio y digna de este maestro de la elocuencia.»

Grandes proporciones tendríamos que dar á este artículo, si hubiéramos de seguir paso á paso la vida del gran orador, señalando los continuos triunfos que conseguía en el Parlamento y en el foro y que hemos descrito en un libro poco há publicado.—Si de Berryer siempre se pudo decir, que tendría adversarios, pero que jamás tuvo enemigos, nunca con más razón se pudo hacer esta afirmación como al presenciar el espectáculo que ofrecía París, al tener noticia de su muerte, ocurrida en Augerville el 29 de Noviembre de 1868.—El foro de París quedó sin abogados el día de las exequias; las autoridades populares del departamento suspendieron sus habituales ocupaciones; el periodismo de París abandonó sus redacciones y sus prensas; el Cuerpo legislativo no celebró sesión, la Academia francesa quedó desierta, vacíos casi todos los sillones de la magistratura; las letras y los más insignes oradores también se ausentaron aquel día y corrieron presurosos al pueblecito de Augerville á rendir el último homenaje al que con su muerte dejaba un vacío imposible de llenar y dejaba á la Francia huérfana de la elocuencia; pero el reseñar tales cosas nos llevaría lejos de nuestro propósito, que no ha sido otro que dar á conocer el trabajo del Sr. Fabié, digno de su reputación, invitándole á que aprovechando los ócios que le deje la política y el elevado cargo que ejerce lo complete, presentándonos á Berryer de cuerpo entero como jurisperito y como hombre político, examinando su vida pública y privada, que tan grandes enseñanzas ofrece para los que vivimos en estos tiempos en que el torbellino de la política y la rapidez con que se desenvuelven los más opuestos sucesos, dá por resultado que sea tan difícil practicar las virtudes públicas de este gran ciudadano, que tan perfectamente conocía la época en que vivía cuando exclamaba al defender, al que después fué Napoleon III, en la causa que se le formó por el atentado de Boulogne: «¿Cuál no es la desgracia de un país, donde en tan pocos años, tantas revoluciones sucesivas, violentas, destruyendo unas en pos de otras los derechos proclamados, establecidos, jurados, han traído consigo tan profunda y aflictiva situación en los ánimos y en los corazones, sobre el sentimiento, la constancia y el cumplimiento de los deberes! ¡Qué más! En la sola vida de un hombre, hemos estado sometidos, á la república, al imperio, á la restauración y á la nueva dinastía del 7 de Agosto y de la última revolución. ¿Y acaso esta aceptación de Gobiernos tan rápidamente destruidos, no ha producido gran detrimento en la energía de las conciencias, en la dignidad del hombre y aún me atrevo á decir que en la majestad de las leyes?»

ENRIQUE UCCELAY.

LA BALANZA MERCANTIL.

En vano, los creyentes del tradicional sistema de la balanza mercantil claman que el comercio americano es desventajoso con Cuba, porque le ocasiona un déficit creciente en efectivo, ascendente en el promedio de su último quinquenio á 53.167,692 pesos, como si el tráfico entre los individuos, lo mismo que el comercio entre las naciones, no pudiera ejercerse sino con detrimento de una de las partes, la que dá el efectivo por lo que necesita consumir, provocando tan fatal preocupación, hija de la más añeja ignorancia, hostilidad latente en las relaciones de los pueblos. En vano se ha tratado de retener el oro en casa para que en perjuicio propio no venga á enriquecer la caja del vecino, como si el oro fuese un fin y no un medio para conseguir todos nuestros gozos, para satisfacer todas nuestras necesidades, como si la vida de la producción no fuese el cambio y su consumo, en el cual la moneda no interviene sino como medida para facilitar la transacción,

En vano se pretende que las importaciones no sobrepujen en valor á las exportaciones como supuestas aquellas ruinosas para un país, cuando la razón enseña y la experiencia lo confirme, que una importación de mercancías trae en pos de sí una exportación cuando ménos equivalente al valor introducido: así lo justifica Francia con una exportación de más de 400 millones de pesos, é Inglaterra con 600 millones. Los hechos prácticos de la historia comercial de las naciones han desmentido además la tan decantada teoría de la balanza mercantil, demostrando que el efecto del metálico suele ser contraproducente cuando su destino no es reproductivo.

La historia, en efecto, cuenta que la decadencia del comercio de España vino cuando era poseedora de todos los metales preciosos del Nuevo Mundo, habiendo cesado el consumo de ser reproductivo, y agotándose las fuerzas vitales del trabajo del país; mientras que durante la guerra continental en el período de 1798 á 1818, exhaustas las cajas de la Gran Bretaña, tuvo que adoptar el papel como medio circulativo, logrando doblar la venta de sus productos para salvar tan inmenso déficit, y su movimiento mercantil del año pasado muestra un exceso de su importación sobre el de su exportación.

El último conflicto franco-alemán nos ofrece otro hecho bien palpable del valor del metálico, cuando su objeto no estriba en la producción y el trabajo. Las armas dieron razón á la Alemania, imponiéndole á la vencida Francia el pago de la indemnización de la guerra con una suma que hubiera podido arruinar á cualquier otro pueblo, porque le fuera imposible el poderla reunir. Pero por medio de evoluciones hábilmente combinadas, cuando se apeló al empréstito público, se cubrió este con creces, á pesar de la perspectiva insegura del porvenir de ese país mermado ya de dos de sus más ricas provincias, la Alsacia y la Lorena.

Esta es la operación financiera más brillante é inteligente que registra la historia de un pueblo en fatal momento de desastre.

Pero no fué esto solo: sino que las inmensas sumas que ingresaron en Alemania en breve plazo, no pudo digerirlas, ahogando las fuentes de la producción y del trabajo, y lanzándose entonces, como suele suceder, en empresas y negocios de expansión aventurada, se resolvió en crisis, de la que todavía se resiente. Por el contrario, la Francia, enjugando su presupuesto y buscando en el trabajo y en la producción el medio más eficaz de resarcir pronto sus pérdidas, está en vía de resolver sus calamidades en creciente prosperidad: díganlo si no el estado de sus Bancos, y que no ha tenido que recurrir al curso forzoso del papel moneda.

Un ejemplo análogo al que acabamos de citar lo recuerda Cuba en el año de 1856, cuando una gran importación metálica, fruto de una abundante cosecha, trajo el desequilibrio en las fuerzas de la producción, cuya expansión en químicas empresas no podía traer por consecuencia sino una violenta prosperidad.

Una estadística de los Estados-Unidos, por el año 50 acusa un excedente de 15 millones de pesos de las importaciones sobre las exportaciones, y sin embargo, á pesar de ese deplorable déficit el país ha ido en fomento y el comercio en prosperidad.

En 1874 hubo en ese mismo país una diferencia en contra de sus exportaciones sobre 70 millones de pesos, cuando apenas se sentía la crisis que hoy con tanta fuerza le afecta, á pesar de tener ya una diferencia á su favor por valor de más de 178 millones de pesos. Las naciones que trafican con el extremo Oriente envían desde tiempo inmemorial grandes sumas de plata para obtener sus mercancías, é ignoramos que se hayan empobrecido, obstinándose en prolongar un comercio que no les fuese provechoso.

En la misma Isla de Cuba, en donde se carece de datos estadísticos exactos, un estado del año 1859, le asigna un movimiento mercantil sobre 100 millones de pesos y cerca de dos millones sobre sus importaciones, cuando entonces el valor del azúcar no subía á mucho más de 44 millones de pesos; mientras que hoy, con una exportación como de 100 millones de pesos (bien la admitimos sin temor de equivocarnos que sus importaciones exceden de esa suma), y el saldo americano no queda como capital en el país, sino que en letras de cambio sobre las principales plazas de Europa, se invierte para pagar aquellas importaciones. De consiguiente la balanza mercantil nada significa, sino para definir la naturaleza de la transacción: que se pague en oro como al tendero, ó en efectos como al comerciante, queda á la voluntad y conveniencia de las partes. Hay más, el oro nada vale sino mediante que represente la evaluación de efectos y servicios; un saldo en oro no representa más que un solo negocio, un saldo en efectos ofrece un doble negocio y de consiguiente de índole más lucrativa que el primero: así el comercio tiende á excitar las importaciones sobre las exportaciones, porque las mercancías teniendo en el lugar á donde se importan mayor valor que de donde se exportan, en el negocio de importación suele más estar su beneficio.

M. A. MONTEJO.

LA PETENERA.

NARRACION POPULAR.

I

La oscuridad de la noche empezaba á invadir las calles de Madrid, y en las habitaciones, faltas de luz, se confundían los objetos perdiendo sus contornos en la sombra, y apareciendo sólo como pequeñas manchas en otra más grande y negra todavía. Las campanas, desde las altas torres de las iglesias, tocaban el *Angelus* y parecía como que cantaban á coro las alabanzas de la Virgen de la leyenda cristiana, en el momento en que el ángel la saluda como á elegida del Señor.

Era un patio de una casa de vecindad, infecta y súaica como antesala del averno; un patio en que una porción de puertas colocadas con pequeños intervalos daban paso á cuartos estrechos, á habitaciones mal sanas de las que salía un hedor insoportable, en las cuales parecía imposible que pudiesen respirar, y moverse, y vivir, criaturas humanas; largos corredores, pasillos estrechos y revueltas galerías, en los pisos altos: aquella casa de mezquina y pobre apariencia servía de habitación á todo un pueblo; parecía una inmensa columna, y por todas partes había ventanas entornadas, postigos á medio abrir, puertas á medio cerrar. La atmósfera, cargada con una porción de emanaciones desagradables, podía cortarse; los pulmones rechazaban al principio aquel ambiente tan poco apropiado, y sólo ante la amenaza de la asfixia se resignaban á aspirarlos. Desprendiéndose de todas partes el repugnante vaho de la miseria enlazada con el descuido.

Y á la vez que aquellos efluvios insanos, una gritería infernal salía por las junturas de las destrozadas puertas y los hierros desgastados de los ventanillos. Aquello semejava un manicomio. Todos los afectos del alma tenían una nota en aquel concierto infernal, como si el demonio, para componer aquel himno, hubiera recogido en los barrios bajos de todas las ciudades del mundo las notas más chillonas que pudieran hacer más espantosa su música.

Solo de uno de aquellos cuartos no salía ruido alguno, como si le faltase una voz que unir á aquella inmensa batahola, especie de canto de la locura cantado por un coro de condenados. Solo en aquel recinto estrecho, pobre y sin luz, sentábase el silencio tapándose con ambas manos los oídos para no escuchar la espantosa y confusa gritería. De cuando en cuando, sin embargo, oíanse dentro sollozos comprimidos, una voz débil, muy débil, que hablaba torpemente con el tartamudeo de la enfermedad, y otra, más fuerte, que la respondía, pero ambas con un tono tan triste que llenaba los ojos de lágrimas y los labios de suspiros.

La habitación, irregular y estrecha, como si más que para vivienda de personas la hubiera destinado el arquitecto á palomar ó canarieta, estaba completamente á oscuras. No había en toda ella más que una silla baja, con el asiento desfondado. En un extremo, donde las paredes formaban un ángulo agudo muy pronunciado, como si tendiesen á unirse aplastando al imprudente que entre las dos se colocara, un pobre jergón relleno de paja que se escapaba por algunos agujeros que la humedad, sin duda, había abierto en la tela y tendida sobre él, y apoyando la espalda sobre el muro, una mujer jóven y hermosa, bajaba la cabeza y lloraba silenciosamente, cubriéndose el rostro con las manos; y las lágrimas, al resbalar entre sus dedos, parecían gotas de rocío escapándose del cáliz de un manojito de azucenas. Cerca de ella, sentada en el suelo, una anciana estendía hacia ella su cuerpo, encorvado más por los sufrimientos que por el peso de los años.

—No llores, hija mía, no llores; te lo pido por Dios, por lo que más ames en el mundo.

—¿Y qué amo yo en el mundo más que á Vd. madre mía? ¿A Vd. siempre tan buena para mí, que me ha perdonado mi ingratitud y ha tendido un velo sobre mi falta?

—No me recuerdes eso; no te apenes tú tampoco con ello, déjalo. Si es verdad que caiste, el arrepentimiento te redime y te vuelve á mis brazos honrada y buena como lo eras antes de conocer á ese hombre. Lo que debes hacer ahora es curarte, hija mía, y conservarte para mí.

—Para Vd. que tanto me necesita, para Vd. que tanto me quiere, ¿verdad, madre? Y yo he podido olvidarla á usted, dejarla sola en Sevilla para venir tras ese infame...

Y la jóven bajó de nuevo la cabeza.

—No tienes tú la culpa, hija mía. El te volvió loca y además, yo me quedaba con mi hermano; ¡pero estaba tan triste! ¡Me hacían tanta falta tus cuidados! Por eso vine á buscarle apenas supe tu abandono. Y dí por bien empleados los malos ratos que pasé, yo, pobre ciega, mendigando de día un pedazo de pan que llevarme á la boca, y de noche un cobertizo que cobijase mi cuerpo. Largo, muy largo es el camino que hay entre Sevilla y Madrid, pero se hace mucho más largo cuando está erizado de espinas y hay que regarlo con sangre... Pero, ¿qué importa todo lo que ya pasó si por fin estamos reunidas, si tú estás ya convaleciente, como dice el médico, y pronto podrás levantarte y coser para que podamos volver á Sevilla, á arrodillarnos en el cementerio en que descansa tu buen padre?

Una sonrisa de amargura pasó por los labios de la jóven como un relámpago por un cielo tempestuoso, cuando oyó hablar á su madre de su próxima curación. La infeliz era ciega y no pudo notar esta sonrisa.

—No se ocupe Vd. de mí, madre, que pronto me pondré buena; lo que yo quisiera es que Vd. también se curase.

—Ya te ha dicho el médico que hasta que no estén formadas del todo las cataratas no me harán la operación. No hay más que tener paciencia.

Hubo un largo silencio, durante el cual la jóven hizo esfuerzos para no llorar; pero el dolor fué más fuerte que su voluntad, y al fin estalló en gemidos.

—¿Otra vez?—la preguntó dulcemente la anciana.—¿Volvemos á empezar? ¿Pero es que no te quieres poner buena?

—Madre, madre, soy muy desgraciada.

—Por lo mismo debes pedir á Dios que te dé fuerzas y no ofenderle matándote, como estás haciéndolo, y matándome á mí de paso.

—Pero, madre, ¿no ha oído Vd. á la Antonia?

—La Antonia no es más que una parlanchina que no tiene consideración al estado en que te encuentras ni á la situación en que nos vé. Podía haberse guardado sus noticias.

—¿Se casa, madre, se casa esta misma noche; á estas horas quizá!

—Bien, ¿y qué? ¿Qué ganas tú con que se case ó nó?

—Y esta noche, noche de bodas para él, no irá á turbarle nuestro recuerdo, y se creará muy feliz en brazos de esa otra mujer, mientras yo aquí, abandonada, me muero, porque me muero, y me muero muy pronto, madre mía.

—Yo sí que me voy á morir como sigas hablando de ese modo.

Ante estas palabras, dichas por la anciana con inmensa amargura, la jóven se calló; pero quien hubiera podido ver sus ojos llenos de lágrimas, su frente preñada de arrugas y los rayos que de cuando en cuando brotaba su mirada, habría fácilmente comprendido cuán diversos sentimientos renian tenaz lucha en su corazón acongojado.

II

Y es que su alma, herida cruelmente, manaba sangre en abundancia. Desgarrada por el dolor, presa del más cruel infortunio, sentía el dardo que el destino lanzara sobre ella, clavado allá, en lo más hondo de sus entrañas. El viento del desengaño apagaba la luz de la esperanza, convirtiéndola en ruinas el santuario de su espíritu, mientras la enfermedad, ese fantasma desdentado, de paso trémulo y vacilante como el de un hombre ébrio, tenía sujeta al lecho con sus dedos de gárfio. La jóven sentía pesar sobre ella aquella mano que la rompía los huesos; muchas veces despertaba con sobresalto: parecíala que alguien dormía cerca de ella, y era el aliento de la enfermedad que en olas de calentura la abrazaba.

Nadie hubiera conocido ahora en ella á aquella jóven hermosa y alegre como una mañana de primavera. Gran trabajo habría costado á todos los que desde la infancia la trataran, reconocer en ella á Lola la sevillana, la muchacha más bonita de Sevilla, con los ojos más grandes de la cristiandad y los pies más chiquititos de la tierra, con la mirada que parecía calentar el aire con los rayos que lanzaba, y la risa franca y fresca que corría retozona por sus labios rojos como el clavel, señalando en sus mejillas rosadas dos hoyitos llenos de gracia, verdaderos nidos del amor, como los llama el poeta. Habíase apagado su mirada, sus bellos colores habían desaparecido, y sus ojos, hundidos y rodeados de un círculo morado, parecían los cadáveres de aquellos otros ojos á que achacaban tantas muertes los sevillanos cuando en las fiestas del barrio, á que acudía Lola, cantaban acompañándose de la guitarra—ese piano del pueblo que arranca de él notas más tiernas y delicadas que las sonatas de Behetoven ó las melodías de Schubert.

Son dos negros asesinos los ojos de esa mujer.

Sus negros cabellos, brillantes como el ébano, aparecían ahora como negra masa apelonada; el sudor y la calentura les habían arrebatado su brillo y su vida. Diversas arrugas cruzaban su frente antes tan tersa, haciéndola parecer á un cielo preñado de nubes. El desastre era espantoso; la ruina completa. La Lola de hoy no parecía sino el cadáver de aquella otra Lola graciosa y andaluza; sólo el mar de llanto que sin cesar brotaba de sus ojos y caía sobre sus flacas mejillas, podía persuadir que aún había vida en su cuerpo, porque había dolor y en el ser humano, ángel caído del cielo, alma extraviada desprendida de otro planeta en que dejó sus ilusiones y por el que clama sin cesar, el dolor y la vida son compañeros inseparables; son un sólo término de esa fórmula viva que se denomina especie humana.

Era una historia triste y dolorosa; una de esas historias tan vulgares, pero tan impregnadas de sentimiento, que hacen llorar al que las oye, capítulos arrancados á ese gran libro de tormentos que se llama existencia de la mujer y que es todo un martirologio. Lola era guapa, muy guapa; con una cara capaz de trastornar á cualquier hombre, y un garbo, y una sal como sólo se usan en Andalucía, bajo aquel cielo rierte y sobre aquella tierra florida que recibe todos los días los besos de las brisas africanas. Alegre desde niña, no comprendiendo la tristeza, había vivido tranquila y feliz cantando desde el Oriente hasta el Ocaso, como un pajarillo que juguetea en el árbol con cuantas ramas tiene al rededor. Su padre murió cuando ella era harto pequeña para comprender la magnitud de semejante pérdida; de aquí que no hubiera tenido que sufrir este gran dolor. Un día, sin embargo, una nube de llanto veló por primera vez sus ojos ocultándole las flores del campo y las estrellas del cielo. Y es que un hombre había derramado en su oído el veneno de sus palabras, abriendo ante sus ojos horizontes llenos de luz, una luz viva, pero deslumbradora, y mostrándole el espectáculo risueño de los mundos y los hombres adorando al amor como Dios soberano de la tierra. Aquellas palabras fueron para ella toda una revelación; algo despertó en lo más recóndito de su alma, y extrañas ideas, como vivorillas que más tarde la habían de matar, empezaron á germinar en su interior. Luego, las ideas crecieron, y crecieron, haciendo callar á sus sentimientos, envolviéndola como en una atmósfera que en realidad no era la suya; las palabras del hombre, transformándose en pequeñas barras candentes que traspasaban su cerebro, la trastornaban, la hacían temer por su razón. Y llegó otro día en que se volvió loca, y olvidándose de que tenía una madre y un nombre honrado que no debía manchar de lodo, porque el lodo de que lo salpicase había de caer como lluvia de cieno sobre la tumba de su padre, huyó de Sevilla, dejando su madre, su familia, la iglesia en que oía misa los domingos, la Virgen á quien rezaba en sus tribulaciones; y huyó dejando tras sí el escándalo y la deshonra, señalando como mudos testigos la retorcida huella de sus pasos.

Un año había pasado de esto, y durante él, cuánto sufrió su corazón! ¡Cuántas lágrimas abrasaron sus mejillas! Un día su seductor desapareció para no volver más. Al saberlo Lola no derramó una sola lágrima; estaba acostumbrada al sufrimiento. Diez meses había vivido con el miserable que la

sacó de su casa, soportando humillaciones sin cuento, sufriendo privaciones sin fin; pero llevando resignada la cruz de su castigo hasta el Calvario de su expiación; porque un alma palpitaba en sus entrañas, y ese alma venía á decirle que era la misericordia divina mayor que su delito con serlo este tanto. Llegó, por fin, el día del alumbramiento, y por primera vez, después de un año, la felicidad volvió á presentársela bajo la forma de un ángel rubio y rosado, de ojos azules y mejillas de terciopelo, pero precedido de dolores más espantosos que la muerte misma.

Rendida por largas horas de agonía, la pobre Lola descansó al fin estrechando contra su pecho al hijo que tan duros sufrimientos la costó.

Su sueño fué agitado, los fantasmas de la calentura y la debilidad la agitaron durante todo él. Estrechaba convulsivamente á su hijo entre sus brazos como si alguien se lo arrancase del seno en que dormía reclinado, aun en esa especie de bruma que se estiende entre la noche del no-ser y la aurora de la existencia, vago crepúsculo en que solo el llanto y el gemido dan testimonio de la vida. Llegó á soñar que la arrebataban aquel hijo que tantos dolores la había costado; quiso oponerse á ello pero la faltaron las fuerzas, el cansancio la rindió y durmió profundamente. Cuando despertó exhaló un grito de espanto: ¡su sueño era verdad! ¡La habían robado á su hijo!

Las largas horas del alumbramiento quebrantaron el organismo del recién nacido y había muerto sin exhalar un solo aliento.

Al saber esta nueva desgracia, Lola, que ya se creía tan feliz, cayó en un fuerte delirio del que tardó mucho en volver. Atacada de calenturas puerperales, la tisis hundió sus garras en su cuerpo dolorido, y la muerte, como hambriento cuervo en un campo de batalla, esperaba verla caer para lanzarse sobre ella.

Durante estos dos meses, la infeliz no había estado sola. Avisada por una amiga la madre de Lola, que lloraba en la noche de su ceguera el abandono en que su hija la dejaba, se había apresurado á reunirse con ella para prodigarle sus cuidados. Su compañía fué un gran consuelo para la pobre Lola que, al sentir sobre su frente las temblorosas manos de su madre, se sintió absuelta por el cielo y libre de pecados, tal como lo estaba en aquellos días risueños y felices de la mañana de su vida, y aceptó la pérdida de su hijo como una penitencia.

Tal era el poema de dolores escrito con lágrimas en los húmedos muros de aquel cuarto estrecho y sombrío en que el aire no circulaba, en que la luz no entraba nunca, cual si á la luz y al aire les amedrentase el súpico rincón que guardaba el *via-crucis* de un alma, y que parecía un gran agujero abierto en el fondo de una cueva pavorosa y oscura de las regiones infernales, despiadada habitación de empedernidos pecadores.

III

Tristes pasaron las horas. Harto breves en los días de gloria y felicidad, son horriblemente largas en los días de luto y de dolor. Parece como que no van á concluir nunca. La vista impaciente sigue el movimiento de las manecillas del reloj, que, sin embargo, no se mueven. Quisiera acaso creer que el péndulo se ha parado, pero se oye á intervalos el latido del geniecillo hijo del tiempo encerrado en la cárcel de madera y sujeto con los hilos invisibles del acero. De tarde en tarde un ruido seco, como golpe dado en la esfera por un dedo descarnado, suena marcando que ha pasado un minuto... ¡Un minuto! ¡Qué largas son las horas cuando se cuentan por minutos!

Lola no tenía reloj para contar el tiempo, y lo contaba con sus oraciones. Sus labios se movían sin cesar, y su alma en místicos raptos se elevaba hasta Dios. Vencida por el cansancio, la anciana había reclinado su cuerpo sobre la cama y yacía aletargada más bien que dormida... Mucho tiempo pasó así.

De repente se levantó Lola. Una idea había acudido á su mente. Quería ver, por sí misma, la dicha de su novio y su rival; quería asistir á su triunfo; presentarse entre ambos, para que los andrajos que la envolvían, la enfermedad que la abrazaba, fueran una nota sombría en el cuadro de su felicidad. Quería unir su voz débil y quejumbrosa á los gritos, á los cantos de los concurrentes á la boda, para que en el concierto de la ventura general, sonase como un eco desahogado que perturbase su armonía. Durante breve rato vaciló. Para levantarse tenía que pasar por cima de su madre, y algo, como un presentimiento, gritaba á su oído que no la volvería á ver.

Además, su debilidad era tan grande que podía caer antes de llegar á donde quería ir, y entonces no conseguía nada... Pero su vacilación fué corta. Echó fuera de la cama su cuerpo enflaquecido, cubrió sus carnes que temblaban á impulsos de la fiebre como la puerta desvenecada de un castillo ruinoso agitada por los vientos otoñales, y envolviéndose en un harapiento manto negro, y cindiendo á su hermosa cabeza un trapo que fue otro tiempo rico pañuelo de seda blanco con ancha franja azul y rosa, se puso de pie, teniendo que arrimarse enseguida á la pared, porque su desfallecimiento era tal que hubiera caído al suelo. Cuando se repuso dirigióse á un rincón de la estancia y allí, de entre una nube de polvo y un montón de harapos, desenterró una guitarra, ya desgastada por el uso, único objeto que podía recordarle su antigua vida de *cantaora* sevillana. Un raudal de lágrimas acudió á sus ojos.

Aquella guitarra, ¡la recordaba días tan felices! Cual bandada de pajarillos que ensayan el primer vuelo y son llamados hacia el nido por el arrullo maternal, acudieron á su imaginación mil coplas alegres y sentidas, y aquellas viejas memorias, tan de improviso despertadas, fueron un bálsamo para los dolores de Lola, que furtivamente, como ladrón que teme ser sorprendido, apretando contra su cuerpo la vieja guitarra, en cuyas cuerdas dormían tantas notas empapadas en lágrimas, salió del cuarto á pasos lentos é interrumpidos, después de depositar en la frente de su madre un beso. Cruzó con gran trabajo el patio infecto tristemente alumbrado por la claridad mortecina de las estrellas; traspuso luego el súpico

portal, estrecho y sombrío, y salió por fin á la calle, respirando con fuerza el aire libre que parecía dar nueva vida á sus pulmones oprimidos.

IV

Todo era animación y bulla, estrépito y algazara en un cuarto principal de la calle de Lavapiés. Hacía largo rato que sonaba, y ya la vecindad, acostumbrada al eco prolongado de los gritos, á los latidos intermitentes de las risotadas, apenas si le prestaba atención. La murga, que durante un par de horas sopló con una constancia y un entusiasmo dignos de mejor causa las piezas más alegres y populares de su repertorio, combinándolas con sendos tragos de lo añejo, había retirado ya con todos los honores de la guerra. La calle empezaba á quedarse desierta.

Las doce en punto y nublado concluía de cantar el sereno cuando entró Lola en la calle. La noche era bochornosa; la atmósfera pesada. Grandes nubes encapotaban el cielo, y apenas si por sus rotos girones dejaban pasar el trémulo resplandor de alguna estrella.

Lola respiraba con dificultad. Las fuerzas ficticias que la habían sostenido hasta allí, empezaban á abandonarla en el mismo momento de llegar al logro de su insensato deseo. Hizo, sin embargo, un supremo esfuerzo, y siguió adelante, hasta llegar frente á la casa que parecía un monstruo ébrio exhalando gritos descompuestos y estallando en estentóreas carcajadas. Allí se dejó caer desfallecida en el quicio de una puerta, y quedó arrimada al muro como una mancha en la pared, temblando convulsivamente.

V

Hubo un momento en que, acabado el baile, se interrumpieron las voces y los gritos y cesó el estrépito en la casa. Los *bailadores* pedían un instante de descanso para sus piernas fatigadas, y los *cantadores* un trago de vino para su garganta seca. Corrían los panzudos jarros de mano en mano, perdíanse las tajadas en las bocas abiertas desmesuradamente para recibirlos, y por breve rato la gente se dedicaba á reponer las fuerzas perdidas para volverlas á perder de nuevo. Como herido por una maldición, todo ruido había cesado. El silencio en la calle era grande también.

En medio de un gran corro, sentados uno junto al otro, devorándose con la vista, Rosa y Pedro, el ingrato seductor de Lola, eran objeto de todas las miradas y de todas las chanzonetas groseras y burlonas que una tras otra acudían á los labios poco delicados de los concurrentes á la boda. Jóvenes los dos y hermosos, todo parecía sonreírles. En la mirada de Rosa pintábase la satisfacción de su amor propio satisfecho, el orgullo del sér amado; en la de Pedro nadie hubiera podido hallar ni la más leve sombra de un recuerdo de su pasión hacia la *cantaora* sevillana. Ni él ni ella hablaban tampoco. Fatigados de la danza de todo el día ansiaban el término de la fiesta; pero es preciso dar á los amigos lo que es suyo, y mientras hubiera muchacha sentada ó mozo que quisiera echar un baile, ni Pedro ni Rosa podían excusarse de bailar.

De pronto, y en un momento en que el silencio era más profundo, una guitarra, torpemente tocada al principio, dejó oír en la calle, frente á la misma casa, sonidos apagados y débiles como el balbuceo de un niño. En medio de la calma de la noche se oía admirablemente.

—¿Quién vendrá á estas horas á darnos serenata?—preguntó Rosa sorprendida.

—Será algún ciego que se retira ya á su casa,—dijo uno de los convidados.

—Pues que suba y tomará alguna cosa.

—Veamos primero qué tal lo hace, y si no nos gusta, bastante será darle una limosna, un pedazo de pan y un sorbo de vino y que se marche á dormir.

—¡Chist!...—dijo Pedro que, sin saber por qué, prestaba gran atención á aquellos sonidos que entraban por las abiertas ventanas como quejas del viento.

Ya Lola acababa de templar la guitarra, y concluían las notas desparramadas, los ecos aislados. Una súbita revolución se operó en ella. Al estrechar en sus manos aquel instrumento, compañero fiel de sus momentos de alegría, testigo de sus horas de tristeza, que hablaba ó enmudecía según el estado de su ánimo, y que al estallar en ondas de armonía dábale cantos ó gemidos, habíase sentido otra, y había vuelto á ser la Lola de otros tiempos, la *Petenera*, cual la llamaban en Sevilla. El pasado y el presente se fundían ahora en un cuadro informe; la Lola ultrajada, la Lola envilecida, borrábase lentamente, y, en su lugar, quedaba la *cantaora* andaluza; una noche tranquila y callada y una guitarra entre las manos. ¿Qué más que aire y calma necesita para cantar el pájaro nacido para esto?

Y la guitarra se transformaba también en sus manos, y como si un ángel durmiese dentro de la caja, y despertado de repente pasase saltando por las vibrantes cuerdas, exhalando sonidos armoniosos, dulces notas herían el aire llevando sus ecos hasta lo más profundo del corazón. Era una queja sentida, un gemido arrancado al alma por el dolor más intenso; era un ¡ay! melódico, un canto proferido por un alma buena, inocente y pura, herida de amor, gimiendo bajo el peso de la ingratitud. Luego tomó colores más sombríos, hicieronse más secas las notas, más duros los sonidos, y entonces fué cuando Lola abrió sus labios, y envuelta en vahos de calentura dejó escapar por ellos uno de esos cantares que hace el pueblo para expresar sus sentimientos; breve copla que encierra en cuatro versos un poema como en una lágrima se encierra á veces toda la angustia de una vida. No era ya la pobre Lola enferma y espirante de dolor la que cantaba, sino la antigua *Petenera*, cuya voz tierna, pero enérgica y sentida, parecía como una mezcla de cantos de ruiseñor y susurros de fuentes, y armonías del viento y ruido de pequeñas corrientes de agua deslizándose en cascada vistosa por ásperos guijarros. Y la copla que cantaba era, más que cantar, un grito de dolor, un supremo grito de angustia, indefinible, misterioso, saturado de extraña amargura, de profundo pesar, de desesperadora melancolía:

Sola soy, sola nací,
sola me parió mi madre,
sola tengo que morirme...
¡la Soledad me acompañe!...

Al llegar hasta ellos la voz que cantaba, los convidados callaron, prestando atención á aquel hondo gemido lastimero. Pedro y Rosa fueron los únicos en conocer de quién era aquella voz; y es que muchas veces había sonado en sus oídos, halagadora como una caricia para él, fría y seca como un sarcasmo para ella.

—¡Lola!—dijo Pedro en voz baja que no fué oída de nadie.

—¡La *Petenera*!—murmuró á su vez Rosa estrechándose por un movimiento instintivo contra el que ya era su marido, como si creyera que se lo iban á arrebatarse.

Todos se levantaron y acudieron á los balcones, para conocer la persona que cantaba; los dos novios ocuparon uno, el del centro, que caía precisamente frente á la *cantaora* á la cual bañaba con su amarillenta luz un farol próximo.

Daba lástima ver á la pobre jóven sentada en el suelo, fuertemente apoyada contra el muro, apretando la guitarra contra su corazón y alzando su hermosa cabeza, mostrando así su rostro, á cuya mate palidez venía á dar nuevo matiz el cárdeno reflejo de la luz de gas cayendo sobre él en invisibles corrientes lumínicas. Al verla así los convidados se miraron unos á otros con lástima. Rosa y Pedro se estremecieron también.

Pronto se apercebió Lola de que la miraban; pronto sus ojos, que brillaban como relámpagos en las sombras de la oscura noche, distinguieron allí, junto á ella, á Rosa y Pedro unidos estrechamente, felices, dichosos, y entonces, alzando con altivez y orgullo la cabeza, entreabrió sus labios secos y descoloridos, y con voz empapada en lágrimas, nuevamente el dolor se desbordó en esta queja:

En la iglesia el otro día
á mi Dios se lo pedí,
que ojalá sufras las penas
que me están matando á mí!

Era tan triste, encerraba tanto dolor y tanto odio á la vez aquel cantar que en medio de la noche sonaba con ecos de maldición, llamando la venganza del cielo sobre la cabeza de un culpable, que cuantos lo oyeron se miraron con terror. Sin tener conciencia de lo que aquello significaba, presentían un drama en torno suyo. Había empezado á llover, y las pequeñas gotas que caían se les antojaban lágrimas...

Por su parte, los novios seguían como bajo el peso de una amenaza. Cuando la copla espiró en los labios de la *Petenera*, Rosa abrió los ojos y miró á su marido, que pálido y sin color no podía apartar la vista de su antigua amante. Había en la mirada de Rosa una mezcla de celos y desconfianza; quería leer en el rostro de Pedro si en el corazón de éste había muerto ya todo recuerdo antiguo, toda vieja memoria del pasado; y le miraba con miedo, con temor; como si dudase de hallar una respuesta satisfactoria á sus preguntas. Pedro lo comprendió así; acogió con una mirada de amor la mirada de incertidumbre de Rosa, y queriendo destruir las dudas de ésta, metió la mano en un bolsillo, sacó un puñado de cuartos, y los echó á los pies de la infeliz *cantaora* que en aquel instante acababa su copla...

Entonces, al verse de este modo herida, y herida ante su rival, Lola, por un súbito movimiento, se puso de pie, se separó del muro y dió algunos pasos en dirección á la casa; pero el intento era mayor que sus fuerzas; y de pronto exhaló un nuevo grito, se llevó la mano al corazón, y cayó pesadamente sobre las piedras de la calle, dando con la cabeza en la guitarra cuyas cuerdas dejaron escapar un sonido áspero y desahogado.

Esta fué la oración fúnebre de Lola.

La pobre *Petenera* había muerto.

EUGENIO DE OLAVARRÍA Y HUARTE.

Han comenzado ya en toda la línea las operaciones de Túnez. Cuatro columnas de ejército operan en aquel territorio.

La primera, al mando del general Logerot, pernoctó á una distancia de ocho kilómetros de la ciudad de Santa Kef. La línea telegráfica que la une á la frontera argelina ha sido cortada ayer. Dicha ciudad habrá sido atacada hoy probablemente, y en ella quedará un ejército de ocupación.

La segunda columna está mandada por el general Lorgemol, y debe ocupar á Beja, punto que ocupa la parte central en la línea de operaciones.

La tercera columna, á las órdenes de Délebegne, ha recibido órdenes de atacar á los krumirs de frente y aprovechando el paso que facilitan las vertientes en la frontera.

La cuarta debe haber ocupado á Tabarka, porque según telegramas recibidos, el bombardeo contra esta isla ha tenido lugar ayer, verificado por la fragata *Surveillante*.

Otros despachos telegráficos aseguran que el Gobierno francés ha resuelto el inmediato envío de fuerzas considerables á la Argelia con objeto de impedir toda tentativa de rebelión por parte de los indígenas.

Por último, dicen de Bona con fecha 26, que han sido cortados los hilos del telégrafo entre Túnez y la frontera de Argelia.

Este hecho se atribuye á los krumirs. No hay ninguna otra comunicación telegráfica con la capital de la regencia.

En vista de esto, las autoridades francesas han resuelto establecer un servicio diario de vapores entre Túnez y la Calle, el puerto de Argelia más inmediato al territorio tunecino.

ANUNCIOS.

Les annonces étrangères sont reçues à Paris, Agence Havas, 8 Place de la Bourse et à Madrid Agence Havas-Fabra, calle de la Bolsa, 12.—es agences ont la regie exclusive des dites annonces.

GUERLAIN DE PARIS

15, Rue de la Paix—ARTÍCULOS RECOMENDADOS

Agua de Colonia imperial.—Sapoceti, jabon de tocador.—Crema jabonina (Ambrosial Cream para la barba.—Crema de Fresas para suavizar el cutis.—Polvos de Cypris para blanquear el cutis.—Stilboide cristalizado para los cabellos y la barba.—Agua Ateniense y agua Lustral para perfumar y limpiar la cabeza.—Pao Rosa.—Bouquet María Cristina.—Ramillete de Cintra.—Ramillete de la condesa de Edia.—Heliotropo blanco.—Exposicion de Paris.—Ramillete Imperial Ruso.—Perfume de Francia, para el pañuelo.—Bouquet Imperial del Brasil.—Agua de S. M. el rey Don Fernando.—Agua de Cidra y agua de Chipre para el tocador.—Alcoolat de Achicoria, para la boca.

HOTEL SAN GEORGES Y DE AMÉRICA

Paris, 10, Rue St. Georges
Cerca de la nueva ópera y de los Boulevares.
BERNARDO FERRAS, PROPIETARIO.
Mesa redonda y á la carta. Cocina española y francesa.
Esta casa se recomienda por sus precios módicos y esmerado servicio.

BISMUTO ALBUMINOSO DE BOILLE



sumamente agradable al paladar, mas activo y menos irritante que el Bismuto ordinario.
Se emplea contra las Afecciones del estómago y de los Intestinos (Vómitos, Diarrea).
Exijase la firma
Farm^o 22, calle de la Bruyère, *Wholly*
PARIS

todo lujo, forma un precioso tomo en 4.º menor, de más de 200 páginas, impresa con tipos completamente nuevos y una elegante cubierta de color.

Está adornada con un magnífico retrato del poeta inglés, abierto en acero por el más célebre grabador de Nueva York. Reales..... 20.

Los pedidos de cualquiera de estas obras se harán á la sucursal en Madrid de LA PROPAGANDA LITERARIA, calle de Leon, 12, principal, acompañando su importe en libranzas del Giro Mútuo ó sellos de correos.

CASA GENERAL DE TRASPORTES

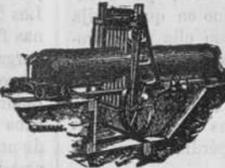
DE
JULIAN MORENO
CONTRATISTA DE LOS FERRO-CARRILES
DE MADRID Á ZARAGOZA Y ALICANTE,
Y
UNICO CONSIGNATARIO DE LOS VAPORES-CORREOS DE

A. LOPEZ Y COMP.ª
MADRID.—ALCALÁ, 28.

PALACIOS Y GOYOAGA
SASTRES.
3. PUERTA DEL SOL PRAL. 3

CONSTRUCCION de SIERRAS y UTILES

PARA TRABAJAR LA MADERA
MEDALLA DE ORO.—EXPOSICION 1878
16 Medallas de Oro,
plata y bronce en las
Exposiciones Universales
1.º Premio: Medalla de Progreso
en la Exposicion de Viena 1873
Medalla en la Exposicion de Filadelfia de 1876
Medalla de Oro,
Exposicion internacional Armem (Holanda) 1879

F. ARBEY

INGENIERO CONSTRUCTOR, 41, Cours de Vincennes (cerca de la plaza del Trono), PARIS.
Se recibirá el **ALBUM** (156 figuras en lengua española, dirigiendo el pedido á M. ARBEY, y añadiendo 3 fr. en sellos de todos los países.
Los **PRECIOS CORRIENTES** se enviarán franco.



VAPORES-CORREOS TRASATLÁNTICOS DE A. LOPEZ Y COMPAÑIA.

NUEVO SERVICIO PARA EL AÑO 1881.

PARA PUERTO-RICO Y HABANA.

Salen de Cádiz los días 10 y 30 de cada mes, y de Santander y Coruña los días 20 y 21 respectivamente, admitiendo pasajeros y carga.

Se expenden tambien billetes directos vía de Cádiz, para **SANTIAGO DE CUBA, GIBARA y NUEVITAS**, con trasbordo en Puerto-Rico á otro vapor de la empresa, ó con trasbordo en la Habana, si se desea.

Rebajas á las familias, y en el precio de las literas retenidas por los pasajeros, para su mayor comodidad, además de las que ocupen.

Más informes en Cádiz, A. Lopez y compañía.—Barcelona, D. Ripoll y compañía.—Coruña, E. da Guarda.—Valencia, Dart y compañía.—Málaga, Luis Duarte.—Sevilla, Julian Gomez.—Madrid, Moreno y Caja, Alcalá, 28.

CÁPSULAS y GRAGEAS del Doctor CLIN

Laureado de la Facultad de Medicina de Paris. — PREMIO MONTYON.
Las Cápsulas y las Grageas del Dr. Clin se emplean con el mayor éxito en las Enfermedades Nerviosas y del Cerebro, las Afecciones del Corazon y de las Vías respiratorias y en los casos siguientes: Asma, Insomnio, Tos nerviosa, Espasmos, Palpitaciones, Coqueluche, Epilepsia, Histerico, Convulsiones, Vertigos, Vahidos, Alucinaciones, Jaquecas, Enfermedades de la Vejiga y de las Vías urinarias, y para calmar las excitaciones de todas clases.
Desconfiar de las falsificaciones y exigir como garantía en cada frasco la Marca de Fábrica (depositada) con la firma de CLIN y C.ª y la MEDALLA del PREMIO MONTYON.

CÁPSULAS MATHEY-CAYLUS

Preparadas por el Doctor CLIN. — PREMIO MONTYON.
Las Cápsulas Mathey-Caylus, con tenue envoltura de Gluten, no fatigan el estómago y estan recomendadas por los Profesores de la Facultad de Medicina y los Médicos de los Hospitales de Paris, para curar rápidamente las Pérdidas antiguas ó recientes, la Gonorrea, la Hlenorragia, la Cistitis del Cuello, el Catarro y las Enfermedades de la Vejiga y de los Organos genito-urinarios.
DEBEN TOMARSE DE 9 A 12 CÁPSULAS AL DIA.
Acompaña á cada frasco una instruccion detallada.
Las Verdaderas Cápsulas Mathey-Caylus se encuentran en las principales Droguerías y Farmacias, pero debe desconfiarse de las falsificaciones y exigirse en cada frasco la Marca de Fábrica (depositada) con la firma CLIN y C.ª y la Medalla del PREMIO MONTYON.

GRAGEAS, ELIXIR y JARABE de Hierro del Dr Rabuteau

Laureado del Instituto de Francia.
Los numerosos estudios hechos por los sabios mas distinguidos de nuestra época, han demostrado que las Preparaciones de Hierro del Dr Rabuteau son superiores á todos los demas Ferruginos en los casos de Clorosis, Anemia, Palidez, Pérdidas, Debilidad, Estenuacion, Convalecencia, Debilidad de los Niños, y las enfermedades causadas por el Empobrecimiento y la alteracion de la Sangre á consecuencia de las fatigas y excesos de todas clases.
LAS GRAGEAS DE HIERRO RABUTEAU no emnegrecen los dientes y las digieren los estómagos mas débiles sin la menor molestia: se toman dos grageas por la mañana y dos por la tarde antes de cada comida.
EL ELIXIR DE HIERRO RABUTEAU está recomendado á las personas cuyas fuerzas digestivas estan debilitadas: una copa de licor mañana y tarde despues de cada comida.
JARABE DE HIERRO RABUTEAU especialmente destinado á los niños.
El tratamiento ferruginoso por las Grageas Rabuteau es muy económico.
ACOMPÑA A CADA FRASCO UNA INSTRUCCION DETALLADA.
Desconfiar de las falsificaciones y sobre cada frasco exigir como garantía la Marca de Fábrica (depositada) con la firma CLIN y C.ª y la Medalla del PREMIO MONTYON.
El Hierro Rabuteau se vende en las principales Droguerías y Farmacias.

TRADICIONES

TOLEDO

por EUGENIO DE OLAVARRÍA Y HUARTE.

Esta obra, tan encomiada por la prensa y que consta de 316 páginas de esmerada impresion y excelente papel satinado, se halla de venta en Madrid en las principales librerías al precio de diez reales.
Los Sres. Montoya y Compañía, —Caños, 1,—son los encargados de servir los pedidos que vengan acompañados de su importe.

BANCO DE ESPAÑA.

Vacantes dos plazas de escribientes en las Sucursales de este Banco, en Cádiz y Reus, con el sueldo anual de 1.250 pesetas, pueden solicitarlas los aspirantes aprobados para ingresar al servicio de este establecimiento, presentando sus solicitudes en esta secretaría dentro del plazo de diez dias, á contar desde el de la insercion de este anuncio en la Gaceta de Madrid, advirtiendo que el orden de numeracion que haya correspondido á cada interesado en los últimos ejercicios practicados, determina la preferencia para el nombramiento, el cual no será definitivo, sino despues de haber dado los elegidos pruebas positivas de su aptitud durante un período de tres meses, en que serán destinados á trabajar en las oficinas de las referidas Sucursales, segun lo prescrito en el art. 170 del reglamento. Madrid 21 de Abril de 1881.—El Secretario, Manuel Ciudad.

BANCO HIPOTECARIO DE ESPAÑA.

Préstamos al 5 por 100 de interés en cédulas.
Préstamos al 6 por 100 en metálico.
Deseoso este Banco de promover y facilitar los préstamos en beneficio de los propietarios, ha acordado hacer á quienes lo soliciten préstamos en cédulas al 5 por 100 de interés desde el 1.º de Febrero próximo pasado. El Banco comprará las cédulas.
Al mismo tiempo continúa ha-

ciendo préstamos al 6 por 100 en metálico.

Las condiciones comunes á otros son las siguientes:

Este Banco hace los préstamos desde cinco á cincuenta años con primera hipoteca sobre fincas rústicas y urbanas, dando hasta el 50 por 100 de su valor, exceptuando los olivares, viñas y arbolados, sobre los que sólo presta la tercera parte de su valor.

Terminadas las cincuenta anualidades ó las que se hayan pactado, queda la finca libre para el propietario sin necesidad de ningun gasto ni tener entonces que reembolsar parte alguna del capital.

La cantidad destinada á la amortizacion varia segun la duracion del préstamo.

ADVERTENCIA IMPORTANTE

El prestatario que al pedir el préstamo envíe una relacion clara, aunque sea breve, de sus títulos de propiedad, obtendrá una contestacion inmediata sobre si es posible el préstamo, y tendrá mucho adelantado para que el préstamo se conceda con la mayor celeridad, si hay términos hábiles.—En la contestacion se le prevendrá lo que ha de hacer para completar su titulacion en caso de que fuere necesario.

OBRAS NUEVAS.

VIDA DE LORD BYRON, POR Emilio Castelar. Esta obra del eminente orador español, que la considera su autor como la más predilecta entre todas las suyas, publicada con

LA AMÉRICA

Año XXII

Este periódico quincenal, redactado por los primeros escritores de Europa y América, y muy parecido por su índole é importancia á la REVISTA DE AMBOS MUNDOS, se ha publicado sin interrupcion durante diez y nueve años. En él han visto la luz más de ocho mil artículos, todos originales y escritos expresamente por sus numerosos colaboradores, lo que puede justificarse consultando el índice que figura al fin de cada tomo. Para comprender toda su importancia, bastará decir que el Gobierno español, años hace, lo ha recomendado de real orden á los capitanes generales y gobernadores de la Isla de Cuba, Puerto-Rico y Filipinas; así es que nuestra REVISTA UNIVERSAL cuenta en dichos países con numerosos suscriptores, como en toda la América, España, Francia, Inglaterra y el resto de Europa. El número de nuestros comisionados ó corresponsales excede de 400.

Bastan, pues, estas indicaciones para comprender las ventajas que ofrece un periódico tan antiguo y acreditado á los que acierten á escogerle como medio de publicidad.

LA REVISTA UNIVERSAL consta de 8 páginas (4 pliegos marca española) y hace tres grandes ediciones: una para España y el extranjero, esto es, toda Europa y Filipinas.

Otra que vá directamente desde Cádiz á Canarias, Puerto-Rico, Cuba, Santo Domingo, Haití, Jamaica y demás posesiones extranjeras en Ultramar.

Y otra por San Thomas para la América Central, Méjico, América del Sur y América del Norte, aprovechando los vapores-correos que parten de los puertos de Inglaterra.

Agente general en la Isla de Cuba el Sr. D. Alejandro Chao, director del acreditado establecimiento LA PROPAGANDA LITERARIA.

Precio de suscripcion en España, 24 rs. trimestre.

En el Extranjero 40 francos.

En Ultramar, 12 pesos fuertes.

Precio de los anuncios, 4 reales línea.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE LOS SEÑORES M. P. MONTOYA Y C.ª Caños, 1.